



LA
PERSONA QUE
PROTEGE MI MUNDO

ILUSTRACIONES:
AKIFUMI ORIZAWA

NAGARU TANIGAWA

LA
PERSONA QUE
PROTEGE MI MUNDO



NAGARU TANIGAWA

ILUSTRACIONES:
AKIFUMI ORIZAWA









**LA
PERSONA QUE
PROTEGE MI MUNDO**



Contenido

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Epílogo](#)

[Notas de Autor](#)

プログラマー

Prólogo

No es que alguien sobreviva hasta el final solo porque sea el protagonista.

Sino que aquel que sobrevive hasta el final es quien obtiene el título de protagonista.

Sea como fuere, el nombre de ese chico es Tatsumi Asanagi. Actualmente tiene quince años. No posee ningún rasgo físico particularmente destacable.

Supongamos que en la clase se realizara una votación de popularidad. Quizás recibiría un par de votos de chicas que detestan dejarse arrastrar por la corriente de lo común; en fin, su rostro era el de un estudiante varón que no puede describirse de otro modo más que como ordinario.

Lo que recorría con sus pasos era un vecindario residencial como los que podrían hallarse en cualquier ciudad de provincia. Asanagi caminaba con una expresión un tanto ausente, aunque no es que tuviera alguna preocupación especial, ni que se encontrara en medio de un problema grave en su vida. Simplemente estaba distraído.

Por el uniforme que aún no terminaba de adaptarse a su cuerpo y la apariencia flamante de su portafolio escolar, podía deducirse que apenas se había convertido en estudiante de preparatoria hacía poco. En ese momento regresaba de la escuela a casa, y como además era la época primaveral de cálidos días soleados, no había en él ni una pizca de sensación de tensión.

Las calles familiares de la ciudad eran para él un viejo conocido. Jamás había ocurrido nada en particular. Era un lugar falto de interés, en suma, una ciudad tranquila.

Desde luego, resulta difícil prever de dónde y cómo puede llegar el peligro. Por ejemplo, un accidente de tráfico. Por mucho cuidado que uno tenga, siempre existe la posibilidad de encontrarse de frente con un choque inevitable.

Incluso podríamos poner un ejemplo que escape del sentido común. La probabilidad de ser golpeado por un pequeño meteorito que caiga del cielo jamás es cero. Y el hecho de que no sea cero significa que “algo así también puede suceder”. Y si realmente llegara a ocurrir, aquello ya no se trataría de un descuido, sino que pertenecería a la categoría de los sucesos más absurdos del mundo, fuera de toda responsabilidad de alguien.

Así pues, aquel día. En la tarde primaveral, mientras caminaba rumbo a su casa, el accidente que sufrió Asanagi no fue algo que pudiera preverse; más que un accidente, se trató de un acontecimiento inesperado, anterior a cualquier noción de accidente.

第1章

Capítulo 1

—¡Ah! ¡Onii-chaan!

Una voz de niña gritó a sus espaldas. Sin embargo, Tatsumi no se detuvo. La razón era simple: no tenía hermana menor y no podía pensar en nadie que lo llamara de esa manera. Además, la voz le resultaba totalmente desconocida.

—¡Espereeee, onii-chaaaan!

Esta vez lo escuchó más cerca. Al parecer, alguien corría hacia él mientras gritaba. Comparando el principio y el final de esa corta frase, el volumen había aumentado de forma evidente.

Encima, unos pasos vigorosos se aproximaban.

Tatsumi finalmente se detuvo.

Pero no alcanzó a volverse.

—¡Yaaaay, onii-chaan!

Justo en el momento en que creyó oír esa voz a muy corta distancia, un impacto brutal lo golpeó en la cintura y lo arrojó con tal fuerza que terminó estampado contra el asfalto, casi como si lo hubieran hecho volar.

Comprendió que alguien lo había placado desde atrás y lo había derribado con violencia, solo cuando la llanta de una motocicleta que venía de frente rozó su cabeza al quedar invadida la calzada, mientras los insultos del conductor y el claxon se alejaban.

—¡Uwa? ¡Uwaaa!

Trató de incorporarse apresuradamente, pero descubrió que era imposible. Su espalda estaba pesada, el abdomen oprimido. Alguien lo abrazaba desde atrás, rodeando su cintura con ambos brazos y sujetándolo con firmeza.

Y esa persona volvió a gritar:

—¡Onii-chaan!

Al parecer, ese “onii-chan” era él. Por más absurdo que fuera, antes de ponerse a pensar en una inexistente hermana menor, se arrastró como pudo hasta regresar a la banqueta.

Solo entonces giró la cabeza para mirar a la criatura pegada a su espalda. Y dijo:

—Tú... ¿quién eres?

La responsable de casi arruinar su vida hasta ese momento era una niña desconocida de cabello corto. Probablemente de unos diez años. Sus grandes ojos brillaban y la sonrisa que le dirigía rebosaba de afecto, pero aunque aquella expresión parecía un pastelillo de nata empapado en azúcar, lo único que hacía era incomodarlo.

—¿Yo...?

La niña no se bajó de su espalda, sino que exclamó:

—¡Soy la hermana menor de onii-chan! Encantada de conocerteee.

Con esas palabras que solo lograban confundir aún más la cabeza de Tatsumi, la pequeña apretó todavía más los brazos con que lo sujetaba.

Como pudo, Tatsumi se retorció, se dejó caer sentado y tomó a la misteriosa niña de los hombros. Al empujarla suavemente, sorprendentemente cedió con docilidad. Aun así, con los ojos brillantes intactos, se quedó de rodillas frente a él, sentada sobre su trasero.

Tatsumi pensó que no conocía de nada a esa niña. Pero ella lo llamaba onii-chan.

Lo que significaba que:

—Eh... entonces, tú eres...

1. Su hermana biológica, separada de él cuando apenas tenía memoria.

—Ni mí papá ni mí hermana me han dicho jamás algo así.

2. La hija de la mujer con la que su padre se había casado en secreto.

—Con papá, nada es imposible... pero ¿de veras?

3. Una niña cualquiera que llamaba “onii-chan” a cualquier chico mayor.

—Que no la conozco es seguro. Pero ¿había una así en el vecindario?

4. Una niña con la cabeza un tanto... fresca.

—Eso sí que no.

5. Que se había confundido de persona.

—Sí, debía ser eso. No cabía duda.

Tatsumi soltó un lento suspiro.

—Oye, seguro que yo no soy quien piensas. Mi nombre es...

—Asanagi-san, ¿verdad?

La niña se le acercó de rodillas.

—En ese caso, eres mi onii-chan. ¡Onii-chaan!

Esta vez lo embistió de frente. O más bien, lo volvió a taclear. Su cuerpecito impactó como un misil en miniatura.

—¡Guef!

Mientras el aire se le escapaba de los pulmones, Tatsumi aún no dejaba de preguntarse quién demonios era esa niña. No la había visto nunca, de eso estaba seguro.

—¡Onii-chaan!

Ella parecía creer que estaba siendo tierna, pero en realidad lo golpeaba de cabeza. Su pequeño cuerpo tenía una fuerza sorprendente.

Quedándose a merced de la brisa primaveral, Tatsumi apenas podía reaccionar, mientras la niña alzaba el rostro que había estado frotando contra su pecho. Con una sonrisa radiante, ladeó la cabeza y dijo:

—Eh, ¿no sirve si te llamo onii-chan? ¡Me dijeron que así era como más te alegrarías! ¡Además, el setting base también dice eso!

—¿Ah...?

No entendía nada.

—Entonces...

Con los ojos girando vivaces, la niña prosiguió:

—¿Quieres que te diga amo? ¿O prefieres -kun? Oye, ¿qué tal, Tatsumi-kun? Tú dime y hago mode change.

—...Eso, ¿qué modo es?

Aunque pensaba que debía preguntar algo diferente, se le escapó esa duda.

La niña respondió:

—Sííí. Por defecto soy la “imouto”. Pero se pueden cambiar los parámetros y pasar a ser “amiga de la infancia”, “hermana mayor y hermana menor”, “prometida decidida por los

padres”, “hermana sin lazos de sangre”, “hermana mayor real”, “hermana mayor adoptiva”, “compañera de clase que siente un cariño secreto por el protagonista”, “compañera de curso inferior”, “compañera de curso superior”... ¡Hasta puedo ser esclavaaa!



—...Perdón.

Tatsumi trató de apartar con cuidado las manos de la niña.

—Si se trata de una hermana, ya tengo suficiente. Y lo demás... eh, aunque me lo digas así de repente me resulta un problema. Así que... no es que no quiera, bueno, hay cosas que sí querría, pero... no se trata de eso.

Entonces recordó lo primero que debía preguntar.

—¿Quién eres tú? ¿Cuál es tu nombre?

—¡Yo soy FRF-12TS • X004! Todavía no tengo nombre personal.

—.....

Tatsumi no supo cómo reaccionar.

—Por favor, póngame un nombre. Y además...

La niña sin nombre se aferró a su cuello.

—¿Verdad que puedo seguir siendo tu imouto, onii-chan?

Le gritó al oído con tanta fuerza que casi le reventó el tímpano.

La ciudad donde vivía Asanagi era conocida no por sus sitios famosos o históricos, que no tenía, sino como un tranquilo y habitable dormitorio suburbano. Había bastante vegetación y, si uno pasaba por alto la calidad del agua, corría un río que al menos servía para la contemplación.

Un estudiante de preparatoria que vivía en un pueblo ordinario y llevaba una vida ordinaria. Ésa sería la descripción más acertada de su posición. Y en consecuencia, no existía motivo alguno para que de pronto una desconocida se le colgara del cuello.

Tatsumi, al menos, lo intentó. De forma casi patética.

Intentó hacer entrar en razón a la niña, rogándole que regresara a su casa, ofreciéndole llevarla a la comisaría si estaba perdida, prestarle dinero si no tenía para el camión, incluso acompañarla si hacía falta.

—¡No tengo casa! ¡No puedo regresar! ¡No estoy perdida! ¡No tengo dinero, pero no lo necesito! ¡Sí quiero que me lleves... a la casa de onii-chan! ¡Desde hoy ésa es mi casa!

Escapar corriendo resultó imposible. La niña estaba bien sujeta a su cintura y no lo soltaba de ninguna manera.

—El switch ya se activó.

Decía cosas incomprensibles.

—No puedo separarme. Es una orden.

—¿Orden?

No le quedó más remedio que preguntar, pero la niña sólo respondía:

—Una orden es una orden.

Resignado, Tatsumi emprendió el camino a su casa, arrastrando a la niña. Sus pasos eran pesados, tanto física como mentalmente. No era la clase de espectáculo que uno quisiera mostrar a los vecinos. Si podía refugiarse en algún lado, ese sitio no podía ser otro que su propia casa.

Al final pensó que arrastrar a la niña no era lo más adecuado. Así que optó por cargarla a la espalda. Ella, feliz, se le subió encima y presionó su rostro contra el cuello del chico.

Por fortuna, su casa estaba ya a la vista. Una vivienda de dos plantas con jardín. La misma donde había vivido desde su nacimiento, hacía quince años y algunos meses.

Con la niña aferrada todavía, llegó a la entrada. Al introducir la llave notó que no estaba cerrada, concluyendo que Tsunami, su hermana, ya había vuelto, y abrió la puerta precipitándose dentro.

—¡Tsunami-neesan!

Incluso él notó que su voz sonaba como un grito de auxilio. Pero su hermana era la única que podía encargarse de esa niña de identidad desconocida. Su madre había muerto joven y sólo la conocía por fotografías. Su padre llevaba años ausente por trabajo y, aun cuando estaba en casa, tampoco habría sido de ayuda.

Sin siquiera quitarse los zapatos, avanzó por el pasillo arrastrando los pies.

Oyó ruidos en la sala. Pensó que allí estaba su hermana, pero antes de llegar alguien salió a su encuentro.

—Tsu...

La palabra se le cortó.

No era su hermana.

—Así que por fin volviste.

Quien hablaba era otra chica desconocida. Una muchacha con blusa de manga larga y corbata, falda de tablas y largas piernas enfundadas en medias altas. En nada se parecía a la niña que lo había placado en la calle y seguía aferrada a su espalda.

Primero, tenía el cabello largo.

—Llegaste tarde.

Segundo, su expresión era de malhumor.

—Según lo previsto, debías haber llegado a casa hace veintiocho minutos. ¿Dónde te estuviste entreteniendo?

Lo interrogaba con un tono despectivo.

Tercero, por sus rasgos, parecía tener la misma edad que Tatsumi, aunque con esa manera de hablar daba la impresión de ser mayor.

—¿Qué es esa cara?

Cuarto, era increíblemente hermosa. Si Tatsumi hubiese estado en un estado mental normal, sólo con verla se habría mareado. Parecía un hada, pensó, y aún así no pudo evitar preguntar:

—...¿Quién eres tú?

Era lógico que lo dijera. Aunque su estado mental era inestable, conservaba todavía la cordura de alguien común y corriente.

—¿Yo?

La muchacha apartó con fastidio su largo cabello y frunció el ceño.

—Explicarlo sería sumamente molesto. Pero hay algo que debo dejar claro. Desde este momento, seré tu tutora.

—¿Eh? ¿Tutora? ¿Eh?

—Quizá “tutora” no se entienda bien. Entonces... digamos protectora.

Todavía menos claro.

Tatsumi, con la lengua a punto de trabársele, alcanzó a decir:

—Entonces... ¿y Tsunami-neesan?

—No sé nada de tu hermana. Sólo me dijeron que debía protegerte a ti. Escúchalo bien: mi prioridad absoluta es preservar tu vida. Nada más. No haré ningún otro trabajo. Tenlo claro: he jurado en mi corazón cumplir mi misión. Grábalo en tu mente.

Todo resultaba incomprensible. Quizá había muchas cosas que debería haber preguntado en ese momento, pero lo único que Tatsumi pudo decir fue...



—¿Quién eres tú y cuál es tu nombre? Ah, y ¿dónde está Tsunami-neesan?

Cada vez que Tatsumi decía algo, la muchacha parecía irritarse.

—No hagas preguntas estúpidas. Ya te expliqué quién soy. Llámame como quieras, de todos modos mi verdadero nombre no podrás pronunciarlo. No sé dónde está tu hermana. Eso no entra en mi misión.

Tatsumi se quedó atónito.

—¿Entonces Tsunami-neesan todavía no ha vuelto? ¿Cómo entraste aquí?

—¡Qué más da cómo haya entrado!

Se encogió de hombros ante el tono colérico de la muchacha, preguntándose por qué lo regañaba.

—Si quieres saberlo, te lo diré. Entré por la entrada. Para eso están, ¿no? Por eso se llaman entradas.

Algo en sus palabras sonaba desajustado.

Tatsumi preguntó con cautela:

—Pero... yo juraría que estaba cerrada con llave.

—Trasteé un poco y se abrió. Me pareció algo molesto, sí. Podría haberla reventado, pero pensé que si estabas dentro y por accidente te mataba, sería un problema, así que me contuve.

La muchacha de cabellos largos arqueó su elegante pecho con orgullo. Tatsumi solo pudo mirarla boquiabierto.

No sabía por qué, pero empezaba a sentir que aquella ya no era su casa. Y otra vez aparecieron en su mente opciones posibles. Le incomodaba repetir la misma pregunta, pero aun así...

—Oye... creo que te confundes de persona. Mi nombre es...

—Asanagi. Ése es tu nombre, ¿verdad?

Lo dijo como si fuera lo más obvio del mundo.

—Y aunque fuese otro, no importaría en lo más mínimo. Tú eres a quien debo proteger, eso es seguro. No me interesa cómo te llamen en este mundo, lo importante es que eres tú. Desde ahora deberás dejar todas tus acciones en mis manos.

La muchacha lo fulminó con sus ojos resplandecientes de determinación.

—Primero, ten cuidado con los intrusos. Sobre todo con aquellos que no parecen pertenecer a este mundo. Mejor aún, sospecha de todo aquel que se te acerque. Cuanto más familiar se muestre alguien, más sospechoso es. No te acerques a desconocidos. Habrá quienes parezcan inofensivos, pero sean en realidad astutos. Y ten especial cuidado con los que tengan la apariencia de una niña pequeña. Esas son las peores.

—Ah...

Tatsumi miró hacia atrás, temblando.

La pequeña seguía allí. Era tan diminuta que quedaba completamente oculta tras su espalda, y por eso la de cabello largo no la había visto.

—¿Haai?

La niña sin nombre lo miró sonriente, asomando la cabeza y siguiéndole los movimientos del rostro.

—¿Onii-chan? ¿Qué pasa?

En ese instante:

—¡Kisamaaa!

La intrusa de cabellos largos se crispó y adoptó una postura de combate.

—¡Llegué tarde! ¡Aléjate de ella, Tatsumi! ¡Esa cosa es una arma humanoide creada por los Científicos!

—¿Eh?

Tatsumi alzó una mano para cubrirse el oído, pero la pequeña niña le susurró muy cerca:

—Espere un momentiiiito. Es cierto, peero no es así...

—¡No esperaré!

Los puños de la muchacha adoptaron una extraña posición y comenzaron a brillar de blanco... o eso pareció, hasta que en el instante siguiente desapareció dejando solo un remanente luminoso de su silueta en el aire.

—¿Eh?

Tatsumi apenas alcanzó a llevar la mano del oído a los ojos cuando...

¡Don!

El sonido llegó un instante después.

—¿Ha?

El suelo del pasillo tenía un agujero enorme y astillas de madera saltaban por todas partes.

No podía comprenderlo. Que aquella desconocida hubiese destrozado el piso con semejante fuerza al impulsarse, que se hubiera movido a una velocidad imposible, que además intentara golpear con un puñetazo a la niña pequeña detrás de él... Nada de eso entraba en su entendimiento.

¡Dogaan!

El estruendo lo hizo girar.

El puño derecho de la muchacha, resplandeciente, había atravesado la puerta de la entrada.

—¡Lo esquivó!

Ella siguió a su objetivo con ojos ardientes de ira. La pequeña “imouto” improvisada se dejó caer detrás de Tatsumi, agitando las manos.

—No es asíii. Bueno, sí esquivé, pero... ¡no podía dejar que me destruyeraaa! ¡Por favor, escúcheme!

—¡Cállate! ¡Las palabras de una muñeca de combate son contaminación para los oídos! ¿Sabes cuánto han hecho sufrir a mi país esas armas de los Científicos?

—Lo siento muuucho, pero no sé nada de eso. Yo vine aquí porque...

—¡Silencio, basura!

—No soy basuraaa. Soy la unidad de prueba número cuatro, FRF-12TS, oficialmente rollout.

—¡Me da igual tu historial de producción!

La muchacha de cabellos largos retiró el brazo de la puerta rota, apretando los dientes con furia.

—¡Los Científicos son los enemigos mortales de nosotras, las Espiritu Aprillis! ¡No dejaré ni una de esas chatarras en pie, las reduciré a polvo!

Su tono era como de explicación plagada de nombres extraños de videojuego, pero a Tatsumi nada le resultaba comprensible. En cambio, la pequeña niña mantenía la misma sonrisa infantil.

—Ni modo, entonces activaré mi self-defense application. ¿Permiso para atacar?

La supuesta “imouto” metió las manos bajo su ropa y, para asombro de Tatsumi, sacó dos bazucas casi de su misma estatura, poniéndose en posición de disparo inmediato.

Un estruendo retumbó.

Algo voló a velocidad supersónica, rozó ambas orejas de Tatsumi y se incrustó en la cocina.

Hubo una explosión, seguida de la onda expansiva.

La cocina había volado en pedazos. Lo extraño era que lo único que lo alcanzó a él fue una ráfaga de aire. Casi toda la fuerza destructiva se concentraba en el punto de impacto de los proyectiles. Como resultado, frente a sus ojos no quedaba nada, solo un vacío desde el cual podía ver directamente hasta el jardín.

—Esto es...

Su murmullo se perdió inútilmente en el aire.

—¡Vuelve a la basura de donde saliste!

La muchacha que había esquivado las balas de bazuca pateó una columna y se lanzó al ataque. Giró el cuerpo en el aire para descargar una patada giratoria descendente dirigida a la sien de la niña del bazuca. Sin embargo, el objetivo estaba justo detrás de Tatsumi.

—¡Quítate de en medio, idiota!

Su reacción fue a nivel de décimas de segundo. Si se quedaba quieto, recibiría la patada de lleno. Lo lógico habría sido tirarse al suelo. Incluso su cuerpo estuvo a punto de moverse en esa dirección. Pero si lo hacía, la niña que tenía detrás no saldría ileso. Esa duda, y en realidad el simple hecho de que sus reflejos no habrían alcanzado a tiempo, impidieron que se moviera.

—¡Tsk, por qué no esquivaste, maldición!

La chica de cabellos largos, con la punta de los pies brillando de blanco, detuvo su patada en una posición antinatural. Como si hubiera chocado contra una pared invisible, desvió la pierna justo antes de impactarlo y retrocedió con una voltereta hacia atrás para aterrizar.

—¡Imbécil! ¿¡No escuchaste mis órdenes!?

—No, sí las oí, pero...

Aunque en verdad no habría alcanzado a reaccionar, lo que Tatsumi quería decir no era eso.

—Eh, miren, ustedes dos...

El sonido metálico se debió a que la niña pequeña dejó caer su enorme arma contra el piso. Eso era lo que quería señalar: que dejaran de pelear.

Pero la imouto sin nombre volvió a meter las manos bajo la ropa, y esta vez sacó una caja metálica rectangular del doble de su tamaño, levantándola sobre la cabeza.

—¡Es un lanzamisiles!

Con esa explicación innecesaria, disparó un objeto que no podía llamarse de otra manera que misil. Una docena fue lanzada al mismo tiempo.

La mitad de ellos fue destruida a golpes por los puños brillantes, y la otra mitad atravesó la estela luminosa del cabello largo, dispersándose en varias direcciones. Algunos se elevaron y se incrustaron en el techo.

Y de nuevo, una explosión descomunal sacudió la casa.

Esta vez, el segundo piso desapareció por completo. Los misiles restantes impactaron en lo poco que quedaba del primer piso, estallando uno tras otro. La sala se derrumbó, la habitación de visitas también. Todo fue arrasado hasta el punto en que ya no podía llamarse una casa a ese lugar.

De pronto, Tatsumi se dio cuenta de que estaba de pie en medio de una simple montaña de escombros.

Y sin embargo, las dos chicas misteriosas seguían combatiendo.

El puñetazo izquierdo de la de los puños luminosos fue detenido por el lanzamisiles, que se hizo polvo en el acto. Pero la otra ya estaba sacando otra arma.

—¡Es un Cañón miniatura portátil!

De la nada, como de un vacío invisible, extrajo una barra metálica parecida a un tubo de tendedero, negra y reluciente. La levantó con facilidad, apuntó con el visor y sonrió sin dejar de reír inocentemente.

¿Cómo podía seguir sonriendo de esa forma en medio de aquello? Eso estaba más allá de lo misterioso; no era ni siquiera un problema lógico.

Aunque Tatsumi tampoco quería pensar en eso.

Lo importante era que ambas habían cambiado de posición. Ahora tenía delante la melena desordenada de la muchacha de cabello largo, y antes de pensarlo, se abalanzó sobre su espalda.

—¡Qué haces! ¡Suéltame!

—¡No!

Tatsumi luchaba contra la fuerza con que ella lo empujaba de la cabeza.

—¡Les digo que dejen de pelear!

—¡Idiota! ¿¡Esto te parece una simple pelea!?

—¡Entonces qué es!

—¡Esto es guerra!

—¡Peor aún! ¡Podrían lastimarse!

—No temas, yo protegeré tu vida. Para eso debo destruir a esa máquina humanoide.

—¡Te digo que no! ¡Esa niña me da lástima! ¡Y tú también puedes salir herida!

—¡Necio! ¿Qué lástima ni qué nada? ¡No te dejes engañar por la apariencia! ¡Eso es un arma!
¡Con una sola de esas pueden matar a decenas de miles de personas!

—¡Pues con más razón está mal! ¡Es una tragedia!

—¡Exacto! ¡Mi país fue arrasado por culpa de esas cosas! ¡La reconstrucción costará generaciones! ¡Es una tragedia!

—¡No sé de qué país hablen tú y esa niña, pero eso no les da derecho a traer su guerra aquí!
¡Ésta es mi casa!

Tatsumi abrazó la cintura de la chica de cabello largo con todas sus fuerzas. No había otra intención más que impedir que se moviera. Ella tampoco lo malinterpretó.

—¡Estorbas! ¿Quieres morir?

Crujió de dientes, tratando de zafarse.

La niña-arma, por su parte, desvió la boca del railgun hacia arriba y dijo:

—Haaaai. Yo también estoy en contra de la guerraaaa. No vine para eso. Se me ha inputeado llevarme bien con Espíritu-saaan.

—¡Cállate! ¡Nunca podría llevarme bien contigo!

—Eeh, eso me complica las cosas...

La pequeña sonrió con un gesto preocupado y añadió:

—Tengo que estar al lado de onii-chan, y si la Espiritu-san también debe estar con onii-chan, pues entonces no queda más remedio que los tres estemos juntos. Además, por favor, dejen de pelear.

La oportunidad fue tomada al vuelo.

La chica de cabellos largos lo barrió de un puntapié, y cuando Tatsumi aflojó sus brazos por la sorpresa, ella se impulsó con lo que quedaba del piso y saltó.

El haz de la railgun no alcanzaría a corregirse a tiempo. El directo de derecha, envuelto en luz, impactó de lleno en el rostro de la pequeña que portaba el arma.

—Afaah...

La figura menuda salió despedida. Con el cuello torcido hasta casi arrancarse la cabeza, atravesó el vacío donde antes había una pared y describió una parábola hasta el fondo del jardín. Cayó.

—¡Oye, tú!

Tatsumi reaccionó por puro reflejo. Iba a correr hacia la niña, que yacía con los brazos extendidos como en una pose de “banzai”, cuando alguien lo sujetó del hombro.

—No te acerques a esa cosa. Morirás.

Quien decía algo tan siniestro lo miraba con un gesto aún más siniestro, conteniendo a Tatsumi.

La pequeña de cabello corto se incorporó de un brinco. Tenía el pelo, la cara y la ropa sucios, pero seguía sonriendo, lo que alivió a Tatsumi... por un segundo.

—He entrado en *jibaku sequence*. Comienza el *countdown*.

Se rascó la cabeza, como si le diera vergüenza, y Tatsumi repitió atónito:

—¿Eso que dijiste significa autodestrucción...?

—Sííí. Tengo el *setting* de no alejarme más de cinco metros de onii-chan. Al abrazarte al principio, el *switch* se encendió. Si me separo, se evalúa que no puedo cumplir la misión. Por eso se activa la autodestrucción forzada.

—¿¡Qué...!?

Tatsumi abrió los ojos de par en par.

—Mira.

La chica señaló con el mentón.

—Así trabajan los Científicos. Cuando las cosas se les ponen en contra, detonan sin importar el daño colateral. Fabrican armas desechables en masa, las envían y al final esparcen basura por todas partes. Si al menos las recuperaran... En mi mundo ni con las plantas de tratamiento de residuos industriales a plena capacidad nos damos abasto.

Tatsumi seguía sin entender nada, pero decidió no pensar de qué país de cuento salía aquella historia y se volvió hacia la pequeña.

—Oye, ¿qué significa exactamente autodestrucción?

—Sí te explico. Una parte de la materia que compone mi cuerpo se convierte en antimateriaaaa. *Pair annihilation*, ¡dokkaan!, y se acabó.

La niña-arma sonrió con inocencia radiante.

—Así queeee, por favor, huyan rápido. El radio de aniquilación es de treinta kilómetros. Tiempo restante de *countdown*, cincuenta y ocho segundos.

Aunque dijera eso...

Desde el principio había llegado hasta aquí sin comprender nada, y ahora no podía hacer otra cosa que seguir desesperado. Era lo normal, claro.

—Tch.

La de cabellos largos chasqueó la lengua, la melena ondeando.

A estas alturas, y dicho sea de paso, seguíamos sin nombres claros para las dos chicas, lo que empieza a enredarlo todo. Continuar con “la de pelo largo” o “la chiquita” sería un fastidio. De todos modos Tatsumi lo sabrá enseguida, así que aquí las presentamos: la falsa hermanita que apareció primero y se colgó de Tatsumi será llamada, dentro de poco, **Nekoko**; y la muchacha que se coló en su casa haciendo *picking* y lo esperaba dentro será conocida como **Ayaha**. En lo sucesivo, usaremos esos nombres.

En fin, Ayaha chasqueó la lengua, hizo ondear su largo cabello y fulminó a Tatsumi con la mirada.

—Te lo advertí: no te acerques a lo sospechoso. ¡Por no obedecer mi advertencia, estamos así!

Tatsumi se quedó pasmado.

—¿Eh? Pero...

Y sí, tenía derecho a ese “pero”. La tal advertencia la oyó después de haber llegado a casa con Nekoko colgada de él; pretender que obedeciera de antemano una advertencia que se da a posteriori es pedirle previsión de adivino. Además, Nekoko no parecía una intrusa por ningún ángulo y, aun con poderes de clarividencia, no está claro que pudiera haberse evitado.

—¡Basta! Quédate ahí quieto. Llegados a este punto solo hay una forma de proceder.

Ayaha lo dijo como si cantara un salto de altura y corrió hacia Nekoko.

—55, 54, 53...

La vocecita pastosa de Nekoko recitando números resultaba, en cierto modo, tierna; como un niño en la bañera contando el tiempo que queda. Claro, dejando a un lado lo de la autodestrucción.

Mientras Tatsumi se quedaba boquiabierto, Ayaha aferró a Nekoko por la nuca y la alzó.

—Ehhh... 52, 52...

La levantó con la facilidad de quien toma a un gatito. Que de ese cuerpo esbelto saliera tal fuerza no era, a estas alturas, un tema a discutir: después de atravesar puertas de un puñetazo y desviar misiles, ese tipo de cuestiones hacía rato que habían quedado en el horizonte.

Ayaha, con Nekoko colgando de una mano, preguntó:

—Dijiste un radio de treinta kilómetros, ¿no?

—44... Siii, con un margen de error menor a treinta metros.

—Entonces con llevarte a unos cuarenta kilómetros bastará.

Ayaha alzó la vista, dejando ver su blanca garganta. Gracias a que ya no quedaban ni techo ni tejado, el cielo azul se veía despejado.

Tatsumi se quedó con la boca abierta, sin entender qué pretendía hacer Ayaha. Ella adoptó la postura de un lanzamiento, como si Nekoko fuera una pelota de handball o una jabalina. Su mano derecha y las piernas firmes contra el suelo se cubrieron de un resplandor borroso semejante a un aura.

—Eh...

Por fin, la réplica de Tatsumi:

—¿Qué piensas hacer?

—Lanzarla.

Ayaha respondió con total firmeza.

—Si esta humanoide-bomba va a explotar, no queda otra opción. Solo puedo arrojarla a una distancia donde no nos alcance la onda expansiva. ¿Es que no lo entiendes?

—¿Lanzarla? ¿A dónde?

—No digas tonterías. Si explota en tierra, el daño se extenderá demasiado. A mí me basta con que tú salgas ileso, pero no soporto que los Científicos busquen arrastrar a otros en su destrucción. Así que la lanzaré al cielo.

Con absoluta seriedad, sin mostrar una sonrisa, Ayaha declaró:

—No hace falta llevarla hasta la ionosfera. Basta con unos cuarenta kilómetros, y puedo lanzarla sin problemas.

—33... 32...

La cuenta regresiva de Nekoko se convirtió, en sí misma, en la señal de su inminente detonación.

Entonces Tatsumi habló:

—¡Esperen, ustedes dos!

Decidió ignorar el estado desastroso de la casa.

—Ni autodestruirla ni lanzarla por los aires... ¿no hay otra forma?

Ayaha lo miraba con fastidio, Nekoko con una sonrisa. Bajo esas miradas, Tatsumi reunió valor.

—¡Es que da pena!

Señaló a Nekoko.

—¿Cómo van a lanzar así a una niña tan pequeña?

—Idiota. ¿Cuántas veces tendré que repetirlo? —dijo Ayaha con fastidio—. Solo aparenta ser una niña. Su verdadera naturaleza es la de un arma. No es como nosotros los humanos.

—Pues tú tampoco pareces muy humana...

Y no mentía. Alguien que había destruido la casa en un abrir y cerrar de ojos y que podía afirmar sin dudar que lanzaría a una niña al cielo como si nada... difícilmente era una persona común. Era hermosa, sí, pero eso no justificaba nada.

Tatsumi negó con tristeza.

—Oye, tú...

La llamó mirando directamente a la niña que llevaba la cuenta.

—No te autodestruyas. Es peligroso, y a ti tampoco te debe gustar explotar, ¿verdad?

—28... ¿ehh?

Nekoko abrió mucho los ojos, sorprendida, y enseguida mostró una sonrisa radiante.

Ayaha lo miró con expresión de “qué tonto eres” y dijo:

—Hablas como si una bomba pudiera detenerse sola.

—Así es, yo no puedo detenerme sola. Explotaaar es una de mis funciones.

Nekoko, sin embargo, hablaba como si lo disfrutara.

—Peero, peero. En caso de emergencia, tengo un *stop device*. Yo no puedo activarlo sola, eso sí.

—¿¡De veras!? ¿Dónde está eso?

Tatsumi preguntó de inmediato.

—En mi espaldaaa. Dentro del *maintenance hatch* hay un dispositivo de emergencia.

Pensar podía esperar. Eso decidió Tatsumi.

Que esta niña, que parecía de primaria, fuese un arma humanoide, que pudiera borrar treinta kilómetros en polvo... ya alguien le explicaría luego. Ahora lo urgente era detenerlo.

Ayaha mantenía a Nekoko alzada, y lo miró con el ceño fruncido en una “V” invertida. Tal vez pensaba que era una tontería, pero lo que dijo fue otra cosa:

—¿Cuántos segundos quedan?

—Veintidós.

—Por favor —suplicó Tatsumi—. Si existe una manera, debemos intentarlo.

De forma brusca, Ayaha bajó a Nekoko al suelo y le dijo a Tatsumi:

—Si quieres detenerla, hazlo tú. Al fin y al cabo, es un arma de los Científicos. Explote o no, el resultado será el mismo.

Tatsumi no entendió el sentido de esas palabras, pero no se detuvo. Corrió hacia Nekoko.

—¿Dónde en la espalda?

—Quítame la ropaaa. Está entre los omóplatos.

La mano de Tatsumi se detuvo a medio camino. ¿Quitarle la ropa? ¿A esta niña?

Buscó con la mirada la ayuda de Ayaha. Ella desvió el rostro con desdén, y lo único que vio fue el largo cabello brillando.

La vacilación de un adolescente era comprensible. No tenía experiencia quitando ropa a mujeres, salvo una vez: cuando su hermana, ebria, se metió a la bañera con todo y ropa y se quedó dormida, él tuvo que sacarla y cambiarla a la fuerza. Tal vez bastara con eso como antecedente.

—18... 17...

No había tiempo para dudar. Tomó la decisión y puso manos a la obra.

Por suerte, Nekoko vestía de forma muy sencilla: un vestido de una sola pieza que se ponía por la cabeza, y debajo una camiseta ligera de manga corta. No llevaba demasiadas capas.

—Levanta los brazos.

—Sí.

Ella obedeció sin resistencia. Tatsumi tiró del vestido desde la espalda y se lo quitó de un tirón. Luego hizo lo mismo con la camiseta. Nekoko quedó en ropa interior, inferior. Aunque en realidad, la vista de Tatsumi se concentraba en la línea de su delgada espalda. Al fin y al cabo, era un chico que priorizaba la seguridad y sin cualquier tipo de pensamiento inapropiado.

—¿Dónde está exactamente el *maintenance hatch*?

Al tacto y a la vista, la piel parecía humana, con textura, calor y todo. Lo que veía no tenía nada de robótico.

—En el centro de los omóplatos. Tócalo así: tatatán-tatán-tatatán, con ese ritmo.

Lo intentó.

Y en efecto, se abrió.

Una tapa de unos diez centímetros de lado se levantó, revelando el interior.

Ayaha esperaba ver mecanismos metálicos. Pero lo que Tatsumi vio fue un conjunto de conductos microscópicos latiendo y una masa de carne de un tono rosado. Era como mirar dentro del cuerpo de un paciente. Se sintió, por un momento, un cirujano de urgencias.



—¿Cuál es el interruptor?

—Ahora lo saco.

Apartando los conductos entrelazados, al fin emergió algo con aspecto mecánico. Primero apareció una placa metálica con la inscripción *FRF-12TS-X004*, y enseguida un panel cubierto de botones diminutos, como un tablero electrónico en miniatura. Pero los botones no tenían ni símbolos ni abreviaturas, así que Tatsumi dudó sobre cuál debía presionar. Antes de poder preguntar, Nekoko dijo:

—El tercero desde la derecha y el quinto desde arriba. Púlsalo con este ritmo: tan-tan-ta-tan-tan-tan-ta-tan. Y además... justo en diez segundos. 9... 8... 7... ugh.

La mano de Ayaha volvió a sujetar a Nekoko por el cuello. Si no alcanzaban a tiempo, pensaba lanzarla. Tatsumi se apresuró a localizar el botón indicado y colocó el dedo índice sobre él.

Repitió en voz baja el ritmo para no olvidarlo: *tan-tan-ta-tan-tan-tan-ta-tan*. Al presionar, notó que, de manera extraña, la superficie del botón no estaba húmeda con ningún líquido. Comenzaba a comprender qué quería decir Ayaha cuando aseguraba que aquello no era humano.

—4... 3...

Hasta ahí llegó. Nekoko abrió la boca, pero detuvo las palabras.

Alzó la mirada hacia Tatsumi, sonrió y dijo:

—Haai. Recibí la orden de *emergency stop*. Cancelando la autodestrucción.

Las rodillas de Tatsumi se doblaron y cayó apoyando manos y rodillas en el suelo.

—.....

Respiraba en silencio, exhausto.

—Onii-chan.

Prácticamente desnuda, Nekoko se volvió hacia él y se le echó encima.

—Gracias. De ahora en adelante tendré más cuidado. Nunca me separaré de ti. Siempre dentro de los cinco metros.

Tatsumi, abrumado, respondió con voz apagada:

—Está bien... aunque... creo que en realidad no está bien, pero...

Levantó la vista para ver qué decía la otra muchacha. Ayaha lo observaba con los brazos cruzados y una mirada fría dirigida tanto a él como a Nekoko.

—Está bien. Es mejor que dejarla explotar donde sea.

El rastro de hostilidad en ella había disminuido. La extraña luz que cubría su cuerpo había desaparecido.

—Pero que no se te olvide: los humanoides de los Científicos siguen siendo enemigos de mi mundo. Esta alianza no durará. En cuanto pueda, la romperé. No pienso tolerarlo.

—¿Alianza? —dijo Tatsumi.

—Eso.

Ayaha asintió con desgana.

—Hace poco, antes de que me enviaran aquí, los Espíritus Aprillis y los Científicos acordaron cooperar temporalmente. No sé quién lo propuso. Si fue porque pensaban que yo sola no era suficiente, me irrita, así que prefiero no pensarlo. Supongo que este humanoide fue enviado, igual que yo, para protegerte.

—¿Protegerme a mí?

Tatsumi miró alrededor. Madera astillada por todas partes, olor a quemado impregnando el aire, humo delgado saliendo de aquí y allá. El hogar que hasta hace poco era una casa de dos pisos no era ya más que restos destrozados.

Con la voz quebrada, murmuró:

—Entonces... ¿no había necesidad de pelear? ¿Se supone que son aliados?

—Es solo temporal.

Incluso ante su tímida protesta, Ayaha se mantuvo firme.

—En cuanto la vi, la sangre me hirvió. Aunque me hubieran dicho que existía un pacto, el hecho de que mi país fuera arrasado por los Científicos no cambia. Tengo un rencor contra ellos. Nadie me culpará por atacar.

Como resultado, Tatsumi había perdido su hogar. ¿Qué debía hacer ahora?

O mejor dicho, ¿qué se suponía que debía entender de todo lo que esta chica decía?

—Además —siguió Ayaha—, tampoco me gustó que se acercara a ti primero. Es culpa tuya. Si hubieras vuelto antes, nada de esto habría pasado.

Le sonaba a un reproche caprichoso, tanto que se preguntó si su oído estaba funcionando bien. Pero no había error: lo que decía Ayaha era totalmente arbitrario.

Por otra parte, Tatsumi no podía replicar demasiado, estando como estaba, con Nekoko abrazada y restregándose contra él. Estaba acostumbrado a lidiar con imposiciones. Su hermana mayor, de hecho, a veces era más terca que estas dos chicas.

Suspiró profundamente.

Armas con forma de niña, una muchacha que desviaba misiles con las manos desnudas... No entendía nada de "científicos" o "Espíritus", pero comprendía perfectamente que su vida cotidiana había sido destrozada.

Si quienes se suponía que lo protegían eran así, ¿qué clase de monstruos serían los enemigos?

Mientras pensaba en ello, con esa despreocupación propia de alguien que ya no podía procesar más, una tercera mujer apareció. Esta vez, era un rostro conocido.

—Ya estoy en casa.

Tatsumi alzó lentamente la vista. Frente a él estaba una silueta femenina, vestida con blusa blanca de mangas tres cuartos y falda recta color azul marino. Se hallaba de pie en lo que unos minutos antes era la entrada principal.

—.....

Con voz sin matices, dejó escapar esas palabras entre labios siempre inclinados al sarcasmo, mirando fijamente a su hermano.

—Vaya desastre. Para lo maniático que eres con la limpieza, esto es insólito. Bueno, de vez en cuando no está mal.

Sin prestar atención a las dos desconocidas —una casi desnuda y la otra de pie con los brazos cruzados—, caminó sobre el maltrecho suelo con paso tranquilo, sin aparente sorpresa. Se inclinó entre los escombros para sacar el refrigerador, de donde extrajo una botella de agua mineral. Bebió un sorbo y, cambiando la expresión, le dijo a Tatsumi:

—¿Qué hay de cenar hoy?

—Tsunami-neesan...

Tatsumi dejó caer los hombros, abatido.

Que la casa estuviera destruida, que hubiera dos chicas extrañas allí, o que una de ellas estuviera medio desnuda... nada de eso le importaba. Lo único que le preocupaba era la cena.

Esa era su hermana, Asanagi Tsunami. Una de sus grandes preocupaciones desde que había nacido.

第2章

Capítulo 2

—Bueno, esas cosas pasan.

Sentada sobre una viga caída, la hermana, que escuchaba la explicación de Tatsumi, zanjó todo con esa sola frase.

Tatsumi, como era de esperar, protestó. A él, que lo había vivido en carne propia, le costaba creerlo; no podía aceptar que alguien que solo había oído un relato increíble lo diera por zanjado tan fácilmente.

—Mira, Tsunami-neesan. De vuelta de la escuela se me colgó una desconocida, me llamó onii-chan, llegué a casa y había otra chica diferente esperándome, las dos empezaron a pelear, la casa quedó destrozada y por poco nos traga una explosión con un radio de treinta kilómetros... Eso, si lo piensas con normalidad, no puede pasar.

—¿Y cómo lo sabes? No me da la impresión de que lo sepas todo. Escucha: yo he vivido siete años más que tú. Eso significa que he sido zarandeada por el oleaje de información que inunda el mundo siete años más que tú. Y te lo digo, Tatsumi: no hay nada que puedas afirmar categóricamente delante de mí. De esto, al menos, estoy segura.

Tsunami miró a las dos chicas con unos ojos de un brillo tan profundo que parecían despojar a cualquiera de secretos.

—Además, Tatsumi, esas dos están ahí, ¿no? ¿Eres tan hábil como para olvidar al instante lo que tienes delante? Si están ahí, es que existe lo que dices.

A un lado, Nekoko se ponía la ropa a trompicones; al otro, Ayaha la vigilaba con una mirada abiertamente inquisitiva. Por su parte, Ayaha parecía no tener a Tsunami ni en el rabillo del ojo.

La hermana, cubierta de polvo, le habló a Tatsumi con gravedad:

—Así que, eso pasó.

Pues si pasó, habría que considerarlo un problema, ¿no?

Aun así, Tatsumi renunció a discutir. Si su hermana no se inmutaba ni ante la destrucción física de la casa, era evidente que cualquier protesta sería inútil. Y pensándolo bien, no recordaba una sola vez en que hubiera logrado hacerla cambiar de opinión.

—Vale... Pasó y ya. Pero entonces, ¿qué hacemos ahora? La casa se quedó así...

—Pues sí.

Tsunami paseó la mirada por el entorno, convertido en un vertedero, y asintió como diciendo “déjame a mí”. Tatsumi, esperanzado, pensó que quizá tenía un plan, pero ella continuó:

—Primero, empecemos por las presentaciones. Ustedes dos, ¿cómo quieren que las llame de ahora en adelante?

La de cabello largo, sin apartar los ojos de Nekoko, contestó:

—¿Mi nombre? Mi nombre real no pueden pronunciarlo, así que, si un alias sirve, me presentaré: mi nombre es Tsuto Ayaha Tsumugi.

—¿Tsuto Ayaha Tsumugi? —dijo Tatsumi.

—Qué nombre tan raro.

Tsunami respondió con la reacción más razonable, y por primera vez Ayaha apartó la vista de Nekoko.

—¿Raro, entonces? Quien me lo asignó, una instructora lingüística, se jactaba de que era un buen nombre, pero yo ya sospechaba que me habían tomado el pelo. Tal vez debería haberlo decidido por mí misma.

—Más que raro, es rebuscado. Has intentado ser demasiado original y te ha quedado cursi.

Tsunami dijo con frialdad:

—Y es demasiado largo. Quédate en “Ayaha Tsumugi”, ¿te parece? Si es un alias, no tiene sentido encapricharse con nombre y apellido. “Ayaha” a secas es más fácil de llamar. ¿No te parece, Tatsumi?

—A mí me parece un buen nombre, pero...

—Me da igual —lo interrumpió Ayaha—. Respetaré la opinión de la población local. Hagan lo que quieran. No me apego a nombres falsos. Mientras mi verdadero nombre sea el verdadero, me basta.

La pregunta sencilla de Tatsumi:

—¿Y cómo es tu nombre real?

—¿Por qué tendría que decírtelo? No es asunto tuyo.

—¿Eh? ¿No lo es?

Tatsumi empezaba a perder el hilo. ¿Cómo podía Tsunami-neesan conversar tan tranquilamente de estas cosas? Había tantas preguntas más urgentes que el nombre...

Tsunami dirigió la mirada hacia Nekoko.

—Y tú, ¿cómo te llamas?

—¿Haai?

Recién vestida, Nekoko sonrió radiante.

—Soy FRF-12TS·X004. Todavía no tengo *personal name*.

—Entonces, como tienes un aire a gatita, te llamarás Nekoko. Preséntate así.

—¿Nekoko? Entendido. *Name* registrado, okey.

Alzó una mano aprobando, y con eso concluyeron las presentaciones. Solo los nombres, pero suficiente.

Por cierto, después de explosiones tan aparatosas y de que la casa se viniera abajo, ¿cómo era posible que no hubiera llegado ni una patrulla ni un camión de bomberos? A alguien del vecindario se le habría ocurrido llamar. O quizá sí llamaron. Vamos, lo normal es que alguien lo haga. Y sin embargo, que no hubiera reacción de ninguna autoridad resultaba extraño desde el punto de vista narrativo. Sin duda era el resultado de alguna intervención dirigida por alguien, pero lo que Tatsumi pensaba era, francamente, mucho más ingenuo:

Seguro que hemos molestado al vecindario... Luego les llevaré una caja de dulces.

Ignorando a Tatsumi, que seguía como un pasmarote, Tsunami se puso a caminar, escarbó entre un montón de escombros y encontró un bulto grande.

—De momento saldremos del paso con esto. Infla eso por allí.

Tatsumi miró el objeto que le tendía y, sin tiempo de comentar, terminó cogiéndolo.

—Es una tienda de campaña desmontable que le pedí prestada al club de montañismo.

Con toda naturalidad, Tsunami añadió:

—Lo tenía preparado “por si acaso”. Esta noche dormiremos ahí. Y luego la cena. El arroz lo haremos en el *han-gō*. Y ya que estamos al aire libre, hagamos una barbacoa. Combustible no va a faltar. Mejor aprovecharlo que tirarlo, ¿no crees?

La casa de Tatsumi era ya un cúmulo de chatarra. Las dos culpables estaban justo a su lado. No parecía que fueran a ofrecer compensación por daños. Y, si iban a preparar la cena, lo primero que se necesitaba era dinero.

—Dinero no falta.

Ayaha, con los brazos cruzados y gesto ceñudo, mostró un inesperado arranque de generosidad.

—Al llegar a este país me entregaron fondos de actividad. Una moneda extraña... pesada, voluminosa. Me incomoda llevarla encima, así que no me importa entregarla entera.

Del bolsillo interior sacó una bolsa de terciopelo. Dentro había exactamente dieciocho mil seiscientos sesenta y seis yenes, ni más ni menos.

—¿Qué opinas?

Ayaha frunció un poco el ceño.

—Soy ignorante en lo que respecta a la economía monetaria. Y más aún si se trata de un mundo ajeno. La instructora lingüística tampoco sabía mucho, pero me dijo que con eso bastaba.

—Para la cena alcanza y sobra...

Tatsumi observó con detenimiento el dinero recibido. En resumen, había un billete y una moneda de cada denominación. ¿No sería que ese tal “instructor” se lo había dado solo como una muestra?

Entonces cayó en la cuenta. Ayaha lo decía con toda naturalidad, pero quizás...

—Oye... No sé a qué viniste, pero...

Las cejas de Ayaha se crisparon.

—Ya te lo he dicho: vine a protegerte. No me hagas repetirlo, necio. Cumpliré con mi deber con fidelidad. Lo entiendas o no, seguiré protegiéndote.

—P-perdón. Bueno... gracias.

Aunque no entendiera nada, Tatsumi sintió que lo más sensato era agradecer.

—No tienes por qué agradecerme.

Ayaha fue tajante.

—Esto es una orden que me dieron. Es mi trabajo. Un trabajo se lleva hasta el final. No estoy en una posición tan alta como para elegir mis tareas, ni para rechazarlas. Pero que me asignaran esta misión es una oportunidad única, un honor. Por eso la cumpliré. Y regresaré a mi patria en triunfo.

Sus ojos brillaban con una determinación orgullosa. Si hubiera entendido la situación, Tatsumi habría compartido ese entusiasmo. Pero lo cierto es que seguía sin comprender.

—¿Por qué tengo que ser protegido? No entiendo el motivo... ni de quién se supone que me proteges.

Sus ojos recorrieron lo que quedaba de la casa: las ruinas, las astillas de madera, el olor a quemado, el humo que aún serpenteaba en el aire. ¿De qué modo eso podía considerarse “proteger”? Sus dudas no tenían fin.

Quizás ahora sí le explicarían. Pero la respuesta fue demoledora.

—No lo sé.

En sus hermosos ojos no había nada de calma.

—No me dijeron qué valor tienes. Solo que debía protegerte. Yo soy fiel a mi misión, así que la cumplo. Y la sigo cumpliendo.

En cuanto a la segunda pregunta:

—Sobra decir que todo esto es para protegerte de los seres de otros mundos. Actualmente, los enemigos de los **Espíritus Aprillis** son los **Magos de Falmtei** y los **Ángeles Teishuly**, además del **Dios Malvado Zu-L**. E incluso con nuestra alianza temporal, no se puede confiar en esos “**Científicos**” ni en sus **armas humanoides**. Con los **Espíritus de la Espada** todavía se puede lidiar, pero los **No-muertos de Azarl**... nunca se sabe qué traen entre manos. En lo personal, detesto a los **No-muertos**. Me resultan repulsivos.

¿Qué se puede sentir al escuchar algo así? Imagina la confusión de Tatsumi.

Él no sabía dónde ponerse. Entonces Nekoko alzó la mano con entusiasmo.

—¡Yo siempre seré la aliada de onii-chan! Está grabado a fuego en mí. Mientras no me recojan y cambien mi circuito central en la fábrica, mi objetivo principal no cambiará. ¡Puedes estar tranquilo!

El arma humana que decía explotar si se alejaba más de cinco metros, Nekoko, se le colgó de la espalda, restregando la nariz contra su cuello. Ni siquiera para un personaje de “imouto” aquello era normal: se pasaba de la raya.

Atónito, Tatsumi por fin logró decir lo que pensaba, con cautela:

—Entonces... ¿qué van a hacer ahora las dos?

Ayaha respondió primero.

—Quedarnos contigo, por supuesto.

—¿Eso significa que siempre estarán a mi lado? Aunque la casa quedó destruida... ¿vamos a vivir juntos?

Nekoko, enseguida, al oído:

—Haai, así es.

Ayaha, con la boca torcida en una mueca:

—Naturalmente.

Para el chico que había perdido su casa, escuchar aquello de boca de una de las culpables no sonaba precisamente coherente. Pero parecía que solo él lo veía así.

Su hermana Tsunami le dio una palmada en el hombro.

—Bah, no está mal.

¿No está mal? ¿Qué se supone que tiene de bueno?

—Ahora tienes dos cargadoras para las compras. Y además una ya dio dinero. Si esperas más, vas a tentar a los dioses de la codicia para que te fulminen. Así que, la cena corre por tu cuenta. Y antes, arma la tienda de campaña.

Dicho con total naturalidad, Tsunami volvió a sentarse sobre los escombros.

Con la hermana sin mover un dedo, Ayaha de brazos cruzados y Nekoko ayudando solo para estorbar, Tatsumi se las vio negras para montar la tienda. En un rincón del jardín, sobre un suelo apenas despejado, se levantó un improvisado campamento.

En el camino al supermercado más cercano, Nekoko siguió aferrada a su brazo, mientras Ayaha caminaba un paso detrás, con expresión severa. Tsunami, que veía las tareas domésticas como trabajo exclusivo de su hermano menor, ni siquiera los acompañó: se quedó recostada en la tienda.

Con razón Tatsumi estaba desconcertado. Lo cierto era que hasta el momento había comprendido muy poco: que lo estaban buscando, que Ayaha había venido de algún lugar para protegerlo, y que Nekoko también. Que ambas tenían poderes fuera de lo común.

Eso era todo.

Y quizá fuera suficiente. Lo más probable es que, en adelante, aparecieran más veces esos puños luminosos de Ayaha, esa velocidad sobrehumana, o las armas pesadas que Nekoko sacaba de quién sabe dónde y hacía desaparecer sin explicación. Pero entrar en detalles sobre tales “gadget” ahora mismo solo lo cansaría y acabaría hastiándolo. Ya habría tiempo para explicaciones cuando volvieran a aparecer.

Al fin y al cabo, no eran la gran cosa.

—¿De dónde vienen ustedes?

En lugar de enredarse con los discursos incomprensibles de Ayaha, Tatsumi optó por una pregunta simple. Tanto hablar de *Espíritus* y *Científicos* lo dejaba más confundido que otra cosa.

—Hace un rato dijiste algo de tu país... ¿cómo se llama?

Ayaha respondió mientras caminaban, sin detenerse.

—No existe en este mundo. Mi país está en otro mundo.

—¿Otro mundo? ¿Qué quieres decir con eso?

—Justo lo que escuchaste. No hay otra manera de explicarlo. Este es el mundo de los sin poderes, los *Muzoku Nivose*, mi patria está en el mundo de los *Espíritus Aprillis*, y yo soy una *Espíritu*.

—O sea... ¿"Espíritus"? Eso sí lo conozco. Elfos, Espíritus, esas cosas que aparecen en los cuentos...

La figura de Ayaha, caminando con aplomo, tenía cierto aire de *fairy tale*. Para los ojos de Tatsumi, era una belleza de aspecto noble, más cercana a un elfo que a otra cosa.

—No es exactamente ninguna de las dos.

Ayaha respondió con fastidio.

—Si lo traduces a la fuerza, termina siendo "Espíritus". Lo mismo pasa con los *Científicos*. Este idioma es poco práctico. Lo que quiero decir no se transmite bien. Como era de esperarse de un país con humanos sin habilidades como los *Muzoku*.

Tatsumi, confundido, intentó ir más al grano.

—¿Qué son los *Muzoku*?

—Ya lo dije. Son los humanos sin atributo. Ustedes. La gente de este mundo no tiene ninguna característica especial. Normalmente, todo humano tiene al menos un *gadget*. Por ejemplo, cualquier *Espíritus* puede usar *Elfstreak*. Los *Científicos*, en cambio, se valen de su odiosa pseudociencia para sembrar desastres. Así es como debería ser.

El mal humor de Ayaha se tornó irritación abierta.

—Y, aun así, me ordenan proteger a un *Muzoku*. Yo tampoco entiendo qué está pensando la federación. ¿Acaso juegan con nosotros?

Tatsumi no supo qué contestar. Probó suerte con Nekoko.

—Yo tampoco sé nadaaa. Pregúntenle al que me hizo.

Su respuesta alegre equivalía a no responder nada.

—Mira... —Tatsumi buscó comunicarse como pudo—. Agradezco que me protejan, pero... ¿por qué yo? Ni siquiera tengo cualidades especiales. Aparte de esas cosas raras que dices, no tengo ningún mérito.

Su voz se le quebró.

—No soy nadie. Tal vez me confundieron con otra persona.

—Imposible.

Ayaha lo miró con enojo. ¿Por qué tanto coraje?

—La presencia de un arma humana de los *Científicos* es prueba suficiente. No hay forma de que dos consejos de mundos se equivoquen al mismo tiempo. Además, la decisión vino del *Kokuren*. Lo que decide la Conferencia de los Ocho Mundos es incuestionablemente correcto.

Ese *Kokuren* no parecía ser las Naciones Unidas. Entonces, ¿qué demonios era? ¿Y qué significaba esa Conferencia de los Ocho Mundos?

—Mi mundo está al borde de la destrucción.

Ayaha lo soltó como si no tuviera relación alguna.

—Y no solo el de los *Espíritus Aprillis*. Los otros siete también. Puede que en este mundo aún no se noten los efectos, pero el mío ya se vio afectado: hace quinientos años por los *Magos Falmtei* y, hace doscientos, por los *Científicos*. Los demás mundos siguen lejos, pero es cuestión de tiempo antes de que ocurra un contacto en cadena. Dos mundos ya son un desastre. Si se suman más, será el fin.

Parecía enfurecerse al recordarlo.

—¡Y la despreocupación de este mundo me enfurece aún más!

Así estaba la cosa.

—Con los *Científicos* firmamos una tregua. Los sirvientes de los *Magos* todavía andan sueltos, pero la peor devastación de mi ciudad vino de los androides que enviaron los *Científicos*. Estar cerca de algo así me corrompe el corazón.

—Pero pero... —intervino Nekoko con una sonrisa—. Según mis archivos internos, mi mundo también fue atacado por los Espíritus. La brigada de diciembre al amanecer destruyó treinta y seis fábricas.

—¡Cállate!

El cuerpo de Ayaha comenzó a emitir un tenue resplandor blanco. Tatsumi se apresuró a intervenir.

—¡Espera! Dijiste que había una tregua. En un país neutral, ambas partes deberían respetarla, ¿no?

—No es neutralidad.

Ayaha fue tajante.

—Este mundo simplemente vive en la ignorancia. Tarde o temprano será un campo de batalla. Es solo cuestión de tiempo.

—Eso... es una diferencia enorme, ¿no?

Tatsumi trató de razonar.

—Es como si me dijeran que mañana tengo el examen de ingreso a la universidad: sería terrible. Pero si supiera que será dentro de tres años, al menos tendría tiempo para prepararme.

—Aunque quieras prepararte, si no lo haces, da lo mismo. Y a juzgar por este mundo, aquí no hay ni la más mínima conciencia de peligro. Cuando la invasión comience, será el primero en caer.

—Eso... sería un problema.

—Para mí no.

Ayaha lo dijo sin titubear. Luego lo miró con una firmeza helada.

—Pero cumpliré mi misión. No me importa este mundo. Solo he venido a protegerte a ti.

¿Debía sentirse agradecido o preocupado? No lo sabía. Lo cierto es que esas palabras, dichas con toda naturalidad, lo pusieron más nervioso.

—A-ah... bueno... gracias.

Era un momento extraño para sonrojarse.

—¿Qué dices? No tienes por qué agradecer. Solo cumplo con lo que debo. No hay razón para que me des las gracias.

Lo miraba como si fuera un completo incomprendible.

Incluso en el supermercado, ninguna de las dos ayudaba en nada. Nekoko colgaba de su brazo sonriendo, y Ayaha miraba a todos como si fuera su escolta personal, con los ojos afilados en busca de amenazas.

Al ver que casi se encaraba con un guardia de seguridad, Tatsumi se apresuró a terminar las compras. Por suerte, el pedido de Tsunami era simple: carne y verduras para un asado al aire libre. Los 18,666 yenes de Ayaha alcanzaron con holgura.

Se le escapó comprar para cuatro, aunque dudó un instante: “¿No era Nekoko un arma?” Después descubriría que, de alguna manera, también comía como cualquier persona.

Y, sorprendentemente, resultaba bastante útil.

De vuelta a lo que quedaba de su casa, encontraron a Tsunami dormida en la tienda. No había hecho nada más, salvo dejar una olla arrocera y una plancha de hierro. Encender el fuego y cocinar era tarea de Tatsumi.

—¿Fuegooo? Eso puedo hacerlo, soy expertaaa.

En la improvisada cocina al aire libre, construida con restos de su propia casa, Nekoko recogió un pedazo de madera —también parte de lo que había sido su hogar— y lo agitó sonriente.

Tomó aire, frunció los labios y sopló. Y de paso, exhaló llamas. En un instante, el trozo de madera se convirtió en antorcha.

Una chica de tamaño natural convertida en encendedor humano. Seguro habría clientes que lo comprarían si lo pusieran a la venta. ¿Qué tal por catálogo bajo pedido?

—Gracias.

Tatsumi recibió la chispa que Nekoko había producido y encendió la hoguera dentro de un improvisado fogón hecho con bloques de concreto. Mientras observaba cómo el fuego comenzaba a escupir humo hacia el cielo, pensó con calma que llevar a Nekoko de campamento sería bastante útil para encender fogatas.

Del grifo para riego del jardín, que había sobrevivido a la destrucción, tomó agua potable y la usó para lavar el arroz y las verduras. Así se le fue el tiempo hasta que el sol terminó de ocultarse por completo bajo el horizonte. Durante todo ese lapso, Tsunami no salió de la tienda de campaña; Nekoko lo seguía alegre, correteando a sus espaldas, mientras Ayaha fulminaba con la mirada a cualquiera que pasara frente a los restos de la casa.

Cuando la olla arrocera comenzó a soltar vapor y la plancha de hierro sobre las brasas ya estaba lo suficientemente caliente, Tatsumi alzó la voz.

—Tsunami onee-san, ya casi está listo.

—Ya era hora.

La mujer salió arrastrando los pies de la tienda, con el cabello desordenado y los ojos aún adormilados, pero tomó los palillos y el tazón con absoluta firmeza.

—Ustedes también van a comer, ¿no?

—Yo después.

De pie como centinela, Ayaha respondió sin volverse siquiera.

—Terminen rápido. Comer y dormir es cuando uno está más vulnerable.

—¿En serio?

—Es sentido común.

El comentario dejó a Tatsumi algo intranquilo, aunque la sola idea de un ataque repentino le resultaba difícil de imaginar. Además, su costumbre de preocuparse por los demás lo llevó a insistir.

—Pero... ¿aunque sea un ratito no estaría bien?

—Ese “ratito” de descuido suele ser lo que cuesta la vida. Deberías grabártelo bien.

Las palabras de Ayaha se perdieron con el chisporroteo de la carne al contacto con la plancha caliente, y la atención de Tatsumi también se desvió hacia el apetitoso sonido.

—¡Waa, qué divertidooo!

Nekoko colocaba los ingredientes en la plancha con entusiasmo, mientras Tsunami devoraba la comida apenas rozaba el calor. Parecía disfrutar un picnic al aire libre, aunque en realidad su rostro era el mismo de siempre, como si estuviera cenando en el comedor de su casa. Lo importante era comer, sin importar dónde.

A Tatsumi le daba reparo que Ayaha siguiera de espaldas, sin aceptar ni un bocado. Aun así, se sentó frente a la improvisada mesa hecha con tablones del piso desprendidos y sirvió el arroz, calculando a ojo que sobrara una porción para ella.

La cena concluyó una hora más tarde. Para contrastar, Ayaha tardó apenas treinta segundos en despachar la suya.

Mientras Tatsumi lavaba los platos con la manguera, su hermana propuso con naturalidad:

—Ahora toca el baño. Y después a dormir temprano. Total, despiertos no tenemos nada que hacer.

El baño de la casa, claro, había desaparecido con el primer disparo de bazuca de Nekoko.

—Pues al sentō —añadió Tsunami—. A diez minutos caminando hay uno de esos baños públicos de toda la vida.

Tatsumi lo conocía: lo había visitado tres días seguidos cuando se descompuso el calentador de su casa. Lo que no lograba comprender era cómo su hermana podía mostrarse tan indiferente ante la presencia de Ayaha y Nekoko. ¿Sería parte de un plan oculto, o de verdad no le importaba?

—Ustedes dos también van, ¿no?

Con la misma calma, Tsunami se dirigió a la vigilante Ayaha y a Nekoko, que había roto uno de cada tres platos mientras intentaba ayudar con el lavado.

—Mírenlas, llenas de polvo. En especial tú, Ayaha. Con ese cabello tan bonito, tienes que cuidarlo. ¿Siquiera sabes qué es un sentō?

Ayaha se giró con expresión solemne.

—Por supuesto. Un baño público de pago, separado para hombres y mujeres. Soy mujer, y no quiero andar sucia. Pero mi deber tiene prioridad sobre todo.

Sus ojos se clavaron en Tatsumi.

—No puedo perderte de vista. O entro al baño de hombres contigo, o tú entras al de mujeres conmigo. ¿Qué opción es la menos inapropiada en este mundo?

—¡Ninguna de las dos!

Tatsumi puso todo el énfasis en su réplica. No había elección posible.

—Prefiero echarme agua encima aquí mismo que eso.

—Nada de eso —intervino Tsunami con la misma expresión impasible—. No es temporada para jugar con agua, y además, ¿piensas desnudarte aquí afuera? Te arrestarían.

Y, sin apenas reflexionar, dio su veredicto.

—Ya está. Tatsumi, tú te vas al baño de hombres con Nekoko. Esa niña aún puede entrar ahí sin problema. De todas formas no puede alejarse más de cinco metros de ti, así que perfecto. Y Ayaha viene conmigo al de mujeres. ¿Alguna objeción?

De nada habría servido protestar, así que Tatsumi guardó silencio. Nekoko abrió los ojos de par en par, sorprendida, y Ayaha lo miró fijamente como si lo evaluara. Era claro que, si hacía falta, ella misma derribaría la pared para llegar al baño de hombres.

Resignado, Tatsumi empezó a hurgar entre los escombros en busca de toallas y utensilios de aseo que aún pudieran usarse.

La experiencia en el sentō fue algo que Tatsumi preferiría no recordar en detalle. Baste decir que las cosas sucedieron casi tal como se las imaginaba.

Por fortuna, el baño de hombres estaba vacío salvo por unos ancianos, y el único incidente fue el alboroto que armó Nekoko. Ya de regreso, agotado, secaba con una toalla el cabello empapado de la niña, que había salido sin molestarse en secarse.

Ni Tsunami ni Ayaha dijeron “ya volvimos” al aparecer, pero eso no sorprendió a Tatsumi: en el caso de su hermana, era típico; y en el de Ayaha, él ya intuía que así se comportaba.

Sin demora, Tsunami tomó la delantera de vuelta a casa. Tatsumi la siguió, con Nekoko de la mano, mientras Ayaha cerraba la marcha. El aire traía consigo un aroma agradable: tres mujeres recién bañadas a su alrededor, todas aún con la misma ropa de antes, chamuscada o sucia. La poca ropa decente estaba en la lavandería automática, pendiente de recoger.

El problema de la ropa estaba resuelto, el de la comida también. Faltaba el del techo sobre sus cabezas. ¿De verdad vivirían en esa pequeña tienda de campaña de dos plazas?

—Hoy no hay remedio —sentenció Tsunami—. Reconstruir la casa no es posible de inmediato, eso lo entiendes, ¿verdad, Tatsumi? A menos que Ayaha o Nekoko puedan usar magia para restaurarla. ¿Pueden?

Las dos chicas negaron con la cabeza, cada una a su modo.

—No puedo.

—¡Imposibleee!

Tsunami ni siquiera se encogió de hombros.

—Bueno, da igual. Mañana alquilamos algún departamento. En eso me ayudarán ustedes dos. No tenemos mucho dinero.

Tatsumi bajó los hombros.

—¿No sería mejor contactar a papá? ¿Dónde andará ahora...?

—No lo sé. Lleva cinco años sin dar señales de vida; ni siquiera le he oído la voz. Por mí, podría estar muerto en alguna parte. Dentro de dos años presentaré el aviso en la oficina y que lo declaren fallecido. Si nos ha dejado abandonados hasta este punto, es como si estuviera o no, da lo mismo.

—No digas eso. Está vivo. Ese papá no se moriría sin avisar.

—Seguramente. Pero esté vivo o muerto, ahora mismo nos da igual. Lo que necesitamos no es un padre, sino dinero.

Tsunami se detuvo y fijó la mirada en Ayaha, que venía al final.

—Tú, Nekoko y Tatsumi. Los tres van a salir a trabajar a tiempo parcial. Ustedes dos tienen la responsabilidad de que la casa esté destruida.

—¿Yo también? —preguntó Tatsumi.

Los ojos de su hermana eran tan imperturbables como siempre.

—Ellas vinieron por ti, ¿no es así? Sin ti, la casa seguiría en pie. En resumen: es culpa tuya. No intentes eludir tu responsabilidad. Corresponsabilidad. Lo único seguro es que yo soy la única que no tiene nada que ver.

Tatsumi sintió un escalofrío en la espalda. ¿Seguiría recordando aquello? Diez años atrás, en la tira de deseos del Tanabata, él escribió: “En lugar de mi hermana mandona, denme una imouto linda”, lo colgó, lo descubrieron... y lo molieron a golpes.

¿Eh? Miró a Nekoko —que bostezaba como una niña y se frotaba los ojos— y ladeó la cabeza. ¿Será que se me cumplió el deseo? No me emociona demasiado... aunque linda, sí que es.

Tatsumi suspiró.

—Pero... ¿qué hago con la escuela? Con todo esto... ¿aun así tengo que ir?

—Por supuesto.

La respuesta de su hermana no dejó lugar a dudas.

—Eres estudiante. Tu trabajo es ir a la escuela y vivir tú juventud. No te permitiré faltar solo porque la casa se vino abajo. Irás como corresponde, aprenderás bien. Y trabajarás.

Tatsumi miró a las dos chicas. Una parecía una alumna de primaria que explotaría si se alejaba de él cierta distancia. La otra insistía en que su trabajo era protegerlo y poseía habilidades inexplicables.

Como interpretando su mirada, Ayaha frunció el ceño de inmediato.

—Sé perfectamente qué es una escuela. Y, por supuesto, iré a la tuya. No puedo separarme de ti. Debes estar siempre dentro de mi campo de visión.

—Pero...

Tatsumi buscó con la mirada el auxilio de Tsunami. Ella asintió con ligereza, como si ya lo hubiera decidido.

—Déjame a mí. Colar una estudiante transferida en tu clase es facilísimo.

Si su hermana decía que algo era fácil, entonces lo era. Aunque fuera difícil, lo haría parecer fácil; por lo tanto, era fácil. A Tatsumi no le quedaba más que resignarse.

Ojalá mañana sea ella quien les explique a mis compañeros...

Pensando eso, avanzó cabizbajo por la calle nocturna.

Cuatro personas en una tienda para dos es complicado. Y más si es un chico y tres chicas.

Tatsumi vaciló. Hacía un poco de fresco, pero quizá él podía dormir afuera. Tsunami oneesan y Ayaha llenarían el cupo, y Nekoko es pequeña... tal vez puedan arreglarse.

Mientras pensaba eso,

—Tú te metes adentro y te quedas —le cortó Ayaha, plantándose con tono imperativo—. Yo haré guardia sin dormir. Te lo dije: la noche es peligrosa. En la oscuridad puede llegar cualquier cosa. En su lugar, yo atacaría de noche sin dudar.

El cabello de Ayaha se mecía con la brisa primaveral; a la luz de la luna su figura resultaba extrañamente sobrecogedora. Quizá por el baño reciente su atractivo se había acentuado. Bajo la mirada seria y cortante de la chica, Tatsumi se quedó un instante embelesado por su rostro impecable antes de volver en sí.

—Oye... Yo, hasta ayer, vivía en paz. Hoy llegaron ustedes de golpe, y eso de que hay gente que me busca... No puedo creer que exista gente así...

Mostrando entre líneas su preocupación —"deberías descansar un poco"—, trató de sugerirlo sin decirlo abiertamente.



—Además... aunque vinieran, ¿de verdad empezarían justo hoy? Si es así, parece como si lo hubieran planeado de antemano.

—No lo sé.

La respuesta de Ayaha fue fría y cortante.

—No me informan de la agenda de los de otros mundos. Pero si los soldados de los Científicos llegaron al mismo tiempo que yo, lo lógico es pensar que otros indeseables también hayan arrancado en paralelo.

Para Tatsumi, que no tenía idea de quiénes eran esos indeseables, la mayor amenaza no eran otros, sino justamente Ayaha y Nekoko. Ellas habían destrozado su casa sin siquiera disculparse, y según Ayaha, todo había sido consecuencia de un pleito personal. ¿De verdad algo así podía zanjarse con un simple “no había otra opción”?

Mientras Tatsumi se atormentaba con ese pensamiento, su hermana le habló. Ya se había puesto el pijama y, además, le había prestado una prenda vieja a Nekoko para que se cambiara.

—Bueno, no importa.

Era la frase mágica que destrozaba cualquier razonamiento.

—Si quiere quedarse de guardia, que lo haga. Al menos servirá de repelente, como el ajo contra los vampiros. Anda, métete en la tienda. Mañana tendremos un día movido.

Tatsumi, cansado solo de pensarlo, preguntó con cierta ansiedad:

—¿Van a venir vampiros?

—No puedo asegurar que no.

Los ojos vigilantes de Ayaha recorrieron en todas direcciones mientras continuaba:

—Pero si son vampiros, todavía son de los menos terribles. Los monstruos que invocan los seguidores del Dios Malvado Zu-L o los Magos de Falmtei suelen ser más horribles y repulsivos. Lo entenderás en cuanto los veas. Y los No-muertos de Azarl son incluso peores que los vampiros, así que prepárate.

Aunque lo dijera con tanta seriedad, Tatsumi no podía ni creerlo ni entenderlo. Así que solo respondió con una evasiva:

—Ah... ¿sí?

Ayaha hizo un ademán con la mano como quien espanta un insecto.

—Tranquilo. Sea lo que sea, lo repeleré con todo mi orgullo. Estoy aquí para eso. Si no lograra protegerte, sería mejor morir.

Sonaba como la confesión dramática de alguien en medio de una batalla, pero en su rostro no había emoción, solo un tono práctico y severo.

—No hace falta que llegues a tanto —replicó Tatsumi, ahora serio—. No sé si mi vida vale como para que alguien la arriesgue.

Más allá de eso, añadió con sinceridad:

—Mira, yo no quiero ver sufrir a nadie por mi culpa. Si en verdad crees que es peligroso, entonces huye. Yo no te culparé. Al fin y al cabo...

Pensó un instante si decirlo no sonaría discriminatorio, pero lo dejó escapar mentalmente: “Eres una chica, y además bonita”.

—Eso no pasará —lo cortó Ayaha, firme.

—Si abandono mi misión y regreso, viviría por siempre entre la humillación y los insultos. En tal caso, preferiría elegir mi propia muerte. Una vida sin valor carece de sentido. Por eso, yo...

—Te equivocas.

La voz de Tatsumi fue suave, pero cargada de determinación.

—Yo no quiero que nadie muera. No quiero verlo ni saberlo. Porque sería demasiado triste.

El contraataque inesperado dejó a Ayaha sorprendida, aunque pronto volvió a endurecer su expresión.

—Tonto. Mi mundo está envuelto en guerras. Que la gente muera ya es cosa de todos los días. Es doloroso, lo reconozco, pero es la realidad. No existe una lucha sin muertes.

El realismo férreo de Ayaha lo hizo guardar silencio. Tatsumi era más sensible a la “muerte” que cualquiera. Quizá porque perdió a su madre antes de tener recuerdos, o por alguna otra razón más profunda. Incluso en las historias de ficción, la muerte de un personaje lo afectaba demasiado. Más que odiar las tragedias, rechazaba la idea de que la muerte fuera usada como un recurso de conmoción. Para él, la muerte era solamente tristeza, nada más.

Mientras bajaba la mirada en silencio, sintió que le tiraban del dobladillo de la camiseta.

—No se preocupeee —dijo Nekoko, con una sonrisa, vestida con un viejo y holgado suéter.

—Yo también soy del bando del onii-chan. Haré equipo con Ayaha onee-chan y juntas lo cuidaremos.

Era reconfortante oírlo... aunque Tatsumi seguía sin entender por qué necesitaba ser protegido.

—No me llames “onee-chan” —bufó Ayaha con disgusto.

—Escucha bien. No pienso hacerme amiga de una arma humana como tú. Aunque hablemos de alianza, seguro se romperá pronto. En cuanto eso ocurra, tú y yo seremos enemigas.

—Puede que sí, peero... Yo no pienso pelear contigo. Para eso tendrían que cambiar mi hardware en la fábrica. Hasta entonces, mi prioridad no cambiará. Así que vamos a proteger al onii-chan entre todas, ¿sí?

La atmósfera se relajó un poco. Tatsumi acarició el cabello de Nekoko, que sobresalía como antenitas, y pensó con resignación: “Bueno... supongo que está bien ser el onii-chan”.

Decidió olvidarse de momento de dónde salían o a dónde desaparecían las armas que Nekoko sacaba.

—¿Ya terminaron?

Tsunami asomó la cara por la entrada de la tienda, con una expresión anodina visible incluso a la tenue luz.

—Tatsumi y Nekoko, adentro. A dormir. Dormir es el modo más seguro de olvidar la realidad. Y Ayaha, buen trabajo.

Ayaha asintió sin una palabra y volvió a mirar hacia la oscuridad. Tatsumi, mientras era arrastrado por Nekoko hacia la tienda, pensó que quizá era el único que aún no entendía nada.

Así terminó su primer día.

Aunque con Ayaha de pie sobre los escombros vigilando la noche, una tienda incómoda como cama, y compartiendo ese espacio reducido con su hermana y Nekoko, dormir no iba a ser nada fácil.

第3章

Capítulo 3

A la mañana siguiente, Tatsumi se despertó incómodo, notando cierta pesadez en su sueño. Durante un rato se quedó observando la cabeza de Nekoko, que descansaba sobre su abdomen, antes de incorporarse lentamente.

La pequeña muchacha que había participado en la destrucción de su casa y que, según decían, era un arma humana, dormía profundamente con la boca abierta. Tatsumi pensó, medio atontado, en lo extraño que era llamarla “arma”, hasta que recordó lo que había visto dentro de la compuerta de su espalda.

Al echar una mirada con un ojo aún a medio abrir, notó que su hermana no estaba. Revisó el reloj de pulsera que había dejado junto a la almohada: todavía era temprano. Incluso le sobraba tiempo antes de ir a la escuela.

Con cuidado, movió la cabeza de Nekoko para liberarse y salió del pequeño refugio improvisado.

—...Buenos días.

Dirigió el saludo a la espalda de la muchacha de largo cabello, que permanecía en el mismo lugar y postura de la noche anterior. Ayaha apenas se movió; no contestó.

—¿Y Tsunami-neesan?

Hubo un silencio prolongado antes de que una voz ronca, algo gastada respecto al día anterior, respondiera:

—Tu hermana dijo que se iba antes y salió.

Lo dijo con el mínimo de palabras, sin moverse ni un centímetro.

Tatsumi, sin darle demasiada importancia, preguntó:

—Oye, ¿vino alguien anoche? ¿Algún sospechoso?

Tras otra breve pausa, Ayaha contestó:

—No hubo ataques. Pero no debemos confiarnos. El peligro quizá sea mayor de día, cuando es más fácil mezclarse entre la multitud.

—Ya veo... Bueno, de todos modos, gracias por quedarte de guardia.

—No me agradezcas. No peleé contra nadie.

Parecía como si hubiera deseado que alguien hubiera venido a atacarlos. Tatsumi pensó eso mientras acomodaba la arrugada ropa de su uniforme, que llevaba puesto desde ayer.

—Oye, yo tengo que ir a la escuela... ¿vas a venir conmigo de verdad?

—Por supuesto.

Por fin se giró hacia él. Ayaha tenía un rostro cansado y malhumorado.

—A partir de ahora iremos juntos a todas partes. Lo mismo con esa arma humana. Y en mi opinión, la escuela es el lugar más sospechoso. Es probable que ya se hayan infiltrado enemigos. ¿No recuerdas a algún estudiante recién transferido?

Tatsumi reflexionó un poco y negó con la cabeza.

—Ya veo... Entonces llegarán en cualquier momento. Escúchame: los alumnos transferidos son peligrosos. Considéralos a todos enemigos. Si ves a alguno, huye de inmediato.

Al fijarse mejor, notó que Ayaha cabeceaba. Parecía que en verdad había pasado toda la noche en vela.

—¿Estás bien? Te ves agotada.

—No he hecho nada. No puedo estar cansada.

Forzó una mirada severa.

—Un poco de sueño puede borrarle con fuerza de voluntad. Pero lo que sí me molesta son tus comentarios. Si vas a hablar así, mejor cierra la boca por un tiempo. El sueño puedo disiparlo, pero el enojo no se va tan fácil...

Decía eso mientras sus párpados se cerraban y abrían de golpe una y otra vez.

Tatsumi se preocupó.

—Deberías recostarte un poco. Aún falta tiempo para ir a la escuela. Yo puedo vigilar mientras tanto.

—Tonto. ¿Cómo puede vigilar el que debe ser protegido? ¿Qué vigilarías tú? ¿Acaso a mí? ¿Piensas quedarte mirando mi cara mientras duermo? Ridículo.

Aunque no dejaba de insultarlo, Tatsumi no se molestó. Sabía que ella hablaba en serio cuando decía que lo protegería. Lo incomprensible era por qué tenía que ser protegido en primer lugar.

—Bueno... ¿qué hago con el desayuno?

Murmuró para sí mismo. Comprar pan en la tienda de conveniencia cercana sería lo más rápido, pero Nekoko no podía alejarse más de cinco metros. Despertarla solo para eso no le parecía justo. Quizá cargarla a la fuerza... aunque, al final, tampoco era tan grave saltarse una comida.

Decidió simplemente esperar, sentado sobre los escombros menos polvorientos. Por fortuna, su mochila estaba intacta y los libros los había dejado en el casillero de la escuela.

—Aunque claro...

Lo que le preocupaba en realidad era cómo sería tener a Ayaha y a Nekoko en su misma clase. Estaba casi seguro de que así sería. Y lo más seguro era que no había escapatoria.

—Fuaaa...

Al fin Nekoko se desperezó y asomó la cara por la entrada de la tienda, frotándose los ojos.

—Buenos días, onii-chan, Ayaha-onee-chan. ¿Ya vamos a la escuela? Waa, qué emoción, voy a ir también.

Con una gran sonrisa y el cabello alborotado por la cama, empezó a cambiarse de inmediato. Eligió el mismo vestido que Tatsumi le había quitado de mala gana la noche anterior. Mejor no pensar demasiado: lo importante era salir hacia la escuela de una vez.

Los tres salieron un poco antes de lo normal. Alrededor, todo parecía en calma: ni curiosos, ni vecinos, ni policías se habían acercado a ver las ruinas de la casa ni la tienda levantada en medio de ellas. Era extraño, pero Tatsumi no se detuvo a pensarlo.

Al mirar hacia atrás, vio el terreno devastado con la tienda de montaña solitaria en medio. ¿Pasarían otra noche allí? ¿Qué pensaría hacer Tsunami-neesan? ¿Cuánto costaría reconstruir la casa?

Sus pasos eran pesados, no solo porque Nekoko se aferraba a su brazo, sino porque Ayaha caminaba justo detrás, proyectando una presión constante.

¿De verdad podía ir a la escuela en estas condiciones?

Gracias a que iban temprano, la calle estaba vacía. Pero ¿qué explicación le daría a sus compañeros? ¿Y la escuela aceptaría sin más a dos desconocidas? Normalmente harían algún anuncio, ¿no?

Estaba sumido en estas preocupaciones cuando ocurrió lo inesperado.

Al doblar una esquina familiar, lo sorprendió una voz que retumbó:

—¡Teeeeercooo!

Y al instante, una silueta humana se lanzó contra él con un grito de guerra.

A pesar de llamarlo “rugido de guerra”, la silueta era, otra vez, la de una chica. Por algún motivo iba empuñando un bokutō en guardia alta, saltó con ímpetu gallardo y, de paso, gritó:

—¡Muéreteeee!

Si hay una voz chillona, era esa. A contraluz del sol, la figura de la chica era solo una sombra: el cabello atado a un lado flameaba, igual que los pliegues de la falda, mientras caía y descargaba el bokutō.

Tatsumi no pudo moverse ni un paso. En parte porque Nekoko le tenía el brazo aferrado, pero, más que por eso, porque se había quedado pasmado.

“¿Será esta la atacante sospechosa de la que hablaba Ayaha, la que viene a por mí?”, pensó, pero...

—¡Uryaaa!

Con un bramido que rajaba el aire, la punta del bokutō no apuntaba a Tatsumi, sino a la cabeza de Ayaha.

El ímpetu era real y la voluntad, también. Puede que la forma de su kenjutsu fuera dudosa, pero el tajo de madera prometía fuerza... aunque—

Pashin. Tan.

El primer sonido, casi cómico, fue el del bokutō chocando contra la palma que Ayaha alzó con fastidio; el segundo, el de los pies de la espadachina aterrizando.

—¡Maldiita...!

Con la punta del bokutō atrapada en la mano de Ayaha, la recién llegada alzó aún más las comisuras de sus ojos ligeramente rasgados. A Tatsumi y Nekoko ni los estaba registrando: su mirada estaba clavada únicamente en Ayaha.

Gracias a eso, Tatsumi pudo observarla con calma. La nueva chica era claramente mayor que Nekoko, aunque un poco menor que Ayaha; de pecho plano, cabello rubio brillante recogido en una coleta lateral.

Lo que a Tatsumi más le chocó, además del ataque “a lo asaltacalles” con un bokutō, fue que llevara el uniforme estándar femenino de su instituto. Jamás había visto a una alumna con un rubio tan perfecto y unos ojos tan “no orientales”. Al menos, de su mismo curso no era; y para ser de cursos superiores, su cara y estatura resultaban demasiado infantiles.

—...Con que tú, ¿eh?

Quien comentó con desgana fue Ayaha. Sin soltar la punta del bokutō, añadió:

—Hace tiempo que no te veía la cara, *Ken-sei*. Que me ataques por sorpresa tiene gracia, pero ¿qué piensas hacer con este juguete de madera? ¿Quieres retozar como cuando éramos crías? Deberías leer la situación: no estamos para juegos.

—¡Hmpf... sí, claro!

La rubia del bokutō frunció los labios con mohín.

—¿Y tú qué? ¿Por qué andas aliada con una muñeca mecánica? Nada que ver contigo.

—Fuerza mayor. No es mi voluntad.

—Vaya, vaya, ¡qué mansita te me has vuelto! Tú... eh, ¿con qué nombre vas aquí?

—Llámame Ayaha.

—Nombre raro. Que una como tú, Ayaha, no le parta la cara al enemigo que tiene delante... ¿no te das cuenta de que es de idiotas?

—Prefiero no ser tan estúpida como tú, *Ken-sei*. Y bien, ¿a qué viene el ataque? ¿En tu país saludan por la mañana cargando con la espada?

—¡Claro que no, boba!

Con un agudo do de pecho, la rubia apretó más el agarre del bokutō.

—Solo venía a molestarte un rato por aburrimiento.

Ayaha soltó la madera sin oponer resistencia.

Por lo visto, juzgó Tatsumi, esta espadachina rubia no era enemiga... al menos por ahora. Que fuera "aliada" ya era otra historia, y complicada. O algo así.

Mientras él se quedaba ahí, como un extra, la recién llegada soltó:

—Entonces, ¿este es *ese*?

Sus ojos, con brillo de fiera nocturna, atravesaron a Tatsumi.

—Vaya... y yo pensando qué pinta tendría. Bah, qué tipo más deslucido. ¿Cómo puede este ser la persona clave? ¿No hay un error? Esperaba a alguien más guapo y con pinta de listo.

El comentario era duro, pero Tatsumi no se enfadó. Al fin y al cabo, no decía más que verdades que él conocía mejor que nadie.

Cuando casi asintió por inercia, la protesta vino de otro lado:

—¡Eso no es verdad! ¡Onii-chan es guapo! Y también es muy amable. No hable mal de mi onii-chan, por favor.

Nekoko abrazó el brazo de Tatsumi y, sonriendo, salió en su defensa.

—Él detuvo mi autodestrucción. Hehe, me hizo muy feliz.

—Ajá.

La rubia, con el bokutō al hombro, respondió sin interés:

—Me da igual. Lo importante: tú.

Y fulminó a Tatsumi con la mirada.

—Te vienes conmigo. Te conviene más. Mucho más.

—¿Eh?

—Mira bien.

La chica alzó el mentón con arrogancia.

—¿Acaso no soy yo más hermosa que ellas?

Tatsumi se quedó desconcertado. La chica del bokutō lo acorraló enseguida con más palabras:

—Además, tengo montones de ventajas. Soy mucho más confiable que una *Espíritus* de Aprillis o una muñeca de los *Científicos*. Sobre todo si la representante de las *Espíritus* resulta ser esta tal Ayaha, ¡vaya broma de mal gusto! No tiene flexibilidad, es tosca, no tiene ni un gramo de elegancia... ¡es como si te dijeran que te mueras! Seguro que mueres, ¿eh? No sé cómo has llegado vivo hasta esta mañana.

—Cállate.

Ayaha no se quedó callada.

—No toleraré más insultos. Eres tú la que llega tarde y aún tienes el descaro de hablar. La vida de este muchacho está bajo mi responsabilidad. No se la entregaré a nadie.

—¿Entonces tendré que quitártelo por la fuerza! ¿Y qué si tienes mejor figura que yo? ¡No te lo creas tanto!

El bokutō volvió a alzarse, esta vez apuntando directo a la garganta de Ayaha.

—¿De veras piensas luchar en serio? No tendré compasión. Y mejor evita opinar de mi estilo. Que tú te obsesiones con el número de tu busto es problema tuyo.

Los ojos de Ayaha daban miedo.

—Ahora mismo estoy de muy mal humor. No pienso contenerme.

“Seguro que también es por falta de sueño”, pensó Tatsumi, justo antes de ver cómo los puños de Ayaha empezaban a brillar. Al mismo tiempo, del cuerpo de la chica del bokutō emanaba una presión invisible.

¿Debería detenerlas? Sí, seguro que sí.

—Oigan, basta ya. No se peleen aquí.

No tenía idea de qué clase de poder anormal pudiera tener la rubia del bokutō, pero lo último que quería era otra escena como la de ayer entre Ayaha y Nekoko. En plena calle de camino a la escuela, un enfrentamiento sería un espectáculo imposible de ocultar. Si al menos estuvieran en casa, su hermana podría hacer algo, pero en vía pública... ¿y si terminaban abriendo un cráter? Mejor pararlas de inmediato.

Sin embargo, quien las detuvo no fue Tatsumi, sino —yare yare— otro personaje nuevo.

—Por favor, Hime, deténgase.

Tatsumi ni siquiera había notado su presencia hasta ese momento, pero de pronto, junto a la rubia apareció una mujer con una sonrisa serena. Tenía unos pequeños lentes redondos, una diadema en la cabeza y, lo más notorio, un busto abundante muy distinto al de Ayaha o la chica del bokutō.

Su porte era de sirvienta o doncella, irradiando una atmósfera tranquila.

—No tiene sentido que desee enfrentarse con la señorita Ayaha. No somos enemigos y es un hecho que ella llegó antes que nosotras. Así que, respecto al papel de proteger a Asanagisama, se lo cederemos a ella.

Su voz era tan suave como su expresión. Pero la rubia, a la que llamó Hime, frunció el ceño con disgusto.

—¿Entonces no tiene caso que yo haya venido! Y además, Sumiredai, si llegamos un día tarde fue porque tú te perdiste y estuviste dando vueltas por otro lado.

—Oh, oh, pero usted también disfrutó del paseo, ¿no lo recuerda?

—¡Eres insoportable!

La rubia agitó el bokutō.

—¡Lo que pasa es que quería acostumbrarme a este mundo primero! Además, no había ninguna regla de “el que llegue primero gana”. ¡Así que tú, chico!

Le señaló con el dedo.

—¡Aléjate de esas dos y entra bajo mi protección! Pase lo que pase, yo te defenderé.

—Eso no sucederá.

La voz molesta de Ayaha interrumpió.

—No he recibido ninguna orden de colaborar con la *Ken-sei*. Y no me separaré de este muchacho. Ni aunque lo pidiera él mismo. Así que, Hime, si de verdad insistes, resolvámoslo aquí mismo. Siempre me irritó tu carácter caprichoso. Pensé que con el tiempo lo habrías corregido, pero tu falta de progreso confirma que esa es tu verdadera naturaleza. Tengo un par de quejas que dirigirle al responsable de tu educación.

Bajo la mirada de Ayaha, Sumiredai sonrió y se inclinó con una leve reverencia.

—Bueno, ese es justamente el encanto de Hime. Ayudarle a ignorar los defectos y a potenciar las virtudes también es una forma válida de educación.

—¡Cállate! —replicó Hime con el ceño fruncido—. ¡No digas tonterías, Sumiredai! Yo estoy llena de virtudes. No necesito que me cubras las espaldas en nada.

Sumiredai no discutió, solo sonrió con suavidad. Esa sonrisa lo decía todo, y eso pareció enfurecer aún más a Hime, que redirigió su ira hacia Ayaha.

—En fin, Ayaha, ¡resolvamos de una vez la cuestión pendiente de hace años! Nunca hemos peleado en serio, ¿verdad? Cuando veas mi verdadero poder, seguro que te inclinas a mis pies.



—Hoy no pienso contenerme.

Mientras parpadeaba una y otra vez, Ayaha añadió:

—Desde ayer no me han pasado más que cosas que me sacan de quicio. Pelear contigo no puede ser otra cosa que un desahogo. Te voy a aplastar junto con tu “escudo”. Haré el favor de contenerme lo suficiente para que puedas regresar por tu propio pie a tu mundo, pero no creas que tendrás mucha confianza en controlar el *Elf Streak*.

—¡Eso es lo que debería decir yo!

Hime mostró una sonrisa desafiante.

—Yo soy la portadora de una de las siete espadas sagradas que existen en el mundo, nada menos que su manifestación. No soy como esa torpe *Espíritu Aprillis*. ¡Te voy a demostrar la diferencia!

¿De qué diablos hablaban? Por lo pronto, Tatsumi intentó detenerlas por segunda vez.

—Vamos, digo en serio, lo mejor sería no armar tanto alboroto.

Fue completamente ignorado.

Desconcertado, bajó la mirada de las dos chicas que se lanzaban dagas con los ojos y se encontró con la sonrisa inmutable de Nekoko. Con sus grandes ojos brillantes, ella le sonreía divertida, y recostada en su brazo, soltó un pesado bostezo.

—Fuwawaaaah.

Si aquello era una señal, funcionó, porque las dos chicas combatientes se movieron al mismo tiempo.

—¡Uryaaah——!

Con un grito desgarrador, la espada de madera descendió a una velocidad incomparablemente mayor a la de su primer golpe. El blanco era... ¡el cráneo de Ayaha!

Ayaha se movió sin decir una palabra. Fue cuestión de un instante: sus brazos y piernas irradiaron un destello blanco y, mientras su largo cabello cortaba el aire, se desplazó a gran velocidad. Ni el movimiento del bokutō ni el desplazamiento de Ayaha podían ser seguidos con la vista de Tatsumi.

Sin embargo, la conclusión llegó pronto, y de una manera inesperada.

—Bueno, bueno, por favor, deténganse las dos.

La que se había interpuesto entre la colisión de voluntades era Sumiredai, con su falda ondeando suavemente.

Sonriendo plácidamente, con una mano detuvo en seco el puñetazo supersónico de Ayaha y con el antebrazo de la otra recibió la espada de madera de Hime.

Sus ojos, detrás de los lentes, no mostraban otra cosa que una sonrisa apacible.

—Hime, por hoy deberíamos retirarnos. Creo que nuestro momento llegará más adelante. Lo mejor será dejar en manos de Ayaha-san la custodia de Tatsumi-sama. Además, por ahora, con atenderte a ti sola ya estoy bastante ocupada...

—¡Tú también me tomas el pelo, Sumiredai! ¿Qué significa eso?

—Tomar el pelo es una expresión poco elegante, Hime. Mire usted, Tatsumi-sama será atacado de aquí en adelante por múltiples asesinos. Tengo entendido que Ayaha-san posee un poder considerable, por lo que enemigos de nivel bajo o personajes de relleno... oh, disculpe, tampoco es un término fino, digamos “oponentes de menor rango”, no tendrán problema en ser repelidos. Pero...

Con un gesto cortés, inclinó la cabeza hacia Ayaha.

—Si aparecieran enemigos verdaderamente poderosos y con malas intenciones, no necesariamente sería así. En tal caso, cuando Ayaha-san se encontrará en aprietos, sería la mejor oportunidad para intervenir y rescatarla desde un costado. ¿No le parece que esa es la posición más ventajosa? Ganas prestigio, te creas un favor pendiente, y además dejas una buena impresión en Tatsumi-sama. Sería como dos beneficios en uno.

—¡Yo no puedo esperar a algo tan enredado!

Hime parecía estallar de ira. Ayaha parecía coincidir con ella:

—Ni pienses que voy a agradecerte si apareces justo en el momento calculado. Para empezar, yo no tengo intención de caer en una situación desesperada. No sobreestimo mi poder, pero tampoco lo subestimo.

Viendo a ambas, Sumiredai inclinó la cabeza suavemente. Su gesto parecía advertir, sin palabras, que aquella manera de pensar podía costarles la vida, pero como no lo decía en voz alta, nadie lo comprendía.

De pronto, con la misma sonrisa amable, Sumiredai pasó a la acción.

—¿Qué haces?! ¡Bájame, Sumiredai!

De un movimiento, alzó el cuerpo de Hime y la cargó sobre su hombro. La muchacha pateaba y agitaba brazos y bokutō inútilmente, mientras era llevada en andas con una facilidad sorprendente.

—Bien, Ayaha-san, nos veremos luego. Considere esto solo como un saludo preliminar. Y usted, Tatsumi-sama: si necesita un lugar donde vivir a largo plazo, podemos ofrecerle una habitación en la casa que compartimos Hime y yo. Es demasiado grande para dos personas y cuesta mantenerla limpia. También puede venir con su hermana mayor y esa muñeca suya. Aunque, claro, dudo que Ayaha-san lo permita.

—¡Suéltame, estúpida, bájame ahora mismo, Sumiredai!

—No sea usted tan indecorosa. Si agita así las piernas, su falda se le subirá hasta la cintura...

—¡¿Eh?! ¡¿Qué?!

—Sí, es mentira.

Sumiredai agitó su mano con elegancia y comenzó a alejarse con paso tranquilo. Las protestas de Hime se desvanecían a lo lejos.

—¡Ayaha! ¡La próxima no será así de fácil! ¡Tendremos que decidir quién gana de una vez por todas! ¡Recuérdalo bien!

Sin saber qué responder, Tatsumi observó cómo aquel dúo tan extraño desaparecía del camino escolar matutino.

—Esto...

Al final, solo logró decir eso:

—¿Qué fue todo eso?

—Esas eran los *Espíritus de la Espada*.

Aunque trataba de disimularlo, la voz de Ayaha sonaba fatigada.

—Siempre actúan en pareja: una es la “espada” y la otra el “escudo”. La que llamaban Hime era la espada y la verdadera *Espada Espíritu*. Sumiredai es su escudo semiautomático. Todo ataque letal destinado al amo es interceptado por el “escudo”.

Ayaha acarició distraídamente a Nekoko, que luchaba contra el sueño, y luego volvió la vista al frente.

—Nosotras, las *Espíritus Aprillis*, y los *Espíritus de la Espada* somos parecidas en muchos aspectos. Nunca hemos estado en guerra abierta con ellas, pero tampoco somos aliadas: somos neutrales. Esa tal Hime, la conocí hace tiempo cuando vino a mi pueblo como parte de una delegación diplomática. Era igual entonces. No ha cambiado nada.

—Ya veo.

Eso fue lo único que Tatsumi alcanzó a decir.

—No te lo tomes tan a la ligera.

Ayaha lo miró con seriedad.

—Ahora ya lo entiendes, ¿verdad? Así como ellas, a partir de ahora te atacarán sin descanso. Que las primeras hayan sido los *Espíritus de la Espada* es solo un buen entrenamiento. Pero si hubieran sido el *Mago Falmtei* o el *No-muerto Azarl*, no estaríamos riendo. Veinticuatro horas al día, jamás olvides que tus enemigos estarán al acecho.

Aunque Tatsumi pensaba que recordarlo no iba a cambiar mucho las cosas, supo que lo mejor era guardarse ese comentario.

No tenía la sensación real de estar siendo blanco de alguien, ni encontraba motivos para ello, ni mucho menos le parecía algo verosímil. Incluso aquel par de chicas de hace un rato no le habían parecido más que personas encantadoras. Un poco llamativas y aficionadas a las bromas, quizás...

Sin embargo, había al menos una cosa que hasta él mismo podía predecir.

—Uhm... me da la impresión de que todavía van a aparecer más personas. Esto es un problema.

Primero fue Nekoko, luego Ayaha. Después apareció Hime, que blandía un bokutō, y esa tal Sumiredai con aspecto de sirvienta. Si todos se le presentaban de golpe, ¿podría reconocerlos uno a uno? Francamente, le preocupaba. Cualquiera se preocuparía. Por eso deseaba que fueran apareciendo poco a poco. Tal vez dos personas más y ya bastaría. Sí, ojalá fuese así. No era más que un deseo.

Entre estas cavilaciones, el extraño trío por fin llegó al instituto.

Era, desde luego, una escena inusual. En una de sus manos, Tatsumi llevaba colgada a una chiquilla que, incluso si entrara al baño de hombres, probablemente no llamaría tanto la atención; y a sus espaldas, caminaba con paso firme, aunque con gesto severo, una belleza que atraería las miradas sin importar por dónde pasara.

¿Quién podría tener la seguridad de dar una respuesta coherente si alguien le preguntaba por la causa de semejante espectáculo? Desde luego, él no. Y así, sin poder explicarlo, terminó llegando hasta su salón.

No hacía falta decir que, desde la entrada hasta el aula, los demás alumnos se detenían sin excepción, quedándose a mirar con cara de “¿qué demonios es esto?” mientras pasaban frente a ellos.

Quizá el espíritu de Tatsumi era más fuerte de lo que creía. No es que le gustara aquella atención, pero tampoco parecía sentirse confundido. De hecho, no lo vivía como una molestia. Al fin y al cabo, Nekoko y Ayaha habían dicho que lo acompañaban para protegerlo. Incluso la chica del bokutō había afirmado lo mismo. Aunque, por más que lo pensara, no tenía idea de qué clase de villanos podían protegerlo.

¿Y si todo esto era un sueño? Esos sueños comunes y corrientes en los que, de pronto, alrededor del protagonista empiezan a aparecer chicas extrañas.

Que no lo era se lo confirmaron las reacciones de sus compañeros de clase.

—¡Oh, Tatsumi! ¡Buenos días!

Un chico se levantó de su asiento y agitó la mano hacia él, pero en cuanto reparó en Ayaha y Nekoko, abrió los ojos de par en par.

—¿Eh? ¿Quiénes son esas?

—Hola, Ishimaru-kun.

Tatsumi respondió con una sonrisa ambigua. Su fornido compañero, de aire atlético, replicó:

—Oye, siempre te digo que me llames Bun'ichirō, sin formalidades. Tú eres mi mejor amigo, ¿recuerdas? Pero dime, ¿quiénes son esas dos chicas a tu lado y detrás de ti?

Ishimaru Bun'ichirō. Ese era su amigo. Por circunstancias recientes, en la mente de Ishimaru había quedado establecido que Tatsumi ocupaba el puesto de mejor amigo.

Ishimaru se levantó de su asiento con una expresión mezcla de un treinta por ciento de sospecha y un setenta de incredulidad.

—¿Son tus hermanas? No, esa de atrás no parece tu hermana. ¿Cómo va esto, Tatsumi? ¿Vienes a la escuela con chicas? ¡No me digas que tú...!

Tatsumi no tenía palabras para aclarar el malentendido que su amigo parecía imaginarse.

Mientras pensaba qué podía decir, Ayaha movió su largo cabello y se adelantó frente a él.

—No te acerques más.

Le hablaba a Ishimaru.

—Los que se aproximan con demasiada familiaridad suelen ser los más sospechosos. Dime, ¿a qué facción perteneces? No te muevas. Ni un paso más.

—¿Ah?

Ishimaru se quedó mudo apenas un instante, deteniéndose como le ordenaban. Pero la expresión en su rostro pronto se torció de molestia.

—¿Qué dijiste, maldita? No me hagas perder la paciencia. ¿Qué tiene de malo acercarse a mi mejor amigo? Más sospechosa eres tú. ¡Aléjate de Tatsumi ahora mismo!

—Eso no va a pasar. No pienso apartarme de su lado ni un solo paso. Ya está decidido. El único momento en que me separaré de él será cuando esté muerta.

Una frase que, más que nada, solo provocaba más malentendidos. Tatsumi trató de suavizar la situación:

—Oye, Ayaha, escúchame, Ishimaru es...

—Será mejor que guardes silencio.

Ayaha extendió un brazo para protegerlo y miró fijamente al compañero.

—Es mejor ser precavido. Nadie puede garantizar que este hombre no sea un familiar del *Mago Falmtei*. En este mundo, he aprendido que no es raro que el amigo de ayer se convierta en el enemigo de hoy.

No tuvo tiempo de aclarar que eran solo palabras rimbombantes. Ishimaru Bun'ichirō no era conocido por ser paciente ni por escuchar explicaciones. La sangre se le subió enseguida a la cabeza, y con el rostro desencajado de ira, ignoró la advertencia de Ayaha.

—¿Qué demonios dices, loca? Claro que lo estás. ¡Tatsumi, no te preocupes, yo la echo a patadas! No importa si es un criminal o lo que sea, ¡no pienso contenerme!

Así era Ishimaru: irascible y directo.

No hubo tiempo ni de reprocharle. No sabía si Ishimaru había intentado de verdad ponerle la mano encima, pero Ayaha pareció tomárselo bastante en serio.

—¡...!

Lo único que pudieron expresar todos los presentes fue un grito sin palabras que reflejaba su asombro.

Antes de que la mano de Ishimaru alcanzara a Tatsumi, Ayaha se movió a velocidad divina. Claro que nadie pudo verla; era inevitable explicarlo desde un punto de vista omnisciente.

Se agachó y, en un solo movimiento, lanzó una impecable patada giratoria hacia atrás, impactando de lleno en la mandíbula de Ishimaru.

—¿¡Ahhh!?

Con un gemido grotesco, Ishimaru salió volando varios metros por los aires, se estrelló contra el suelo, y aún se deslizó unos metros más hasta chocar de espaldas contra la pared del aula. Pudiera haber muerto de semejante golpe, pero, afortunadamente, seguía respirando. Las estrellitas que giraban sobre su cabeza eran prueba de ello. Qué suerte. Si hubiera sido Nekoko su atacante, seguramente lo habría acribillado con un rifle francotirador, así que podía considerarse doblemente afortunado.

Tatsumi estaba estupefacto, y no era el único: todos los compañeros reaccionaron igual, excepto una sola alumna.

—Ay, ay... esto sí que es grave. Ishimaru-kun, ¿sigues vivo?

La chica que se inclinó con calma sobre la cabeza de su compañero de clase se llamaba Morimura Chinatsu, y en este salón era una de las compañeras que más conversaban tanto con Ishimaru como con Tatsumi.

—¿Quién era el encargado de salud? ¿Uno solo no va a poder con esto, verdad? Que vayan varios y lleven a Ishimaru-kun a la enfermería. No creo que su vida corra peligro. Aunque tenga los ojos en blanco, el pulso y la respiración están normales, así que no hay necesidad de llamar a una ambulancia, ¿verdad?

Morimura Chinatsu, también conocida como la presidenta del comité, dirigió una sonrisa radiante a Tatsumi.

—Buenos días, Asanagi-kun.

Con su aguda capacidad de observación, Chinatsu mantenía cierta distancia prudente mientras añadía:

—Y dime, ¿esas dos chicas qué son para ti? Una belleza extraordinaria y otra como una hermanita adorable...

Chinatsu sonrió divertida.

—A mí me parecen tus guardaespaldas. ¿Le atiné?

No estaba nada equivocada, pero Tatsumi estaba demasiado preocupado por el estado de Ishimaru como para responder. Este, entretanto, ya había sido sacado del aula por el encargado de salud y dos chicos más, rumbo a la enfermería. Adiós.

—¿Y bien? —insistió Chinatsu, con una sonrisa, mirando tanto a Tatsumi como a Nekoko, que seguía prendida de su brazo.

Los sabios no se acercan a lo peligroso. Al parecer, Chinatsu había optado por ignorar por completo a Ayaha.

—Esa niña que parece de primaria o menos, no da pinta de ser una alumna transferida. ¿No tendrá que ver con tu hermana mayor, Asanagi-kun?

—Puede ser.

Tatsumi respondió con desgano. En su entorno, el epicentro de los problemas solía estar ligado a su hermana, y eso lo sabía cualquiera.

—¿"Puede ser"? —Chinatsu rió por lo bajo—. Qué raro en ti, Asanagi-kun. Siempre hablas claro y ahora me sales con "puede ser". Eso no es nada propio de ti. ¿Acaso tienes algún problema? ¿Lo tienes, verdad? Se te nota.

Uno de sus problemas se aferraba a su brazo con una sonrisa alegre, y otro acababa de mandar a volar a su amigo y, con gesto malhumorado, se acomodaba la ropa desarreglada. Sí, bastaba con mirar para darse cuenta. El que no lo notara es que carecía de toda perspicacia.

—¿Dónde está tu asiento?

Era Ayaha quien lo preguntaba, siempre con ese semblante hosco.

—Guíame. No hay garantía de que el único sospechoso sea ese idiota de hace un rato. Tengo el deber de mantener alejados a todos los que puedan representar un peligro para ti. Tal vez lo correcto sería no permitirte asistir a la escuela, pero la decisión del consejo fue darte, en la medida de lo posible, una vida normal. No tengo elección. Haré lo que esté en mis manos.

¿Qué significaba eso? La respuesta fue inmediata.

—Ese es mi asiento...

Ayaha se dirigió decidida hacia el pupitre señalado y comenzó a apartar los escritorios de alrededor, con todo y los estudiantes que, por desgracia, ya estaban sentados allí.

—¡Oye! —¿Qué haces? —¡Espera!

La protesta de los alumnos extra apenas alcanzó unos segundos. En poco tiempo, alrededor del pupitre de Tatsumi se abrió un espacio vacío, como si un foco lo iluminara en solitario en medio del salón.

—Tengo la sensación de que me acaban de marginar...

Tatsumi sudaba frío, mientras Ayaha asentía satisfecha junto a él.

—Oye, Ayaha... creo que no hacía falta llegar a tanto. Quiero decir...

—Cállate. Yo debo asumir la protección con una actitud absoluta. Sé perfectamente en qué te basas para creer que todo está seguro, pero ese es el verdadero peligro. Es en los lugares más familiares donde uno más se descuida.

Ayaha escrutaba a los demás compañeros con mirada feroz, como si en cualquier momento alguno fuera a revelarse como un asesino.

Morimura Chinatsu, sin embargo, era tan sociable como Ishimaru y esa vez lo demostró.

—Asanagi-kun, ¿nos las presentas? No importa qué papel tengan ni lo que quieran hacer, que probablemente yo no entienda. Pero al menos dime sus nombres. Si no, ¿cómo se supone que las llame?

Ayaha le dirigió una mirada cargada de intención asesina.

—¿Para qué quieres saber mi nombre? Te advierto que el que uso aquí es un alias. Aunque intentes usarlo para un hechizo de muerte, no servirá.

—¿Hechizo de muerte, eh? —Chinatsu sonrió interesada—. Tú la llamabas Ayaha, ¿no, Asanagi-kun? ¿Ese es su nombre o su apellido?

—Interprétalo como quieras.

Dicho esto, Ayaha se quedó pensativa un segundo.

—Espera. Incluso un alias podría servir para un hechizo de muerte. ¡No me detengas, Tatsumi! Entre los *Magos de Falmtei* hay algunos que harían algo así sin dudarlo. Será mejor cortar el problema de raíz con esta mujer.

Tatsumi, con Nekoko colgada de él, se apresuró a sujetar a Ayaha.

—¡No hace falta! Vamos, todos están aquí desde el inicio del curso. Si fuera una alumna transferida, lo entendería, pero Morimura-san no es sospechosa, seguro.

—¿Y si tiene los recuerdos manipulados? Entre los *Científicos* debe haber quienes hagan algo así. Lo mejor sería acabar con ella ahora.

—Pero esos científicos son, en principio, aliados, ¿no? Eso es lo que dice esta niña.

—¡Siiií! —dijo Nekoko con una sonrisa amplia—. Aquí solo estoy yo. Ningún otro F-Tipo ni Arquitectura ha sido enviado.

Morimura Chinatsu lo miró con compasión y comentó en tono de sincera lástima.

—Sigues teniendo una vida complicada, ¿eh, Asanagi-kun? Ya con tu hermana tenías bastante, pero esas chicas también son todo un caso. Ah, y no me cuentes mucho, ¿sí? No quiero verme arrastrada en todo esto.

—Sí...

Con el brazo aún alrededor de la cintura de Ayaha, Tatsumi asintió débilmente. Era sincero: no quería que sus amigos cercanos se vieran envueltos en las batallas destructivas de Ayaha y Nekoko, como la del día anterior. Pero, al mismo tiempo, deseaba compartir con alguien toda aquella situación absurda. ¿Podría hacerlo con Ishimaru, que había acabado inconsciente y llevado a la enfermería? Conociendo su carácter, parecía imposible. ...Un momento, esa sensación era demasiado blanda.

—Ah.

Se dio cuenta de que estaba demasiado cerca de Ayaha y se apartó de golpe. Ella lo miró con suspicacia.

—Estás que sí, que no, todo el rato encima y luego lejos.

La campana previa sonó, anunciando el fin del horario de entrada. Ahora comenzaría la sesión matutina, y Tatsumi ya sentía dolor de cabeza solo de pensar en los problemas que surgirían.

Se acomodó en su asiento. Nekoko seguía aferrada a su brazo izquierdo, y Ayaha se mantenía erguida, como una estatua, a su derecha. Su expresión era seria, aunque sus ojos parecían algo somnolientos.

Entre los murmullos y las miradas de sus compañeros, él esperó el inicio de la jornada.

La persona que apareció poco después abrió la puerta del aula con calma y se presentó con aire majestuoso.

—Buenos días, estudiantes. Empieza otro día tedioso de rutina.

Era Asanagi Tsunami, el registro de asistencia en mano. Se plantó al frente como una profesora... y de hecho lo era, además de ser la tutora de aquella clase.

Lo primero que dijo Tsunami desde el estrado fue:

—Ayaha, de pie estás estorbando. Siéntate. Toma el pupitre vacío. Digamos... el de Ishimaru-kun, que sigue desmayado en la enfermería. Colócalo junto al de Tatsumi y siéntate ahí. Nekoko, tú también: quédate al fondo. Estás afectando el ambiente de estudio.

Era difícil decidir si aquello era sensato o no.

—De acuerdo.

Ayaha aceptó sorprendentemente dócil. Reuniendo todas las miradas sobre sí, caminó con aire desafiante a traer el pupitre y la silla de Ishimaru, y se sentó al lado de Tatsumi. Luego dio órdenes a Nekoko.

—Aléjate. No tengo ojos en la espalda. Quédate atrás vigilando por si hay alguien sospechoso. Si ves el menor movimiento extraño, dispárale sin piedad.

—¡Siíí!

Con una sonrisa, Nekoko sacó de debajo de la ropa un rifle de francotirador de gran tamaño. Tras soltar a regañadientes el brazo de Tatsumi, se dirigió dando tumbos hasta el fondo del aula. Se dejó caer sentada en el suelo y apuntó con el arma.

—Asanagi-sensei.

Con gesto elegante, Morimura Chinatsu levantó la mano para pedir la palabra.

—¿Quiénes son esas dos? ¿Por qué están pegadas a Asanagi-kun?

Tsunami, como si fuera una pregunta trivial en medio de clase, contestó:

—No te preocupes. Digamos que son alumnas transferidas. Con “primero de preparatoria” basta para Ayaha. Nekoko es más complicado... veamos.

Ni siquiera parecía pensarlo en serio.

—¿Recuerdas en primaria, cuando al fondo del aula teníamos peceras con peces dorados o medakas? Pues es lo mismo. Una “mascota de clase”.

¡Imposible!

Toda la clase murmuró lo mismo que Chinatsu expresó en voz alta:

—¿En serio basta con eso?

—¿Y qué? El mundo está lleno de cosas así. ¿O acaso creen que todo lo que existe tiene que ser lógico y extraordinario? Seguramente más de uno ha pensado “yo también podría hacerlo” con cosas que parecen sencillas. Y la realidad es que sí funcionan. El mundo es bastante relajado. ¿No es más agradable meterse en agua tibia que en agua hirviendo o helada? Imaginen: si desde el inicio de la humanidad solo hubieran existido cosas extraordinarias, el mundo sería un lugar insostenible y la población sería mucho menor. Así que, ya ven, con esa niña también está bien. Yo lo permito.

No parecía tener sentido, y aun así había algo convincente en sus palabras. Al menos para todos menos Tatsumi. ¿Eso era una justificación?

Si alguien se preocupaba por ello, desde luego Tsunami no era esa persona.

—Con Ishimaru-kun fuera, todos los demás están aquí. La primera clase de hoy es Historia Universal. Entonces, sin más, empecemos. Homeroom terminado.

Dando la espalda a sus alumnos, Tsunami tomó la tiza y se puso frente al pizarrón.

—La última vez llegamos hasta el final de la batalla de Salamina. Todos deben haberse dado cuenta de lo importante que fue Temístocles. Hoy veremos otro evento célebre: la Segunda Guerra Púnica y la batalla de Cannas. Nadie aquí desconoce a Aníbal, ¿verdad?

—Asanagi-sensei.

Otra vez, Chinatsu levantó la mano.

—Desde que entramos, no hemos tenido una sola clase normal de Historia Universal. No sirve que solo nos enseñe batallas. Yo pienso presentar los exámenes de ingreso en serio, así que, por favor, enséñenos historia de verdad de vez en cuando.

Siempre hay en cada clase alguien que representa la voz de la sensatez. En esta, ese papel le correspondía a Morimura Chinatsu.

Sin volverse, Tsunami dibujó en el pizarrón el despliegue de las fuerzas romanas y cartaginesas con trazos seguros.

—¿Historia “de verdad”? ¿Y de qué sirve eso? ¿No les resulta aburridísimo? Escúchenme, estudiantes, y que quede dicho también para sus padres y hermanos mayores que no están aquí: si quieren subir sus calificaciones, estudien por su cuenta o vayan a una academia. Yo puedo ayudarlos, pero no sé cómo hacer que su cerebro mejore. Aprobar exámenes es tan fácil como estudiar, nada más. Es tan simple que ni ganas me dan de enseñarlo.

Mientras añadía una nota junto al símbolo de la caballería cartaginesa, continuó:

—Además, esa palabra, “educar”, siempre me ha parecido dudosa. ¿Qué significa “enseñar a crecer”? Miren las plantas: crecen solas. ¿Y los humanos van a ser menos que flores y hierbas? Yo solo puedo darles agua y fertilizante. Cómo crezcan depende de ustedes. Si florecen hermosos, los arrancarán. Si son feos, los dejarán. Es así de simple.

Escribiendo “río Aufidus” en la línea curva del mapa, agregó:

—Y no se fíen de los historiadores posteriores. Sus explicaciones no son más que comentarios perezosos de narradores deportivos. Cualquiera puede sonar convincente conociendo el resultado. Lo importante no es cómo se recuerda ahora, sino cómo se percibía en aquel momento. Sobre todo, en lo que hagan, procuren ser ustedes mismos quienes lo analicen mejor que nadie en el futuro.

Tras completar el dibujo de las formaciones de ambos ejércitos, Tsunami se volvió finalmente hacia la clase.

—Bien, el ejército cartaginés, liderado por el gran Aníbal, había penetrado en territorio romano. Frente a él, el ejército romano se preparaba para darle batalla. Era el año 216 antes de Cristo, cerca de Cannas, en la ribera sur del río Aufidus, lo que hoy es el sur de Italia.

Lo que sostenía en la mano no era un manual de Historia Universal ni un libro de consulta, sino su obra favorita: *La ciencia de la guerra* de Tsutomu Matsumura (Bunshun Shinsho).

Chinatsu se dejó caer en su asiento. Con gesto de resignación absoluta, abrió el libro de texto y empezó a estudiar por su cuenta.

—En este momento, el ejército cartaginés contaba con cincuenta mil hombres, mientras que el romano tenía noventa mil. Aunque Roma tenía superioridad numérica, la iniciativa de esta batalla estuvo siempre en manos de Aníbal. De hecho, el resultado prácticamente quedó decidido en el instante en que se nombró a Varo como comandante supremo de las fuerzas romanas. Ahora voy a explicarles eso con detalle.

Las clases sesgadas de su hermana no eran novedad, pero Tatsumi se sentía aún más inquieto que de costumbre. Ayaha, sentada junto a él con los pupitres pegados, ya cabeceaba medio dormida tras haber hecho guardia toda la noche. Y alrededor de ellos se había formado un espacio vacío, que a simple vista daba la impresión de que vivieran en un mundo aparte, solo los dos.

Mientras tanto, en el fondo del aula, Nekoko permanecía sentada en el suelo con su enorme rifle de francotirador en brazos, atemorizando a sus inocentes compañeros. Comparado con esa situación surrealista, el hecho de que Tsunami se dedicara a dar Historia Universal como si fuera solo una cátedra de historia militar era, dentro de lo que cabe, lo más normal de aquella clase de primer año de preparatoria.

—Lo primero que hizo Aníbal fue ordenar una carga de caballería por el ala izquierda. Al mismo tiempo, dejó a propósito debilitado el centro de su formación de infantería. Además, el ejército cartaginés estaba dispuesto con el río a su espalda...

La lección apasionada de Tsunami continuaba. Nadie tomaba apuntes. Y es que, aunque inútil para los exámenes, escucharla resultaba sorprendentemente entretenido. Al fin y al cabo, lo suyo era puro espectáculo. El entretenimiento solo funciona si lo disfrutan tanto el que lo da como el que lo recibe, ese era su ideal.

Ishimaru Bun'ichirō regresó en el descanso después de la tercera hora.

—Maldita sea, qué diablos... me duele la cabeza. ¡Eh, mi amigo, Tatsumi, esa mujer...!

En ese momento, Ayaha estaba desplomada sobre el pupitre, durmiendo a pierna suelta. Y tenía motivos: después de pasar la noche en vela montando guardia, cualquiera se lo merecía. El problema era su instinto demasiado agudo y su férrea conciencia de deber.

—Despierta... ¿qué demonios eres tú?

El infortunado muchacho extendió la mano. Y justo antes de tocar el hombro de Ayaha, esta se incorporó de un salto.

—¡Un ataque nocturno!

Despertando al instante, sin detenerse a reconocer a su interlocutor, Ayaha descargó un tremendo puñetazo giratorio hacia atrás sobre Ishimaru, que estaba demasiado cerca.

—¡Aaaaayyyyy!

Con un grito espantoso, el cuerpo de Ishimaru salió volando, giró en el aire con un movimiento exageradamente acrobático, se estrelló contra la pared del aula con fuerza suficiente para dejar una hendidura y, tras resbalar lentamente hacia el suelo, quedó inconsciente.

—¡Encargado de salud, Ishimaru-kun otra vez, por favor!

Morimura Chinatsu, sin perder tiempo, señaló al pobre herido y volvió a sus preparativos para la siguiente clase.

Segunda retirada del día para Ishimaru Bun'ichirō.

Durante todo ese tiempo, Tatsumi no había dicho palabra, paralizado por la sorpresa. Por fin, al volver en sí, consiguió hablar.

—Oye, Ayaha. Al menos dentro del aula no hay nadie peligroso. Golpear así de repente, aunque sea a un tipo resistente como Ishimaru, es demasiado...

—¿Aún sigues diciendo esas tonterías?

Mientras veía cómo se llevaban al desmayado Ishimaru entre varios, Ayaha replicó con expresión profundamente molesta:

—No sabemos cuándo, dónde ni cómo aparecerán nuestros enemigos. Por eso incluso hago guardia toda la noche.

—Pero... —Tatsumi titubeó—, ahora mismo estabas dormida, ¿no?

—¡No estaba dormida!

Ayaha abrió los ojos de par en par.

—Solo fingía.

Y antes de que Tatsumi pudiera replicar, añadió con tono justificativo:

—¿Y si el *Mago Falmtei* hubiera poseído el cuerpo astral de ese tal Ishimaru? Con alguien mínimamente sospechoso, lo mejor es adelantarse y cortarle la respiración. Es la mejor póliza de seguro.

—Pero Ishimaru no es sospechoso en absoluto. De hecho, es un amigo bastante servicial...

—¡Silencio!

Ayaha lo fulminó con la mirada, como a un niño que no entiende.

—Yo sé calcular el nivel de peligro. Ese Ishimaru es, ciertamente, un simple ciudadano, tal como dices. Precisamente por eso me contuve. No lo maté.

—Ya, pero si sabías que era un tipo normal, entonces mejor no le pegues en primer lugar. Es un buen chico.

—Pensé en el peor de los casos.

Ayaha no mostraba ni una pizca de arrepentimiento. Al contrario, parecía orgullosa.

—En el campo de batalla, la duda cuesta la vida. Los errores y los daños colaterales son inevitables. Hay que aceptarlo como un mal necesario. Así funciona el mundo, así es la realidad.

—En ese caso, lo mejor sería no hacer la guerra.

El rostro de Tatsumi se ensombreció. Muchas veces había sentido dolor al escuchar en las noticias los horrores de la guerra. Difícilmente alguien que ha sido víctima directa aceptaría sin más esa idea de “mal necesario”.

Ayaha lo miró con desdén.

—Qué necio eres. La guerra universal ya ha comenzado. Y no hay forma de detenerla por mano humana. Es una guerra entre mundos. Si nos cruzamos de brazos, lo único que nos espera es la aniquilación. Tú también morirás. ¿Eso es lo que quieres?

Tatsumi guardó silencio. En el fondo creía que siempre debía haber otra salida. Lo que sí tenía claro, de manera realista, era que la guerra era algo que no debía existir. Y lo que no podía comprender era por qué seres como Ayaha, Nekoko, Hime o Sumiredai se habían reunido a su alrededor.

—¡Obvio que es para protegerte!

Ayaha estalló.

—Te lo he dicho mil veces. Es mi deber. Francamente, proteger a alguien tan obtuso empieza a colmar la paciencia hasta de alguien como yo, conocida por mi tolerancia. Tú solo guarda silencio y permanece bajo mi protección. Te defenderé incluso con mi vida.

—¿Por qué harías tanto por mí?

—No lo sé.

Ayaha lanzó esa misma frase por tercera vez.

—Yo solo obedezco órdenes. Una orden debe cumplirse. Mi opinión personal no tiene relación alguna con el cumplimiento de mi deber. Aunque lo supieras, nada cambiaría.

Tatsumi soltó un suspiro como de pez moribundo. Ya sabía que Ayaha y Nekoko no eran humanas comunes, pero no lograba entender por qué seres tan extraordinarios habían aparecido a su alrededor. ¿A quién podía preguntar para que se lo explicara?

Dirigió la mirada hacia el fondo del aula, donde Nekoko estaba acurrucada con el rifle en brazos. La muchacha-arma, con la boca entreabierta, dormía plácidamente. Difícilmente le daría alguna respuesta.

¿Entonces quién? ¿Quién pondría todas las piezas en su sitio algún día? Claro, en algún momento tendría que ocurrir. De lo contrario, la historia no avanzaría. Pero era evidente que ese momento aún no había llegado. Eso estaba garantizado.

Ni siquiera a la hora del almuerzo la situación cambió en lo más mínimo.

Tatsumi, que normalmente traía un bentō casero, aquel día no tuvo más remedio que dirigirse al comedor escolar. A su lado, como si fuese lo más natural del mundo, caminaban Ayaha y Nekoko, ya despierta. En sus manos, el arma había pasado de ser un rifle antitanque tan largo que casi tocaba el techo, a un subfusil que blandía a dos manos. Supuestamente era para protegerlo, pero a Tatsumi le parecía que en cualquier momento podía empezar una masacre indiscriminada. La sonrisa inocente de Nekoko no contenía malicia alguna, pero, justamente por eso, resultaba más inquietante. Y no solo para él: los demás alumnos se mantenían alejados, dejando siempre un espacio vacío a su alrededor.

En el comedor la situación se repitió. Logró llegar a la mesa con su bandeja, pero en menos de un minuto Ayaha ya había desalojado a todos los que estaban en un radio de tres metros, incluidos varios alumnos de grados superiores. Uno de ellos, un tercero alto y con pinta de gamberro, osó desafiarla a un pulso. Un segundo después atravesaba la ventana del comedor y rodaba por el patio.

Con el resto de los estudiantes alejándose como si fueran la marea, a Tatsumi no le quedó más que inclinarse y disculparse.

—Perdón... lo siento mucho. No tienen malas intenciones, es solo que...

Ni siquiera sabía cómo explicarlo.

Para empeorar las cosas, Ayaha declaró en voz alta:

—Esa comida podría estar envenenada. Yo haré la prueba.

Y, sin más, se llevó a la boca tres bocados del cuenco de soba con kakiage de Tatsumi. Luego pasó tres minutos en silencio, mirando fijamente hacia la cocina. Para cuando le devolvió el plato, la sopa ya estaba completamente fría. Tatsumi contempló el cuenco en el que ella había dejado sus huellas y sintió una mezcla de incomodidad y vergüenza. ¿Acaso en el país de Ayaha no existía el concepto de “beso indirecto”?

Mientras tanto, tanto ella como Nekoko protegían celosamente su propia comida. A Ayaha se le entendía, pero Tatsumi preguntó si, siendo un arma, Nekoko necesitaba realmente alimentarse.

—¡Siii! Aunque no necesite ingerir energía por la boca, puedo seguir funcionando igual. Pero tampoco pasa nada si como. ¡Mira, pakupaku!

Ante la alegría con que devoraba un oyakodon, Tatsumi no pudo replicar nada más. Ayaha, de pie junto a la mesa, sorbía sus fideos de *tsukimi udon* sin sentarse, lanzando miradas feroces hacia los estudiantes mayores —en especial chicos— que osaban observarlos con recelo, como desafiándolos a pelear.

Tatsumi, incómodo, sorbía el soba de manera apagada. Terminó por huir del comedor.

Pero donde fuera, la situación se mantenía igual.

Las dos chicas fuera de lo común lo seguían incluso al baño de hombres. Ni Ayaha ni Nekoko mostraban el más mínimo reparo por pasar por alto la privacidad de Tatsumi. En el caso de Nekoko, era porque a más de cinco metros de distancia de él se activaba su secuencia de autodestrucción, y aunque eso era un problema, al menos había una lógica. Lo peor era Ayaha, que entraba sin vacilar a los baños masculinos, incluso con otros chicos dentro.

—Necio. —fue lo que dijo Ayaha.

—El momento en que un ser humano es más vulnerable es cuando come, duerme o está en el baño. Los cobardes siempre atacan en esos instantes. Si yo fuera una asesina a sueldo, sin duda lo haría así.

—...Pero tú no asesinas a nadie, ¿verdad?

—Porque no he recibido esa orden.

Tras responder, Ayaha reflexionó un momento, allí mismo, en el baño.

—Aunque... incluso si me ordenaran un asesinato, yo preferiría retar al enemigo de frente. El honor es algo que debe cuidarse. También está en juego el prestigio de mi clan. Me retracto de lo anterior.

—Gracias.

Tatsumi se sintió aliviado. No quería que alguien como Ayaha fuera una asesina. Para ser más exactos, no quería que nadie matara a nadie. Pero tanto desplante belicoso lo llevaba a pensar que, quizás, todo aquello era la manera en que Ayaha expresaba su compromiso real.

—¿Y qué agradeces con eso?

Ayaha, tajante, replicó:

—No hay motivo alguno para que yo reciba agradecimientos tuyos. Ni ahora ni nunca.

En cuanto a Ishimaru Bun'ichirō, lo cierto es que no regresó ni siquiera cuando sonó la campana final. Quizás había sido lo mejor para él.

Hasta ese momento, un total de veintiún personas habían sido enviadas por Ayaha a la enfermería: ocho por chocar accidentalmente con Tatsumi en el pasillo, cuatro por acercarse por detrás sin avisar, seis por intentar ligar con Ayaha, y dos simplemente porque “parecían sospechosos”.

—Lo siento, lo siento mucho...

Tatsumi se la pasó disculpándose con todos. Pero para entonces, sus interlocutores ya estaban inconscientes y con los ojos en blanco, así que de poco servía. Mientras tanto, Ayaha lo observaba frunciendo el ceño, y Nekoko se reía despreocupada, abrazada a su brazo.

En esas condiciones, nada de lo que Tatsumi decía podía sonar convincente. Y en la mayoría de los casos, ni siquiera había nadie consciente para escucharlo.

Normalmente, si una chica violenta anduviera campando a sus anchas, sería un problema aunque no fuera dentro de la escuela. Sin embargo, nadie, ni siquiera los profesores, señalaba la conducta excesiva y casi paranoica de Ayaha.

Por más que lo pensara, aquello resultaba antinatural. Así lo sentía Tatsumi, pero quien lo expresó con aire de saberlo todo fue Morimura Chinatsu.

—Seguro que Asanagi-sensei está moviendo los hilos, como siempre.

Una de las pocas amigas de clase que tenía Tatsumi añadió:

—Si hubiera algún problema, Asanagi-sensei lo resolvería de cualquier manera. Hasta podría traerse un regimiento entero de tropas extranjeras y aun así se las arreglaría. Si no lo ha hecho, significa que no hay problema alguno. ¿Ves, Asanagi-kun? Estoy segura de que esto tampoco es gran cosa. Sí, eso creo yo.

Con una sonrisa de presidenta de comité, Chinatsu habló mientras se mantenía a distancia de Tatsumi. Su expresión revelaba que ya había aprendido que acercarse demasiado era peligroso.

Tatsumi se sintió abrumado. Tal como estaban las cosas, pronto acabaría aislado en la clase. Con Nekoko aún era soportable, pero mientras Ayaha permaneciera a su lado con esa vigilancia constante, sentía que poco a poco perdería a sus amigos.

Por eso, la campana de fin de jornada sonó para él como la voz de un ángel bajado del cielo.

Ya podía irse a casa. Al fin estaría libre de molestar a los demás.

Mientras metía sus cuadernos a toda prisa en la mochila para marcharse, su hermana Tsunami, la tutora de la clase, se acercó hacia él, flanqueada por Ayaha y Nekoko.

Agitando unas hojas de papel, Tsunami le habló con gesto desenfadado.

—Ya les conseguí un trabajo de medio tiempo. Pasen antes por ahí de camino a casa. Empezarán a trabajar hoy mismo. Necesitan ir juntando algo de dinero para reconstruir la casa.

Tatsumi recibió la hoja impresa sin protestar y murmuró:

—Esto es... la librería del vecindario. No sabía que contrataran personal ahí.

—Claro que no contratan. —Tsunami respondió con voz indiferente—. Esa librería da pérdidas eternamente; el dueño solo la mantiene por ocio y para evadir impuestos. Yo los metí a la fuerza. El pago será de seiscientos cincuenta yenes por hora. Metí a los dos, a ti y a Ayaha. A Nekoko déjala dando vueltas por ahí, no hubo cupo para tres.

A Tatsumi le entró la desesperanza. Con un sueldo de seiscientos cincuenta yenes la hora, ¿cuántos miles de horas necesitaría para reconstruir una casa destruida por completo? Suspiró y metió la hoja en su mochila.

Si su hermana lo decía, no tenía más opción que obedecer. En toda su vida, nunca había conseguido imponerse a Tsunami. Ella era extraordinaria de un modo distinto a Ayaha o Nekoko, y trataba a ambas como si fueran algo perfectamente normal. Pensar en imitarla resultaba una tarea imposible para él.

Al recordar su casa hecha pedazos y la incertidumbre de no saber cuánto duraría la vida en la tienda de campaña, Tatsumi salió cabizbajo del edificio escolar. Igual que al llegar, pasó por la puerta junto a Ayaha, siempre alerta, y Nekoko, siempre abrazada a su brazo.

Siguiendo las instrucciones de su hermana, se dirigieron a la librería. Y fue allí, al fin, donde se toparon con una situación peligrosa.

Aquella historia, medio increíble hasta entonces, de que alguien buscaba matarlo... Tatsumi comprendió por primera vez que era real.

第4章

Capítulo 4

El dueño de la librería era un hombre regordete de mediana edad. Tatsumi ya era cliente habitual de aquel local, así que lo conocía de tiempo atrás. Y, siendo conocido de él, también lo era de Tsunami; por eso, el encargado aceptó sin reparos contratar a Tatsumi y a Ayaha como trabajadores de medio tiempo.

—Eh... no trajimos ni currículum, ¿seguro que está bien?

—Claro.

En una tienda vacía de clientes, el hombre sonrió con su cara roja y curtida por el sol de golf.

—Si Tsunami-chan me lo pide, no puedo negarme. Además, como ves... —dijo agitando una mano ancha como un tronco de leña y señalando el interior del local—, esto nunca fue un negocio de verdad. Mientras alguien atiende la caja, me da igual lo que hagan. La señora del turno matutino se encarga de reacomodar los libros y de las devoluciones. Ustedes solo tienen que vigilar que no haya raterillos.

El dueño hablaba con la indiferencia de quien tiene dinero de sobra. Tatsumi lo sabía, pero, en realidad, aquella librería tenía su propio valor para los chicos del vecindario. Oculta en medio de una zona residencial, era conocida como un “lugar especial”. ¿Por qué? Primero, porque permitía leer sin que nadie dijera nada. Segundo, porque estaba exageradamente surtida de revistas para adultos. El viejo sabía muy bien de qué se trataba y, aunque los clientes fueran menores, no decía nada y se las vendía sin reparos. Una bendición.

Claro que, hasta hoy.

Después de enseñarle a Tatsumi lo básico de la caja registradora, el hombre se fue al fondo con un:

—Bueno, me voy a dormir al almacén. Si pasa algo, me llaman.

Tatsumi se quedó de pie detrás del mostrador, un tanto aturdido, y miró a Ayaha, que permanecía seria como una estatua a su lado.

—Oye, ¿alguna vez has trabajado en algo así?

—No.

La respuesta fue inmediata y concisa.

—Pero no te preocupes. Tengo conocimiento teórico. Es una forma de trabajo para ganar unas monedas rápido, ¿no? Fácil. Déjame a mí.

No estaba tan convencido. Tatsumi decidió dejarla probar con el modo de práctica de la caja. Ayaha se tensó como si fuese una misión de vida o muerte y comenzó a aporrear los botones con determinación.

El resultado fue desastroso. El rollo de papel salió volando, sonó la alarma de error, el cajón se abrió sin sentido y, al final, la máquina quedó bloqueada. Tatsumi tardó bastante en devolverla a la normalidad.

—...Ayaha, ¿qué tal si te limitas a recibir el dinero y poner los productos en bolsas?

Ella calló con expresión contrariada, y Tatsumi, incómodo, desvió la mirada hacia Nekoko. La pequeña, que detrás del mostrador quedaba completamente oculta, solo sonreía mientras le apretaba la mano.

No tardó en llegar un cliente. Era un estudiante de regreso de la escuela. Apenas dio unos pasos, se fijó en Ayaha tras la caja y dio media vuelta para irse.

El segundo fue un universitario, pero al encontrarse con la mirada severa de Ayaha, fingió ojear algunos estantes y se marchó sin comprar nada.

El tercero alcanzó a comprar una revista semanal, pero su expresión dejaba claro que quería adquirir otro tipo de producto.

Por más que no importaran los beneficios, esto parecía perjudicar al negocio. Para los clientes habituales, la presencia de Ayaha resultaba más disuasoria que otra cosa.

Mientras Tatsumi pensaba en ello, entró un cuarto cliente. Este resultó distinto. No le importaban las miradas fulminantes de Ayaha. Caminó por la tienda con tranquilidad, sacó novelas de bolsillo y mangas de los estantes, hojeó sin reparos revistas y hasta los libros para adultos, sin inmutarse.

Tatsumi intentó no mirarlo demasiado, pero lo observó de reojo. Tenía más o menos su edad, aunque con un porte que parecía algo mayor. En realidad, él mismo tenía un rostro aniñado, así que no sería raro que fueran contemporáneos. Facciones equilibradas, buena estatura. Podía pasar por un chico normal.

Lo extraño era su atuendo. No había manera de describirlo. Un conjunto imposible, casi grotesco, como salido de un carnaval callejero. Pero Tatsumi, sin mayor interés por la moda, pensó que quizá así se vestían los jóvenes últimamente.

Al girar la cabeza, notó que Ayaha lo observaba con gesto rígido. En su bello rostro blanco se asomaba algo que jamás había visto en ella: desconcierto. Eso lo sobresaltó. Había algo inquietante en ver un matiz distinto en una chica que hasta ahora solo había mostrado enojo. Y, al mismo tiempo, le recordó que tenía a una muchacha realmente hermosa a su lado. No podía permitirse distraerse, pero su corazón se agitaba.

—¿Hmm?

La voz fue de Nekoko. Un mechón de su cabello se erizó como una antena.

—Ayaha-oneechan, siento un cosquilleo raro. Creo que cerca hay alguien con un “*Gadget*”.

—Lo sé. —respondió Ayaha con voz dura, sin apartar los ojos del cliente sospechoso—. Pero no está tan cerca. Pensé que era ese muchacho, pero hay algo distinto. Esta sensación... es pura maldad, una vileza absoluta. Un cúmulo de mala intención. Y no es solo una, son dos... no, tres presencias. Se acercan.

—Siiií, parecen muy fuertes.

Mientras Tatsumi murmuraba un “¿eh?”, el cliente, el único en la tienda, se dirigió al mostrador cargando con una montaña de libros y revistas. Los dejó caer junto a la caja.

—Bienvenido.

Tatsumi, por lo pronto, dijo lo debido y extendió la mano para pasarlos por el lector de códigos.

Pero el chico de aspecto extraño pronunció unas palabras nada propias de un cliente:

—No los quiero. No voy a comprarlos.

—¿Eh?

Tatsumi detuvo la mano y levantó la vista. El otro lo observaba con ojos vacíos como de cristal y esbozó una sonrisa torcida. Un escalofrío le recorrió la espalda. Sus pupilas no tenían color, solo eran esferas negras de vidrio.

—No compro nada —repitió—. No los quiero porque no tengo dinero. Tampoco los necesito. La información que buscaba ya la conseguí.

Ayaha desplazó lentamente sus pies. Nekoko apretó con más fuerza la mano de Tatsumi.

El muchacho continuó hablando con una voz que sonaba humana.

—Lo único que quiero ahora es una cosa más. Tú, Asanagi Tatsumi. No, espera... tú eres Asanagi, ¿verdad?

—Sí, pero...

Aunque lo mejor habría sido callarse, Tatsumi terminó respondiendo.

El extraño cliente sonrió con una expresión satisfecha.

—Ya lo sabía. Sabía que eras tú. Yo soy *Ojo Derecho*. Encantado, compañero.

Detrás del mostrador y frente a él, los dos chicos se quedaron mirándose a los ojos. El que estaba afuera habló con un tono ligero, casi despreocupado:

—Así que... muere, Asanagi.

Un estruendo sacudió la tienda.

Explicar lo que ocurrió a continuación era difícil. Pero al menos, lo que Tatsumi alcanzó a percibir puede contarse.

Justo cuando el muchacho que se hacía llamar *Ojo Derecho* terminaba de hablar, Ayaha lanzó el primer golpe. Un directo de derecha resplandeciente se estampó en el rostro del intruso, y al mismo tiempo Nekoko disparaba un misil portátil que había aparecido en sus manos dentro del mostrador. El proyectil atravesó la madera y golpeó de lleno el torso del muchacho, explotando.

El chico salió despedido hacia atrás, atravesó una estantería y terminó incrustado contra la pared.

—¡Ja, ja, ja!

Se levantó de golpe, sin un solo rasguño en el cuerpo. Su cara mostraba una sonrisa retorcida.

—¡Eso no me afecta en lo más mínimo, Espíritu perversa y muñeca de madera! ¡Con mi poder, ustedes no son más que basura que se confía en la fuerza bruta!

—Tatsumi, retrocede —ordenó Ayaha con la expresión más aterradora que había mostrado hasta entonces—. Este tipo... ya sospechaba que algo en él era extraño, pero parece ser un sirviente de los *Magos de Falmtei*. Solo ellos o el *Dios Malvado Zu-L* nos llaman Espíritus perversas. Y este sujeto no es humano, así que no es un devoto de los *dioses oscuros*.

—¡Exacto! —*Ojo Derecho* parecía cada vez más entusiasmado, posando como si estuviera en un escenario—. ¡Por fin me estoy despertando! Ya que estamos, les voy a explicar mi poder. Seguro que quieres saberlo, ¿eh, Espíritu perversa?

—No hace falta. —Ayaha lo fulminó con la mirada mientras saltaba por encima del mostrador—. Seguro que tu habilidad se activa al explicar sus condiciones. No quiero escucharlo.

—¡Es tarde para eso! ¡Ya cumplí la condición!

El chico señaló los libros y revistas desperdigados en el suelo.

—Ya los leí. Y con eso basta. Esa es la condición para activar mi poder.

—Entiendo. —Ayaha no quiso escuchar más.

—Nekoko, no te separes de Tatsumi. A este lo terminaré yo.

—Siiií. —La niña dejó caer el lanzamisiles y sacó de la nada un cañón de asalto, afirmando con la cabeza. Esa fue la señal.

La batalla comenzó.

Fue una pelea indescriptible. No es una metáfora: resultaba imposible narrarla en detalle, e incluso dibujarla habría sido complicado... por varios motivos delicados.

—¡Mi poder! —gritaba alegremente *Ojo Derecho* entre ataques—. ¡Es copiar cualquier *Gadget* de cualquier historia de este mundo y usarlo tal cual! ¡No importa que sea un invento de la ficción o algo que jamás podría existir en la realidad! ¡Ja, ja! ¡La ficción de este mundo es tan rica que copiarla resulta un placer! ¡Ahora soy invencible!

El chico copiaba sin vergüenza toda clase de artilugios imaginarios, poderes mágicos y habilidades sobrenaturales, tal cual aparecían en distintas obras de ficción. No solo técnicas, también armas y hasta personajes completos que traía al mundo real como si nada.

Mientras tanto, Ayaha respondía únicamente con puños y patadas, persiguiéndolo con ataques directos.

La pequeña librería se convirtió en un caos: explosiones, llamas, hielo, corrosión, todo tipo de catástrofes sobrenaturales arrasaban con las estanterías, como si el día anterior la casa de los Asanagi volviera a repetirse allí mismo.

Tatsumi permanecía paralizado detrás del mostrador, milagrosamente intacto. Nekoko, por su parte, disparaba de vez en cuando proyectiles de cobertura que servían más como molestias al vecindario que como ayuda real.

La batalla se prolongó durante casi media hora. Ninguno de los dos parecía poder infligir daño decisivo al otro. Ayaha, con su estilo de combate puro, enfrentaba una avalancha de poderes tomados de otros mundos.

Pero quien primero mostró impaciencia fue el muchacho.

—¡Maldición! ¿Por qué no te afectan mis ataques?

Ayaha repelía los poderes, muchos de ellos reconocibles, con simples golpes que brillaban con luz blanca.

—¡No puede ser! ¡Ningún Espíritu perversa debería tener tanta fuerza!

—No me subestimes. —Ayaha suspiró, con un dejo de fastidio—. Tu poder tiene un defecto grave. Quien te lo dio fue un necio. Tal vez pensó que era una buena idea, pero lo único bueno fue la idea.

—¿Qué demonios quieres decir?

Mientras *Ojo Derecho* pisoteaba los libros caídos, una sombra se acercaba sigilosamente a su espalda.

—¿Qué tal va el trabajo de medio tiempo? —dijo aquella silueta—.

Tatsumi habló por primera vez en media hora.

—¿Hermana Tsunami?

Sí, quien había aparecido era Tsunami. Sin mirar ni una vez la librería hecha polvo, la hermana mayor clavó la vista solo en *Ojo Derecho*.

—Vine a ver cómo iban, pero así no se puede llamar “trabajo”, ¿no? Por cierto, tú, el rarito de allá.

Con cara de quien lo sabe todo —como si hubiera estado observándolos desde alguna parte—, añadió:

—¿Quieres que te explique por qué tu poder no funciona? ¿O prefieres hacerlo tú, Ayaha? Por esa manera tuya de pelear conteniéndote, diría que ya te diste cuenta.

Con un tono de charla casual. Ayaha respondió en el mismo registro:

—Desde luego. He estado reservando fuerzas. No pienso responder en serio ante un perrito de prueba. Y de paso: no siento ni una pizca de obligación de explicarle sus debilidades.

Tsunami miró a *Ojo Derecho* como a un gato callejero y dijo:

—Esos ataques de *Gadget* que estabas usando... en resumen, son copias.

Ayaha guardó silencio como si oyera una obviedad.

—¡Y qué! —*Ojo Derecho* gritó, perdiendo la paciencia—. ¡Por la victoria, copiaré lo que haga falta! ¡La imaginación de este mundo es absurdamente abundante! ¡Variantes del mismo truco por todas partes! ¡Para mi habilidad, son el cebo perfecto!

Con una mueca entre risa y desdén, Tsunami dijo:

—Ahí está la razón de que seas tan débil. En pocas palabras: las técnicas que copiaste ya eran, en sí mismas, copias.

—¿Qué...?

—Tú mismo lo dijiste: “variantes de lo mismo”. Pues eso eras tú. Copias de copias. En algunos casos, la copia de la copia de otra copia. ¿Conoces el efecto “matriz”? Clonas un clon y se deforma: es inevitable.

—N-no puede ser...

Ojo Derecho quedó atónito. Bastante humano, en cierto modo.

Tsunami recogió del suelo, entre el montón de libros destrozados, un volumen de tapa dura.

—Si vas a copiar, hazlo del original. Mi recomendación es este.

Preferiría que no lo enseñaras tanto.

—Hermana Tsunami... —murmuró Tatsumi.

—Además —siguió Tsunami—, aunque parezca que hoy los *Gadgets* son variados, en realidad están homogenizados. Todos tienen la misma raíz. Ya va siendo hora de que nazca algún artilugio original, con una base teórica nueva. No me importa que no convenza a todo el mundo: con que tenga fuerza persuasiva, me vale.

Con la mirada fría, fija en el vacío, sentenció:

—A estas alturas, no me molestaría que “stand” figurara como sustantivo común en el diccionario. ¿No te parece, Tatsumi?

Incapaz de aguantar más, Tatsumi intervino:

—¡Hermana Tsunami! Ya sé que aparecerte así de repente es muy tu estilo, pero ¿podrías no decir cosas que enreden más la situación? Es como si...

Señaló, estupefacto, a *Ojo Derecho*.

—...le estuvieras dando consejos a ese que parece el enemigo. ¿No hay otra manera de decirlo? Ese tipo de “explicaciones”...

Tsunami lo miró como a la orilla de un tatami y dijo:

—Escucha, Tatsumi. Estoy siendo extremadamente racional. Me admiro a mí misma, de hecho. No estoy del lado de ese chico, ni diciendo cosas sin sentido. Ya lo entenderás.

Luego, tras tomar aire, volvió a hablar hacia el vacío:

—Después de todo lo XXX y XXX y XXX, ¿aún quieres XXX, XXX?

Y, dándose la vuelta hacia su hermano, asintió:

—A eso se le llama soltar frases totalmente inútiles, dictadas por la emoción.

—No he entendido nada de lo que has dicho... ¿pero sí?

Tatsumi estaba a punto de aceptar la explicación cuando, para *Ojo Derecho*, aquello parecía irrelevante.

—¡Al carajo todo!

El muchacho tomó de entre los impresos desperdigados un objeto colorido, con aire de libro ilustrado.

—¡Con esto te remato!

Era algo relacionado con el ratón más famoso del mundo. O, mejor dicho, el más ruidoso.

Antes de que nadie pudiera detenerlo, *Ojo Derecho* lo copió. Qué copió exactamente no puede consignarse aquí. Solo diremos que lo que siguió fue una batalla aterradora, en muchos sentidos. Lástima que no pueda describirse.

—Ridículo.

Ayaha peleaba ya movida únicamente por el sentido del deber.

—Esbirro: no voy a ponerme seria contigo. Llama a tu amo de una vez.

Mientras los observaba, Tsunami añadió una especie de narración:

—Es de sentido común que el primer enemigo no sea gran cosa. Si apareciera el más fuerte desde el principio, no habría cómo seguir. Claro, si no piensas continuar, da igual; pero si por algún accidente sigues, lo único que queda es la inflación de poder. Y esos relatos suelen acabar en un final que nadie quería. Cuando tomas atajos baratos, tarde o temprano pagas el precio.

—...Hermana Tsunami, ¿a qué has venido exactamente?

—Tenía asuntos —respondió—. No contigo, con Ayaha y con Nekoko.

Tatsumi permaneció plantado sin saber qué hacer. A su lado, Nekoko sonreía mientras bajaba el cañón de asalto.

—Si dejamos que Ayaha-oneechan se encargue, todo irá bieeen.

No se sabe de dónde había salido, pero el dueño de la tienda, con la piel tostada por el sol, corrió hacia Tsunami.

—Vaya, Tsunami-chan. Menudo desastre, ¿eh?

Hablaba como si no fuera con él, y Tatsumi solo pudo inclinar la cabeza en señal de disculpa.

—Perdóneme, señor. Dejamos la tienda hecha un desastre...

—No pasa nada, no pasa nada. Ya estaba pensando en cerrar. Para ser sincero, me convendría más tirarla abajo y hacer un estacionamiento. Aunque, como estrategia fiscal, me sirve que no deje ganancias. Quizás la próxima abra un videoclub de renta, pero bien descarado, por puro hobby. Así que no te preocupes. Eso sí, el sueldo de hoy no puedo pagarlo. Perdón, ¿eh?

—Ah...

Ni siquiera pensaba cobrar, pero este encargado era demasiado despreocupado. Sin atender las dudas de Tatsumi, el que alguna vez fuera dueño de una librería se alejó sonriendo, agitando la mano.

Y justo en ese mismo momento, aparecieron nuevas siluetas.

Dos personas.

Los verdaderos enemigos.

Al final, la pelea entre Ayaha y “Ojo Derecho” no había llegado a nada. El estancamiento se alargaba sin que se viera un desenlace. Pero no podía prolongarse para siempre: era demasiado ridículo, Ayaha empezaba a irritarse, y con Tsunami ahí, cualquiera podía soltar cualquier comentario impredecible.

Zas.

Un nuevo sonido de pasos se hizo presente en la derruida librería. Tatsumi levantó la vista hacia donde, treinta minutos antes, había estado la puerta automática. Allí, de pie, se veían dos siluetas.

—Ah, disculpen. Ya cerramos por hoy.

Las palabras de Tatsumi fueron absurdamente despreocupadas, pero lo extraño fue que tanto Ayaha como “Ojo Derecho”, que hasta entonces se atacaban de cerca, se apartaron como si hubieran recibido una descarga.

Ayaha giró velozmente, su largo cabello ondeando alrededor.

—Así que han venido, “Magos de Falmtei”.

Una hostilidad verdadera ardía en sus ojos, mucho mayor que la que había mostrado contra Ojo Derecho.

—Tsk...

“Ojo Derecho” cayó de rodillas, la cabeza gacha, mirando a los recién llegados con ojos suplicantes.

Tatsumi también los vio. Aquella pareja, que se adentraba en los restos de la librería cubierta de libros irreparables, era tan extraña como intimidante. Uno era un joven alto. El otro... ¿una niña? O tal vez una muñeca con forma de niña, pensó Tatsumi por un instante.

Pero antes de que pudiera decidirlo, la pequeña —más menuda incluso que Nekoko— abrió la boca.

—Has fallado.

Su voz sonaba como un carillón de viento: transparente y a la vez imborrable al oído.

—Has fallado completamente.

La niña sonreía suavemente mientras se lo decía a Ojo Derecho. El desafortunado muchacho estaba lívido, temblando sin control.

Tatsumi la recorrió con la mirada de pies a cabeza. Incluso en aquella situación, no pudo evitar quedar fascinado. Era una niña adorable, de cabellos rizados que enmarcaban un rostro ovalado y perfecto, y unos ojos grandes y profundos que irradiaban una luz bondadosa y pura. El color de su mirada atraía, claro y sereno como un abismo de agua limpia.

El vestido que llevaba parecía tejido con alas de insecto cosidas entre sí, ribeteado por encajes finísimos en cada borde. No hacía más que resaltar la belleza de quien lo portaba, en un equilibrio casi milagroso. Su aura tenía un brillo distinto, inusual, pero no grotesco. Solo podía describirse con una palabra: adorable.



Lo único extraño era el peluche que la niña sostenía en su mano derecha. Un peluche lleno de costuras, con orejas y cola largas. Por lo visto, parecía un canguro; uno bastante deformado, además. Tenía unos ojos gigantescos y una boca tan abierta que casi parecía desgarrada. Su larga lengua colgaba hacia fuera y sus proporciones eran tan cortas que resultaban caricaturescas.

Además, el ojo derecho de aquel canguro estaba cubierto por un gran apósito que ocultaba su interior.

La niña susurró con una voz melodiosa:

—Mycoplasma, te devolveré tu ojo derecho.

En ese instante, el peluche de canguro abrió la boca de par en par.

—¡Kueeeeeeee!

Como si estuviera sincronizado con el grito inhumano del canguro, “Ojo Derecho” se sujetó la cabeza y lanzó un alarido.

—¡Detente, detente, por favor! ¡No, no quiero volver!

La mano de la niña, Momiji, se extendió lentamente. Arrancó el apósito que cubría el ojo derecho del peluche.

Allí no había nada. Una cuenca vacía esperaba abriéndose al vacío.

Kueeeeeeee. Guaaaaaaaa.

Era un dúo que daban ganas de taparse los oídos.

—¡Uguaaaaa, gaaaaa!

Una anomalía comenzó a ocurrirle a “Ojo Derecho”, quien no dejaba de gritar. El cuerpo del chico acurrucado se encogía a toda velocidad. Solo quedaba imaginar cuánto dolor conllevaba aquello. “Ojo Derecho” se retorció en el lugar sin que cesaran sus alaridos. Simplemente se volvía más pequeño. Tanto su cuerpo como su voz.

Contrayéndose hacia un solo punto, “Ojo Derecho” ya ni siquiera tenía forma humana. La cabeza y las extremidades se plegaron, aproximándose a una simple esfera hasta convertirse finalmente en un círculo perfecto. El anormal proceso de reducción continuó y lo que quedó al final fue una esfera de oscuridad; una muy pequeña. Una canica de vidrio que cabría justo en el ojo derecho vacío del canguro que cargaba la niña.

Una mano pequeña recogió la canica de vidrio mientras esta rodaba por el suelo.

Con un gesto elegante, presionó la canica en el hueco del ojo derecho del peluche. *Kue...* El grito del canguro cesó.

La niña sonrió con dulzura, asintió satisfecha y levantó la vista hacia el joven que estaba a su lado.

—Sensei, ya terminé.

—Ah...

El joven, que tenía un semblante como si estuviera a punto de morir, respondió con una voz que parecía una maldición.

—...Ya veo... Eso es bueno... Jaaa...

Tras soltar un suspiro, el joven alzó su rostro sombrío.

Fue entonces cuando finalmente se pudo apreciar su apariencia completa. Llevaba un sombrero de ala ancha y, aunque el joven que había mantenido la cabeza gacha todo el tiempo tenía facciones bastante refinadas, su expresión era, por desgracia, demasiado lúgubre. Debido a que la apariencia de la niña era excesivamente hermosa, él se veía aún más deprimente. Si le dieran un objeto punzante, parecería capaz de apoyarlo contra su muñeca en cualquier momento.

A pesar de ser el primer encuentro y de que probablemente era un enemigo, su melancolía era tal que incluso Tatsumi se preocupó por él.

—Retrocede —ordenó Ayaha con tono firme, poniéndose frente a él—. Estos tipos son los verdaderos “Magos”. El necio de antes era solo un familiar. Esta vez no será tan fácil. Yo también tendré que darlo todo para ganar. Aunque, por supuesto, si lucho, ganaré.

—Sensei.

Aún con el canguro colgando, la niña miró hacia el joven que estaba en una posición más alta.

—Parece que esa Espiritu de allá tiene la intención de derrotarnos. ¿Qué debemos hacer?

—Hmm...

Sin saber si la estaba escuchando o no, el joven llamado Sensei murmuró entre dientes, como si delirara:

—Magos, ¿eh?... Es cierto... Supongo que es apropiado que nos llamen magos. Por mi parte, preferiría algo como “buscadores”... Pero da igual, lo que sea...

—Magos... esto, bueno...

Mientras intentaba tantear la situación que no lograba comprender, Ayaha lo reprendió:

—¡Ellos son la vanguardia que viene a por ti!

El joven bajó la vista al suelo y dijo:

—Ya veo... Me refiero a ti, sí, a ti, el chico del mundo sin afiliación ni partido. En resumen, tú. Nosotros, verás... tenemos que ir tras tu vida... Pero parece que alguien va a estorbarnos...

—¡Es natural! ¡Para eso he sido enviada aquí!

Ante el entusiasmo de Ayaha, el joven dijo con total indiferencia:

—Pero, sabes, no tiene sentido luchar contra la estirpe de las Espíritus... Más bien, contra quien deberíamos luchar es contra esa herramienta de combate enviada por el “Científico” que está ahí... Al fin y al cabo, esa gente es vista como enemiga en todo el mundo y son nuestros némesis... ¿o no era así?

—Lo admito, pero ahora no podemos decir eso —respondió Ayaha con actitud decidida—. No es algo que yo haya decidido. Ahora mismo, ustedes son el mayor enemigo, “Mago”. ¿Por qué no te das cuenta de una vez?

—...Umm...

El joven miró hacia abajo a la niña.

—...Qué problema. Yo... sí, es un fastidio. ¿Tendré que luchar?... ¿Qué opinas? Tú... esto, ¿cómo te llamabas? Tú... quiero decir, ¿quién eres tú?

—Qué cosas tiene, Sensei.

La niña esbozó una sonrisa con sus labios rojos como rosas y se llevó el dorso de una mano a la boca. Rio con un cascabeleo.

—Soy la discípula de sensei. Koro, quien entró bajo su tutela hace tres días. ¿Ya se olvidó de mí?

—¿Ah...? Ahora que lo dices, me parece que algo así pasó... Entonces, ¿tú eres mi discípula...?

—Así es, sensei.

—Ya veo... Mi discípula.

—Por favor, por favor, llámeme Koro, sensei.

—Entonces, Koro... Y dime, ¿qué era ese muñeco que tienes ahí...?

—Es Mycoplasma. Es mi querida amiga.

—Ya veo... Un gusto, Mycoplasma...

Koro, con aspecto alegre, levantó al canguro de una oreja.

—Mycoplasma, saluda. Aunque ya lo hiciste hace tres días.

—¡Kueeee! —exclamó el peluche de canguro. Este no parecía estar ni un poco alegre.

—Ya basta de tonterías, “Magos de Falmtei”.

Ayaha intervino. Mientras todo su cuerpo emanaba una furia contenida, continuó:

—Si no tienen asuntos pendientes, lárquense. Considerando que enviaron a un familiar, dudo que no los tengan, pero no toleraré que muestren esa actitud despreocupada frente a mis ojos. Resulta molesto.

—... Ah...

El rostro del joven sensei se ensombreció lúgubrementemente.

—Nos están regañando, esto... mi discípula. Supongo que después de todo tendremos que pelear... Qué mal, qué pereza...

—No habrá necesidad de pelear.

Koro sonrió.

—Para nosotros, basta con que ese Asanagi Tatsumi-san de ahí muera. No tenemos intención de entrar en conflicto con la señorita Espíritu. Sin embargo...

Lanzó una mirada de reojo a Ayaha, tan seductora que resultaba escalofriante.

—No parece que nos vaya a dejar observar en silencio. Además, la guerra continúa en mi tierra natal... Qué problema, ¿qué deberíamos hacer, Mycoplasma?

—¡Kueeeeeee!

El significado de las palabras del peluche de canguro, que soltaba gritos extraños, era un total misterio. Sin embargo, la hermosa niña pareció entenderlo.

—Ya veo, si tú lo dices...

Levantó un poco la barbilla.

—Sensei, retirémonos por ahora. Mycoplasma dice que por hoy nos daremos por satisfechos con solo haber entregado el mensaje.

—Ah... me parece bien... Yo también estoy cansado... Siento que solo estar de pie ya me agota... ¿Será que si muero me sentiré aliviado...? Oye, tú.

Parecía estar hablándole a Tatsumi.

—¿No quieres intentar morir una vez...? Si quieres, podrías hacerlo conmigo... Sí, si te sientes solo, muramos los dos juntos... Seguro que será un alivio...

—Paso.

Tatsumi negó con la cabeza con todas sus fuerzas. Ni loco aceptaría un suicidio doble con ese joven tan deprimente. No, no era ese el problema, es que todavía no tenía intenciones de morir por voluntad propia.

—Ya veo... Qué lástima...

El tal sensei habló con una voz tan lánguida como la lluvia al atardecer y comenzó a caminar con la mirada perdida. A su lado, la pequeña niña lo seguía. Caminaba con pasos cortos, sujetando la oreja del canguro con descuido, sin que pareciera importarle que las patas traseras y la cola del peluche se arrastraran por el suelo.

Koro se dio la vuelta una vez como si lo acabara de recordar, hizo una reverencia con una sonrisa encantadora y luego corrió tras sensei, que caminaba tambaleándose.

Poco después de que las dos figuras y el objeto desaparecieran, Ayaha habló con voz firme.

—¿Lo has entendido?

—Eh, ¿qué cosa?

Cuando Tatsumi le preguntó, Ayaha estiró el cuello hacia él con una mirada aterradora. Mientras él retrocedía sobresaltado, ella continuó:

—Esos son los “Magos de Falmtei”. Dijeron que han venido a matarte. Ya habrás comprendido que son un grupo de insensatos. Por cierto, te lo advierto: no te dejes engañar por palabras como “sensei” o “discípula”. Esa gente siempre engaña a los demás. A veces se engañan incluso entre aliados. Ese peluche podría ser el cuerpo real del “Mago”. También es posible que los roles de maestro y discípulo estén invertidos.

Incluso si así fuera, ¿cambiaría algo?

—No cambiaría nada —respondió Ayaha—. Pero tenlo en cuenta. Solo con saberlo, tu disposición mental será muy diferente.

¿Realmente sería así?

—Así son las cosas —dijo Tsunami.

Tsunami hizo su declaración con una expresión que parecía trascenderlo todo.

—Por cierto, ahora iremos a la inmobiliaria.

Tatsumi no pudo evitar sentir vértigo. Mientras se sujetaba la cabeza mareada, dijo:

—A ver, Tsunami-neesan. ¿No crees que esto no tiene ni pies ni cabeza? ¿No viste lo de recién? La librería ha quedado hecha un desastre, y eso es por nuestra culpa.

—Escucha bien.

Tsunami dijo con frialdad:

—¿Qué es lo que más necesitamos ahora? No, no hace falta que respondas. La respuesta la decido yo. Es esto: una casa donde vivir. Vivir en una tienda de campaña está bien como si fuera un campamento, pero me harté en un solo día. Quiero dormir en un lugar con un techo decente. Para eso hace falta una habitación. ¿Y quién fue el que dejó en ese estado el lugar de trabajo que me esforcé en conseguir? Al menos no fui yo. Así que ustedes también van a cooperar. Sí, déjenmelo todo a mí. Yo les enseñaré qué es lo que tienen que hacer.

Lo demás ya estaba fuera de toda lógica. Tsunami echó a Tatsumi, Ayaha y Nekoko de la librería en ruinas como si los estuviera arreando, y comenzó a caminar siguiendo su propio camino.

Tatsumi había escuchado algo sobre si la vida de su hermano estaba en peligro o no, pero parecía que a ella eso le daba igual. ¿O acaso tendría algún pensamiento profundo al respecto?

—No te preocupes —dijo Tsunami hablando sin mirar atrás.

—Tú no vas a morir. Quédate con la sensación de estar en un barco turístico que ha salido a un océano un poco agitado. La muerte está cerca de cualquiera, y eso se aplica a ti también, pero hay algo en lo que eres diferente. Tú tienes algo.

Tatsumi se preguntó cómo podía asegurar algo así, pero juzgó que de todos modos no obtendría una respuesta con sentido, así que guardó silencio. Recordar las palabras que su hermana dijo en ese momento y pensar que “debería haberle preguntado” sería algo que ocurriría bastante tiempo después. Por ahora, Tatsumi tenía suficiente con sentir el peso y el calor corporal de Nekoko aferrada a su brazo izquierdo.

Dos sombras caminaban en dirección opuesta a la de Tatsumi y los demás. La más pequeña, que sostenía al canguro por la oreja y caminaba arrastrando las patas del peluche contra el suelo, llamó al otro.

—Sensei.

—Qué pasa... Koro.

—Vaya, por fin se aprendió mi nombre.

—Sí... ¿Podrías presentarte otra vez dentro de unos tres días? Siento que se me va a olvidar...

—Así lo haré. Aunque me gustaría que al menos recordara que somos seres llamados “Magos de Falmtei”. Por cierto, sensei.

Moviendo lentamente sus ojos como joyas, Koro miró hacia arriba al joven que caminaba con la cabeza baja.

—¿No le parece extraño?

—... ¿El qué? Yo no pienso en nada...

Ante el joven del sombrero de ala ancha, que soltaba una voz exhausta a pesar de no haber hecho nada, Koro continuó con palabras llanas y despiadadas:

—Me refiero a esas personas de hace un momento. Eran una combinación demasiado lamentable. Especialmente nuestro objetivo, Asanagi Tatsumi-sama; me parece que no tiene valor ni para ser protegido ni para ser asesinado.

Koro hablaba con indiferencia.

—Asesinarlo es fácil. Es tan fácil que me desconcierta. ¿Qué sentido tiene ir tras él? Yo suelo ser muy dedicada en mi trabajo, pero dudo de los trabajos que no tienen sentido.

—... Es verdad. ¿Qué estaremos haciendo nosotros...?

—Sensei, ¿acaso no lo sabe? Yo esperaba que usted sí.

—... Hmm. Bueno, quién sabe...

Los labios de Koro se curvaron hacia arriba.

—¿No será que simplemente se le olvidó? Al igual que mi nombre.

—Puede que sea eso, Koro.

El joven puso sus dedos en el ala del sombrero y soltó un suspiro de agotamiento total.

—Cambiando de tema... Koro, ¿sabes tú mi nombre? A veces hasta yo mismo dejo de entender quién soy... Si tú lo sabes, me gustaría que me lo dijeras.

—No lo sé —respondió Koro de inmediato.

—Sensei es sensei. Yo soy su discípula y soy Koro. Con que entendamos eso es suficiente.

—... Ya veo... Supongo que es así. Jaah, si a veces olvido hasta mi propio nombre, es normal que no pueda recordar el contenido del trabajo que me encargaron...

El joven miró a Koro con una cara de quien parece estar a punto de buscar una soga para colgarse, y luego miró al peluche.

—¡Kueee!

Gritó el canguro, como si se estuviera burlando.

La tiranía de Tsunami también causó estragos en la inmobiliaria. Debido a que eran vecinos, al igual que con el de la librería, el dueño del local era un conocido, pero este no era tan impasible como el anterior ni tan despreocupado con el dinero.

Él dijo:

—¿Un departamento de tres habitaciones por mil quinientos yenes al mes y sin depósito ni comisión?! Tsunami-chan, por mucho que nos conozcamos desde que eras pequeña, no hay ninguna habitación que pueda alquilar a un precio tan irracional o, mejor dicho, a un precio que se equivoca por tantos dígitos.

—Me lo imagino —asintió Tsunami con cara de que era lo más natural del mundo.

Tatsumi se había hecho pequeño, encogiéndose en el sofá del local. No se le daban bien este tipo de negociaciones. Nunca había regateado el precio de ningún producto en ninguna tienda. Ni siquiera en los mercados de pulgas. Al contrario, si le pedían una rebaja, terminaba vendiendo al precio que el otro propusiera. Quizás no se podía evitar que lo llamaran pusilánime.

Sin embargo, Tsunami, que era lo opuesto a su hermano en todo, continuó:

—Pedir tres habitaciones por mil quinientos yenes fue excesivo. Está bien, aceptaré dos habitaciones. Pero lo de no pagar depósito ni comisión es innegociable. Detesto ese sistema tan extraño.

—Incluso así, mil quinientos yenes es imposible, Tsunami-chan. Por esta zona, hasta un estudio sencillo cuesta setenta mil. Ten piedad.

—No puede ser que cueste eso.

—Ayaha, por favor.

Ayaha, que hasta entonces había estado esperando en posición de reserva, dio un paso al frente cargando una piedra tan grande que ni con ambos brazos se podía rodear. Con total naturalidad, dejó caer la roca sobre el suelo y, sin decir palabra, levantó el dorso de su mano. Su mano brilló débilmente por un instante, aunque no se sabía si el viejo se dio cuenta.

—¡Sei!

Ayaha partió la gran roca de un golpe. El polvo blanco resultante del impacto se esparció por el suelo mientras el dueño de la inmobiliaria abrió los ojos de par en par.

—¿Y bien? —dijo Tsunami—. ¿Crees que habrá alguna habitación disponible?

—E-esto es un negocio...

Aunque estaba un poco pálido, el hombre aún mantenía la cordura. Pero eso solo duró el breve instante que le tomó a Nekoko actuar.

—Nekoko.

—¡Siii!

Tras recibir la señal acordada, Nekoko sacó un lanzamisiles antiaéreo de debajo de su ropa y lo apuntó directamente a la cara del dueño.

El hombre se puso lívido por segundos.

—Es... es un juguete, ¿verdad? Aunque saquen algo así...

—Si es un juguete o no, lo sabrás en cuanto lo pruebes —dijo Tsunami, presionando con sus palabras—. Aunque puede que nunca llegues a saberlo realmente. Porque, si esto es real, de tu cuello para arriba no quedará absolutamente nada. Por cierto, yo sé que es real. Veamos qué pasa. Tengo mucha curiosidad por ver qué llega primero: si yo ordenando que no dispare o tú alquilándonos una habitación.

El dueño de la inmobiliaria conocía muy bien a Tsunami. Tenían una relación desde que ella era niña.

Como era de esperar, la contienda se decidió ahí mismo. Con el rostro desencajado, el hombre sacudió la cabeza en señal de rendición.

—No tengo oportunidad... Ahora que lo pienso, nunca pude ganarte, Tsunami-chan. Fuf.

El dueño se retiró un momento a la habitación del fondo y regresó con unas llaves y un mapa del departamento. Se los entregó a Tsunami todavía pálido, volvió a encerrarse en el fondo y no volvió a salir.

—Lo siento mucho.

Las palabras de Tatsumi, disculpándose en lugar de su hermana, simplemente se dispersaron por el local vacío.

Un viejo edificio de departamentos de dos plantas con treinta años de antigüedad. La distribución era de dos dormitorios, una habitación con baño y cocina.

Al subir las escaleras exteriores, llegaron a la habitación con la placa “203”, que a partir de ahora sería la residencia actual de Tatsumi y los demás.

—Como solución temporal, no está mal —fue la impresión de Tsunami.

Todas las habitaciones tenían suelo de tatami; contaba con una pequeña sala, cocina y dos habitaciones de 6x6 cada una. Por mil quinientos yenes al mes, esto era más que una “destrucción de precios”.

—Ya veo. Así que en este mundo, el costo de vida baja si rompes piedras.

Ayaha murmuraba como si estuviera impresionada.

—Entonces, ¿si rompo una roca gigante saldrá aún más barato?

Retorcó los pies sobre el tatami como para comprobar su textura y continuó hablando sola:

—No, tocar piedras gigantes es peligroso. Existe el riesgo de que aparezca un Dios de Piedra. Los seguidores del “Dios Malvado Zu-L” suelen esconderlos ahí. Muchos de mis camaradas pasaron por amargas experiencias debido a eso.

Tatsumi no tenía las fuerzas necesarias para corregir el malentendido de Ayaha, al menos por ahora. Había sido un día agotador. Especialmente por el desgaste mental.

Como si ya hubiera olvidado los suspiros de su hermano menor o la batalla sobrenatural que destruyó una librería, Tsunami se comportaba como una residente común y corriente.

—Sobre la repartición de cuartos...

—Ayaha y yo usaremos una habitación. Tatsumi y Nekoko dormirán en la otra. Así está bien, ¿no? Como Nekoko va a explotar si se separa de Tatsumi, lo mejor es que estén pegados incluso de noche.

—Mu.

Ayaha torció los labios con descontento.

—Yo quiero estar en la misma habitación que Tatsumi. Deseo pasar el tiempo con él, sea de día o de noche.

Soltó esa frase capaz de hacer sonrojar a Tatsumi con total naturalidad y añadió:

—Me pone ansiosa que Tatsumi esté en un lugar donde no pueda verlo. No puedo tener tanta confianza en Nekoko.

—Escucha bien, Ayaha —le explicó Tsunami.

—Entiendo perfectamente tu punto. Pero mira, tú eres mujer y Tatsumi es hombre. Además, ambos están en una edad “interesante”. Como hermana mayor que vela por el crecimiento saludable de su hermano menor, no puedo permitirme meter a un hombre y a una mujer en la misma habitación. Y además, Ayaha... tú tampoco querrías que él usara tu cara mientras duermes como “acompañamiento” para ×× el ××, ¿verdad?

—¡Tsunami-neesan!

¿Pero qué cosas estaba diciendo? Antes de que Tatsumi pudiera saltar para protestar, Ayaha frunció el ceño confundida.

—¿A qué te refieres con que mi cara durmiendo es un acompañamiento? Tengo ese vocabulario de ×× en mi memoria lingüística, ¿pero qué significa eso de ××? ¿Es algún modismo propio de esta región?

—Ayaha... ¿no sabes lo que es ××××?

Incluso si Tatsumi hubiera intentado detenerla, habría sido en vano. Tsunami pasó un brazo por los hombros de Ayaha, la llevó a una esquina de la habitación y comenzó a explicarle con lujo de detalles la respuesta a su inocente duda.

Ayaha escuchaba con una expresión seria, pero en el instante en que terminó la explicación, pateó el tatami y se abalanzó sobre Tatsumi. Lo agarró de las solapas y lo levantó.

—¡Tú! ¡¿Tenías intención de hacer semejante cosa?! ¡Con mi... con eso, y con tal comportamiento...!

—¡No, qué va...! Yo no he hecho nada aún...



—Gue. Mis pies flotan sobre el tatami y no puedo respirar. Aunque quiera decir algo, no hay nada que hacer si me aprietan así el cuello de la camisa.

Sin embargo, a pesar del dolor, Tatsumi parpadeó al observar la expresión de Ayaha. Se dio cuenta de que sus mejillas estaban ligeramente sonrojadas. Probablemente se debía a que escuchó el chiste verde de Tsunami, dicho sin ningún tipo de filtro.

“Ya veo. Ayaha también tiene su sentido del pudor”.

Al pensar eso, Tatsumi sonrió inconscientemente. Fue el detonante de un malentendido mayor.

—¡Estúpido!

La presión en su pecho desapareció. Pero antes de que sus pies tocaran el suelo, salió volando tras recibir una bofetada lateral. Fue un golpe seco y firme que le retumbó hasta en los huesos.

Rodó por el tatami de la habitación vacía y terminó sentado en el suelo mientras se sujetaba la mejilla hinchada. Cuando levantó su cabeza mareada, Ayaha le daba la espalda, de pie con una postura imponente.

—¡Eeeh! ¡Tener que proteger a un tipo como este! ¡Qué desgracia! ¡Uuuu, no me salen las palabras! ¡¿Qué debería decir en un momento así para insultarte?!

“Me parece que ya me has estado insultando bastante hasta ahora”.

Mientras Tatsumi se frotaba la mejilla ardiente, Ayaha le lanzó una mirada de desprecio absoluto y se encerró a grandes zancadas en una de las habitaciones.

Durante todo este tiempo, Tsunami, la culpable de todo, se limitó a hacer llamadas por celular, colgar, volver a llamar y hablar en tono de mando, sin mostrar la más mínima preocupación por la integridad de su hermano.

—No pasa nadaaa —dijo Nekoko acercándose para abrazarse al cuello de Tatsumi—. Si quiere hacer eso de ×××, puede hacerlo conmigo. ¡Estoy lista en cualquier momento!

—G-gracias... Pero no, está bien, en serio.

—No sea tímido. Aunque, bueno, no entendí muy bien qué es eso de ×××. Muéstrémelo, por favor.

La sonrisa brillante de Nekoko era tan inocente que Tatsumi se dejó caer agotado, apoyando las manos en el tatami.

—Tal vez... la próxima vez.

—¡Siiií! ¡Lo estaré esperando con ansias!

Qué cansancio. Con Nekoko todavía pegada a él, Tatsumi se arrastró hasta la habitación que les habían asignado y se desplomó boca abajo.

Lo más temible de Tsunami era su poder de convocatoria. No se sabía a quiénes ni a cuántos llamó, pero en aquella habitación vacía del departamento empezaron a entrar muebles uno tras otro. Entre los que cargaban las cosas había gente que Tatsumi conocía y gente que no; sus expresiones variaban desde los que parecían felices hasta los que estaban claramente intimidados. Una gran variedad de personas. Probablemente se trataba de amigos, conocidos, subordinados, mandaderos o esclavos de Tsunami.

Ayaha no salió de su cuarto tras cerrar las puertas corredizas de madera y papel, y Tsunami se limitaba a dar órdenes, así que la tarea de dar las gracias a cada una de las personas recayó en Tatsumi, que todavía tenía a Nekoko abrazada a su cintura.

—Lo siento mucho. —Perdón. —Muchas gracias.

Para cuando terminaron de traer todo el mobiliario y los enseres, a Tatsumi le dolía la espalda de tanto inclinarse.

—Fuuu...

Una vez que los cargadores desaparecieron, Tatsumi se sentó en la sala de tatami mientras el sol comenzaba a ponerse. Apoyó los codos sobre la mesa baja circular y descansó la barbilla. A su lado, Nekoko estaba sentada formalmente, mirándolo con una sonrisa.

Pero el tiempo de descanso fue breve.

—Tatsumi. Prepara la cena. Todavía no hay nada en la heladera. Ve a hacer las compras, por favor. Además, me apetece comer comida china.

Tsunami habló mientras tiraba del cordón de la lámpara que colgaba del techo, y Tatsumi se levantó con pesadez.

—Entendido, Tsunami-neesan. ¿Está bien con Happosai y cerdo con pimientos?

—Sí, perfecto. Lo dejo en tus manos.

Mientras Tatsumi se ponía los zapatos con Nekoko todavía pegada a su espalda, la puerta corrediza se abrió sin hacer ruido. Como un animal que no deja huellas, Ayaha caminó hasta la entrada. Con el rostro huraño y aire de estar haciéndolo a regañadientes, dijo:

—Yo también iré. Después de todo, soy tu guardiana. No puedo dejárselo todo a Nekoko.

Mirándola de perfil, todavía no quedaba claro si seguía enfadada o no.

Tres siluetas se alargaban sobre el camino teñido por el atardecer. Nekoko, como de costumbre, iba pegada a Tatsumi, mientras que un poco más alejada caminaba la silueta de cabello largo. Continuaba un silencio indescriptible que hacía que Tatsumi no se sintiera del todo cómodo al caminar. El graznido de un cuervo resonaba en el cielo cercano.

Sin embargo, para sorpresa de Tatsumi, fue Ayaha la primera en hablar.

—Lo siento. Tatsumi.

Tatsumi se sorprendió genuinamente. Nunca imaginó que de la boca de Ayaha saldría una disculpa. Al girarse rápidamente, vio que Ayaha miraba hacia abajo, no por timidez, sino con una expresión de arrepentimiento, clavando la vista en la carretera.

—Hace un momento me precipité. Y a pesar de eso, te puse la mano encima.

Ante unas palabras de disculpa tan sensatas, Tatsumi estuvo a punto de tartamudear.

—E-eso... bueno, sí, no pasa nada. Tsunami-neesan no se portó bien ahí y...

—No.

Ayaha finalmente lo miró a los ojos. Tatsumi sintió que casi era absorbido por el color de su mirada, que ocultaba una fuerte determinación.

—Está bien. Incluso yo sabía que los hombres son así. Solo que un poco... ugh, no sé cómo explicarlo... Pido disculpas por haber perdido los estribos. Me avergüenza profundamente haberme olvidado de mí misma por algo de ese nivel.

—Oye, Ayaha. Por eso te digo que...

—No hables demasiado. Ya te dije que está bien.

Fue una lástima que, debido a la puesta de sol, Tatsumi no pudiera distinguir con detalle el color del rostro de Ayaha.

—Esto apenas comienza.

Ayaha asintió para sí misma.

—Finalmente los “Magos de Falmtei” mostraron su rostro. Tal como viste, serán enemigos formidables. Otros oponentes vendrán tarde o temprano. Todavía no sabemos cómo actuarán los “Espíritus de la Espada”. Sin embargo, no hace falta que tú te preocupes.

Tatsumi sostenía la mirada directa de Ayaha. Normalmente habría sido el primero en desviar la vista, pero ahora no sentía ganas de hacerlo. Porque Ayaha, recuperando su expresión fuerte, dejaba aflorar un sentimiento que Tatsumi veía por primera vez.

—Yo derrotaré a todos los enemigos. Y entonces, regresaré triunfante a mi tierra natal. En ese momento, puedo llevarte conmigo si quieres. Es un buen lugar, siempre que no haya guerra. A diferencia de este pueblo estrecho, allá se extiende un paisaje dorado donde los cultivos maduran hasta el horizonte...

En la comisura de los labios de Ayaha se dibujó una pequeña sonrisa.

Ayaha sonriendo atrajo la mirada de Tatsumi más que cualquier otro gesto anterior. Era puramente hermosa. Increíblemente hermosa.

Tatsumi siguió caminando sin palabras, con el rostro vuelto hacia Ayaha, que venía detrás de él. Si no chocó contra un poste de luz fue porque Nekoko tiró de su mano, aunque él ni se dio cuenta.

Quien se percató primero fue Ayaha. Al notar que Tatsumi la miraba fijamente y comprender que el motivo era su sonrisa, Ayaha recuperó de inmediato su expresión seria.

—¿Qué miras tanto? ¡Eeh, cierra la boca! Deja de ponerme esos ojos redondos. Es desagradable. Mira hacia adelante de una vez.

—Ah... perdón.

Disculpándose sin saber bien por qué, Tatsumi hizo lo que le pidieron. Y, para que Ayaha no lo notara, sonrió para sus adentros. Nekoko soltó una risita: “ehe”.

El silencio comenzó de nuevo, pero esta vez era una mudez bastante reconfortante.

Después de la cena, llegó el momento del baño. Gracias a las exigencias de Tsunami, el departamento tenía tina. Por supuesto, la primera en bañarse fue Tsunami, y después Ayaha se dirigió al baño. Ni siquiera ella intentó meter a Tatsumi al estrecho cuarto de baño; simplemente declaró “saldré en tres minutos” y desapareció en el vestidor.

Mientras tanto, Tatsumi decidió terminar de lavar los platos con Nekoko como ayudante. Tras lavarlos, le pasaba a Nekoko los platos y cuencos cuyas gotas de agua había secado con un paño. Nekoko los guardaba en la alacena con movimientos torpes, pero durante un rato todo avanzó sin problemas. Sin embargo, un plato hondo y grande resbaló de las manos de Nekoko mientras lo sostenía de forma inestable.

—¡Uaa, uaaah! —gritó Nekoko alegremente, mientras el plato caía con estrépito al suelo.

—¡Ah! Cuidado... —exclamó Tatsumi también. Por suerte, el plato era resistente y no se rompió al caer. Mientras Tatsumi suspiraba aliviado...

¡Pum!

La puerta del vestidor se abrió con fuerza.

—¿Qué pasó?!

Ayaha salió disparada a toda velocidad. Vestida únicamente con una toalla de baño enrollada al cuerpo, gritó:

—¿Un ataque enemigo?!

—No, bueno... —Tatsumi, en la misma postura que tenía para recoger el plato, se quedó embobado con la figura de Ayaha—... solo se nos cayó un plato...

Ayaha, con el agua goteando de las puntas de su cabello, miró a Tatsumi y a Nekoko con severidad.

—No griten de forma tan confusa. Solo por un simple plato.

Fue entonces cuando finalmente se dio cuenta de que solo llevaba envuelto un trozo rectangular de tela y de que los ojos de Tatsumi vagaban de un lado a otro, totalmente desorientados.



—¡E-estúpido! ¡¿Qué crees que estás mirando?!

Se dio la vuelta de un golpe y regresó a toda velocidad al cuarto de baño, por lo que no pude ver bien el cambio en el color de su rostro. Pero juraría que estaba un poco roja... Aunque quizás solo era porque acababa de salir del baño.

Tatsumi se quedó contemplando las gotas y las huellas que Ayaha había dejado en el suelo, recordando aquella imagen de ella que difícilmente olvidaría pronto, cuando...

—Onii-chaaan.

Nekoko tomó el plato de las manos de Tatsumi y, con un brillo alegre en sus grandes ojos, dijo:

—¡Vamos al baño juntos! Yo te lavaré la espalda.

Parecía que tener a Nekoko como compañera de baño estaba por convertirse en su rutina diaria.

Después del baño, Tatsumi estaba ayudando a Nekoko a ponerse el pijama en la habitación que les habían asignado. Tenía curiosidad por saber qué clase de conversación estarían teniendo Ayaha y su hermana en la habitación de al lado, pero lo único que quedaba por hacer hoy era quedarse dormido.

El pijama nuevo que alguien había traído era de la talla perfecta para Nekoko; ataviada con el conjunto de flores, se lanzó sobre el futón extendido y agitó manos y pies con alegría.

—¿Esto es un futón? Es muy esponjoso. Se siente bien.

Al verla así, era fácil olvidar que esta chica pequeña y animada era en realidad un arma humanoide capaz de autodestruirse.

Mientras Tatsumi se sentaba en su propio futón y ponía la alarma del reloj...

—Onii-chan, ¿puedo abrir la ventana?

Nekoko se puso de pie de un salto y señaló el ventanal con una sonrisa.

—Está bien, pero ¿para qué? Todavía hace un poco de frío para disfrutar del viento nocturno después de bañarse.

—Terminaré enseguida. Es para dar el informe periódico.

Tatsumi abrió la ventana de par en par. La brisa de primavera sopló templada hacia el interior, agitando los bordes de las sábanas.

Nekoko apoyó las manos en el riel del marco y se puso de puntillas para mirar el cielo nocturno. Entre su cabello aún húmedo, un mechón se elevó como si fuera una antena.

—Voy a subir lo que pasó hoy a mi país de origen. Registraré mi información en la base de datos y descargaré información nueva.

Nekoko cerró los ojos y orientó su rostro hacia el cielo con un gesto felino. Tatsumi no tenía idea de qué clase de ondas electromagnéticas estaba intercambiando, pero en ese momento, Nekoko parecía realmente un gato.

Observando aquel mechón antena que vibraba como los bigotes de un felino, Tatsumi preguntó:

—Oye, Nekoko. ¿Cómo es tu país? ¿También está en guerra?

—Mmm. No lo sé muy bien. Nací en una fábrica. Había muchas máquinas y muchísima más gente.

Como si la comunicación hubiera terminado, Nekoko se alejó de la ventana y se sentó de golpe.

—A los únicos que conozco es a mis amigos de la misma serie FRF. Hablábamos mucho. Decíamos que ojalá nos tocara un buen onii-chan. Por eso, soy feliz. Porque tú eres un buen onii-chan.

Se refería a él. Ese “onii-chan”.

Ciertamente, no eran pocas las veces que Tatsumi había pensado que le gustaría tener una hermana menor. Sería mentira decir que no quería una. Y Nekoko se comportaba como una hermana más que una de verdad. Con ella tan apegada a él, Tatsumi, que de por sí era blando de corazón, no tenía escapatoria.

—¿Nos dormimos ya?

—Siiií.

Tatsumi cerró la ventana, arrojó a Nekoko, apagó la luz y se metió en su propio futón.

Se preguntó qué estaría haciendo Ayaha al lado. ¿Seguiría despierta diciendo que le tocaba hacer guardia nocturna? Mientras lo pensaba, cayó profundamente dormido.

第5章

Capítulo 5

Al día siguiente.

Por la mañana, Tatsumi se despertó justo antes de que sonara la alarma y sonrió ante la mala postura de Nekoko al dormir. La niña se había salido del futón y rodado hasta la esquina de la habitación, donde dormía plácidamente bocarriba, soltando ronquidos. No había ni rastro de un arma en su apariencia.

—Vaya, buenos días.

Al abrir la puerta corrediza que daba a la sala, se encontró a Ayaha ya sentada de brazos cruzados. Como era de esperarse, se veía algo soñolienta. Parecía que no había dormido en toda la noche o que, de haberlo hecho, le faltaban horas de sueño.

—Ah. Hum.

Ayaha se limitó a decir eso y desvió la mirada.

Mientras Tatsumi preparaba el desayuno, Tsunami también se levantó. Ella, sin decir palabra, fue directo al lavabo y, para cuando regresó, Tatsumi ya empezaba a servir las tostadas y la ensalada con huevos con jamón sobre la mesa baja. Era la escena habitual de los desayunos en la casa Asanagi. Aunque el lugar hubiera cambiado, no había gran diferencia.

Por cierto, Nekoko no se despertaba a menos que la llamaran. Y si no la ayudaban a vestirse, se quedaba atascada eternamente. Al parecer, había asumido que así es como funcionaban las cosas normalmente. Ayaha tampoco se molestó por ello y comió en silencio el desayuno que Tatsumi preparó. Que no dijera si estaba rico o no, no era algo que hubiera empezado esta mañana, así que a Tatsumi no le importaba en absoluto. Para él, cocinar era algo cotidiano que hacía cada día, no algo especial.

Terminado el desayuno, Tatsumi se puso manos a la obra con la preparación del bento. Usando principalmente las sobras de la noche anterior y añadiendo un par de guarniciones más, preparó solo el de su hermana, cuidando el equilibrio nutricional. En realidad, debería haber hecho el suyo también, pero no tenían cajas de bento para Ayaha y Nekoko. El sentimiento de Tatsumi le impedía comer solo mientras las dejaba a ellas de lado. “Hoy compraré cajas para ellas”, pensó.

—Gracias, Tatsumi.

Tsunami tomó su bento.

—Yo me adelanto. Que no se les haga tarde para clase. ¿Entendido?

Y salió gallardamente de la habitación del departamento.

Aún faltaba tiempo para la hora de entrada. Mientras Tatsumi bebía té en la mesa...

—Tatsumi, hay algo que quiero preguntarte.

Ayaha lo miraba fijamente con sus ojos severos.

—Sobre tu hermana... hum. ¿Cómo decirlo? Bueno ella es un poco... peculiar.

Tatsumi pensó que “un poco” era quedarse corto, pero asintió sin dudar.

—Bueno... sí. Es bastante rara, supongo. Siempre ha sido así.

—Comparada conmigo, ¿quién es más extraña?

—¿Eh? ¿A qué viene eso?

—Es decir...

Ayaha amagó con hablar, mostró un gesto de duda y luego, con un tono decidido, dijo:

—Me gustaría plantearte una interrogante, ¿está bien?

—¿Qué pasa? ¿Por qué tanta formalidad?

—Lo diré sin rodeos. Mi forma de hablar... es decir, ¿podría ser que, por casualidad, resulte algo extraña? Al no ser mi lengua materna, no logro distinguirlo bien por mí misma.

Tatsumi se sorprendió. ¿Acaso el tono prepotente de Ayaha no era natural en ella?

—¿Por qué me lo preguntas ahora?

—Tú y tu hermana no dicen nada, pero los demás... me refiero a la gente de tu escuela de ayer. Hubo muchos que pusieron caras raras con solo oírme decir un par de frases. He empezado a pensar que quizás hubo algún problema con el aprendizaje lingüístico que realicé antes de venir aquí. Los materiales de referencia eran escasos en cantidad y posiblemente carecían de precisión. El oficial de traducción aseguró que eran suficientes, pero como no era un hombre muy digno de confianza, me quedé con la duda.

La imaginación de Tatsumi empezó a volar.

“Tú y tu hermana no dicen nada... pero los demás, bueno, pusieron caras raras cuando hablé con ellos en la escuela. Me pregunto si me enseñaron mal el idioma antes de venir. Los libros que usé eran pocos y no estoy segura de si eran correctos. El profesor decía que estaban bien, pero era un poco descuidado, así que me preocupa”.

Tal vez ella creía estar diciendo algo así. Sin embargo, en cuanto abrió la boca:

—¿Cómo es? Mi pronunciación y mis giros lingüísticos deberían ser capaces de transmitir mi mensaje correctamente. Hasta ahora creía haberme comunicado bien contigo, pero si acaso existe alguna discrepancia en nuestras interpretaciones, debo corregirla de inmediato.

Su tono seguía siendo el de alguien que te sermonea desde una posición de superioridad. Tatsumi sacudió la cabeza.

—No, bueno, creo que lo que dices se entiende perfectamente. Las palabras no están mal... Pero, a ver, cómo decirlo... es solo que tu forma de hablar no es muy común que digamos... —aventuró Tatsumi con timidez—. Mmm, si fuera posible, creo que me gustaría que usaras, bueno, una forma de hablar más propia de una chica, por así decirlo.

Ayaha le devolvió un asentimiento solemne.

—No te preocupes. Si se entiende, me basta. Ni siquiera yo, aunque comprendo el significado de tus palabras, sé si tu forma de hablar es común o no. Tu forma de hablar y la de tu hermana son bastante distintas, pero no parece que una sea más correcta que la otra. Si el significado se transmite con precisión, no hay por qué obsesionarse con la etiqueta. Me quedo más tranquila.

No había servido de nada.

—Oye...

Tatsumi dudó sobre si debería enseñarle el uso de honoríficos, el lenguaje humilde o la diferencia entre el habla masculina y femenina, pero empezó a agobiarse pensando en cómo diablos explicarle todo eso. Para empezar, quizá debería pedirle que dejara de llamarlo “tú” (omae). Pero a él no le molestaba, a su hermana le daba igual y, a estas alturas, se sentía un poco tarde...

Mientras Tatsumi gemía pensativo, Ayaha le lanzó una mirada como si estuviera viendo algo bizarro.

—¿En qué estás pensando? No estarás planeando aprovecharte de mi ignorancia lingüística para enseñarme palabras obscenas de este país y hacérmelas decir, ¿verdad? Te advierto una cosa: ya he estudiado casi todos los términos de esa índole.

“Entonces, ¿qué fue lo de ayer?”, quiso replicar Tatsumi, pero se obligó a cerrar la boca y se limitó a asentir vagamente.

—Chapu, chapu...

Tatsumi terminó de beber el contenido de su taza mientras observaba a Nekoko, subida sobre una caja de madera, lavando los platos en el fregadero. Ya era hora de ir a la escuela.

Al salir del departamento, los tres caminaron juntos hacia la escuela, tal como ayer. Y, tal como ayer, fueron emboscados.

—¡Te-rya!

Quien lanzó un tajo descendente por sorpresa desde una esquina fue, de nuevo, la chica de la espada de madera, cabello rubio y coleta lateral. No hizo falta que Tatsumi retrocediera. La punta de la espada no apuntaba ni a él ni a Nekoko.

Gatun.

Ayaha detuvo la espada de madera con su muñeca izquierda y frunció el ceño.

—Otra vez tú. Qué insistente. Si quieres jugar, deberías volver a tu país y hacerlo con tus camaradas.

—¡Ja!

Hime, la chica de la espada de madera, la giró rápidamente y exclamó:

—¡Mira quién habla! ¡Ayer diste un espectáculo lamentable! ¡Tardaste demasiado con un solo familiar de baja categoría! ¡Eres pura fachada!

Detrás de Hime, que gritaba así, apareció de pronto la mujer de gafas con traje de sirvienta. Observaba la espalda de su señora con una sonrisa cálida, como quien mira a una hermana menor mucho más pequeña, y luego dirigió la mirada hacia Tatsumi para hacer una elegante reverencia.

Tatsumi, por inercia, iba a bajar la cabeza cuando Ayaha le agarró la nuca con fuerza. Mientras lo obligaba a enderezarse, dijo:

—Tatsumi. No hace falta que saludes a este tipo de gente. Mantente más firme.

Ayaha habló con tono molesto y dirigió una mirada de irritación hacia Hime.

—Así que nos estabas observando. Solo observando, nada más. No tienes derecho a criticarme cuando tú no moviste ni un dedo. Ni siquiera yo enfrenté a esos “Magos de Falmtai” de espíritu corrompido por gusto. Si quieren pelear, háganlo ustedes. No los detendré.

—¡Hum! —Hime hacía girar la espada de madera en sus manos—. ¡A mí tampoco me apetece involucrarme con gente así! ¡Pero te pega mucho, Ayaha! ¡Como son de la misma clase baja, deberían estar dándose golpes por ahí!

Para Tatsumi, la voz de Hime sonaba casi como un berrinche, aunque ciertamente tenía mucha energía. Las cejas de Ayaha dibujaron un arco cada vez más peligroso.

—No te burles más de mí. De lo contrario, acabaré contigo aquí mismo.

—¡Inténtalo si puedes! —Hime sacó su plano pecho de forma provocativa. Mostraba una sonrisa desafiante—. Sería más rápido así. ¡Una tipa como tú debería recibir una paliza de mi parte y volverse a su país lloriqueando! ¡Y no te creas tanto solo porque tienes un cuerpo un poco más erótico que el mío!

—Cállate, cuerpo de niña.

El contraataque verbal de Ayaha fue fulminante.

—¡¿C-c-c-cómo...?! ¡Lo dijiste! ¡Dijiste lo que no debías! ¡¿Esas palabras salieron de tu boca?!

A Hime le empezó a salir vapor de la cabeza de inmediato.

—¡Ya me harté! ¡Si es así, me llevaré a ese Asanagi bajo mi custodia aunque sea por la fuerza! ¡¿Verdad, Sumiredai?!

—Vaya —Sumiredai se ajustó el puente de las gafas con una mano mientras sonreía levemente—. Me pregunto qué tal sería eso. No recuerdo que en la misión que recibimos figurara el apartado de “entrar en conflicto con el Espíritu Aprillis”. Por mi parte, no puedo más que decir que me resulta difícil estar de acuerdo.

Tras frenarla suavemente, Sumiredai le lanzó una sonrisa directa a Tatsumi.

—Sin embargo, si Asanagi-san dice que desea venir con nosotras por voluntad propia, yo tampoco me negaré. ¿Qué dice usted, Tatsumi-san? Por supuesto, esa linda jovencita también puede venir con nosotros.

Sumiredai le dedicó una sonrisa a Nekoko y le guiñó un ojo a Tatsumi de forma tentadora. Nekoko, aferrada a Tatsumi, respondió:

—¿Soy linda? ¡Muchas gracias! ¡Yo seguiré a mi onii-chan a todas partes!

—Eeeh... —Tatsumi se rascó la cabeza mientras comparaba a las dos chicas enfrentadas. Ayaha, que se veía sumamente molesta, e Hime, que no perdía su expresión insolente. Y sumado a eso, la sirvienta Sumiredai.

—Por supuesto que no —dijo Ayaha con desdén al ver que Tatsumi se quedaba sin palabras—. Yo soy quien protege a este hombre. No tengo intención de cedérselo a nadie. Me resulta indignante tener que luchar junto a la muñeca-arma de los “Científicos”, pero si es parte de la misión, no queda de otra. No pienso entregarles a Tatsumi solo porque llegaron tarde.

—¿Y cuál es la voluntad de Tatsumi-san? —Sumiredai sonrió con suavidad—. ¿Desea seguir así? ¿Continuar junto a Ayaha-san de ahora en adelante?

—¿Mi voluntad... dice?

Como parecía que le estaban preguntando a él, Tatsumi empezó a buscar una respuesta.

De pronto, me di cuenta de que los ojos de todos los presentes estaban centrados en mí. Se sentía un ambiente en el que no me perdonarían si no decía algo ingenioso, pero lo que más me inquietaba era la mirada de Ayaha.

Me observaba con fijeza, como siempre, pero ¿habría sido una ilusión mía pensar que en sus ojos se mezclaba, aunque fuera mínimamente, un rastro de temor?

Sea como sea, respondí:

—Para mí está bien como hasta ahora.

Sentí que la tensión en el aire, específicamente la de Ayaha, se relajaba un poco.

—Ya tenemos un lugar donde vivir... Además, no sé nada de ustedes, así que prefiero a Ayaha...

Me tragué la palabra “antes que a ti”. Pensé que no era apropiada. Sí, ya no estábamos en un nivel tan superficial; ya empezaba a sentir cierto cariño por ella.

—E-esto... sí, está bien. Por ahora.

—Ya veo. Sí, supongo que es lógico —asintió Sumiredai como si estuviera convencida—. Hime, tal como dice Tatsumi-san, parece que no somos bienvenidas aquí por el momento. Lo mejor será esperar pacientemente nuestro turno.

—¿¡Qué va a ser mejor?! ¡Sumiredai, tonta!

Hime empezó a agitar su espada de madera como una niña pequeña.

—¡Soy más fuerte que Ayaha! ¡Si hablo en serio, no perdería jamás de los jamases! ¡Y sin embargo...! ¡Sin embargo...!

—Ya, ya. Yo soy quien mejor sabe lo fuerte que eres, Hime. No te preocupes. Esto no es cuestión de tener más o menos habilidad, sino más bien un problema de los gustos personales de Tatsumi-san.

—¿Qué es eso de los gustos? ¡Si yo soy más hermosa!

Hime seguía siendo tan insolente como siempre. Las cejas de Ayaha subieron un grado más hacia arriba.

—Sí, yo siempre quedo maravillada ante tu belleza, Hime, pero los gustos de los caballeros varían mucho dependiendo de la época y del mundo. Contra eso, no hay nada que hacer.

—¡Qué mal gusto tiene!

Al ser sentenciado así, me quedé cohibido, pero me preocupaba la expresión de Ayaha. Sin embargo, ella se mantenía imperturbable, con su rostro de ira gélida, limitándose a fulminar a Hime con la mirada.

—¡Está bien!

Sin saber qué era lo que estaba bien, Hime bajó su espada de madera y dirigió a Ayaha una mirada cargada de hostilidad.

—¡Ojalá te derroten pronto esos “Magos de Falmtai”! ¡Cuando eso pase, yo me haré cargo de tu trabajo! ¡Tonta, tonta, tonta!

Hime pateó dos o tres veces, levantó la barbilla con altanería y les dio la espalda. Se marchó caminando con pisadas fuertes, haciendo ruido a propósito.

—Siento mucho esto, Ayaha-san.

Sumiredai se inclinó a modo de disculpa con una sonrisa amable.

—No lo hace con mala intención. Es que ella es así. Por favor, compéndalo.

—Lo sé —respondió Ayaha con fastidio—. Es la misma de siempre. Ni siquiera me enoja. Pero resulta molesta. Sumiredai, tú también deberías desaparecer de mi vista cuanto antes. Pasar tiempo en vano no es provechoso para ninguna de las dos.

—Tiene toda la razón. Con su permiso.

Sumiredai hizo una nueva reverencia y comenzó a seguir a Hime, quien se alejaba indignada. No llevaba prisa; caminaba con un paso lento y pausado.

Exhalé el aire lentamente. Recordé lo de la librería ayer. Comparadas con el joven exhausto y la niña de belleza inquietante, estas dos parecían más accesibles, pero su verdadera identidad era igual de desconocida. No obstante, no tenía intención de cambiar de bando. Fuera cual fuera su origen, tras pasar un par de días con ellas, al menos empezaba a comprender su carácter. Las palabras de Ayaha y Nekoko sobre protegerme no eran mentira.

Sin saber qué pensaba de mi silencio, Ayaha habló sin dejar de mirar al frente.

—Tatsumi. No hace falta que te preocupes por mí.

—¿Eh? ¿De qué hablas?

—Digo que, si crees que no soy suficiente como tu guardiana, puedes correr al lado de los “Espíritus de la Espada” en cualquier momento. Ellos no me agradan, pero si para ti es distinto...

—Está bien —dije. Al sentir que podíamos tener una conversación normal, me puse un poco alegre—. Prefiero quedarme contigo. Eh... y con Nekoko también —añadí por consideración—. Si estuviera con esas personas de recién, creo que terminaría agotado mentalmente.

Le dediqué una sonrisa a Ayaha. A decir verdad, no es que estar con Ayaha y Nekoko no fuera agotador, pero la capacidad de adaptación humana es temible. A pesar de haber pasado solo una noche juntos en aquel departamento destartado, ya me parecía que aquello era lo normal.

—Ya veo.

Esperar que sonriera con alegría fue un error. Ayaha mantuvo su rostro serio y formal.

—Entonces está bien.

Su respuesta fue corta y seca. Ayaha empezó a caminar en silencio y yo la seguí. Sobre el camino escolar marcado con la señal de bicicletas, tres siluetas de distintos tamaños comenzaron a avanzar bañadas por la luz de la mañana.

Hime estaba apoyada en un poste de luz, esperando a que su compañera la alcanzara. Tenía los brazos cruzados con gesto solemne, y su arma, la espada de madera, yacía tirada en el suelo descuidadamente.

—Sumiredai, esto no me gusta nada. Pero nada de nada. Ni a nivel personal, ni como “Espíritu de la Espada”.

Hime mostraba un gesto de total disgusto.

—Pero lo que me molesta aún más es la orden que me dieron.

—Me lo imagino —respondió Sumiredai mientras recogía la espada de madera.

—Si no fuera por eso, no habrías atacado con semejante pedazo de leña. Si Hime intentara atacar a Ayaha-san en serio, sacaría la espada sacra y verdadera.

—La verdad, es lo que quisiera hacer —Hime soltó un largo suspiro—. Pero si hiciera algo así, tú me detendrías, ¿verdad, Sumiredai?

Sumiredai no respondió; se limitó a sonreír con parsimonia. Hime frunció el ceño y suspiró con irritación.

—Ese tal Asanagi Tatsumi... ¿quién demonios es? ¿Por qué tenemos que proteger desesperadamente a alguien tan insignificante? ¿Es que los “Espíritus Aprillis” son todos idiotas?

—Ignoro qué significado tiene proteger a ese caballero, pero Ayaha-san solo está cumpliendo con su misión. Seguramente los “Magos de Falmtei” también. ¿Acaso no nos ocurre lo mismo a nosotras?

—¡Eso es precisamente lo que digo que no me gusta!

Hime tomó la espada de madera que Sumiredai le ofrecía y golpeó el asfalto con la punta.

—Ellos todavía tienen pase. Puede que solo estén usando a Asanagi como excusa para jugar. Pero, Sumiredai, ¿y nosotras? ¡¿Por qué estamos en un lugar como este?!

La acompañante de Hime mostró una sonrisa tranquilizadora.

—¿Gusta que le recite de nuevo nuestro trabajo?

—Me lo sé de memoria, así que ahórratelo. A decir verdad, me dan ganas de olvidarlo y moverme a mi antojo.

Totalmente huraña, Hime empezó a golpear la espada de madera contra un poste de luz.

—¡¿Por qué?! ¡¿Por qué tenemos que hacer de guardaespaldas de Ayaha?! ¿Y además qué? “Ayuden lo menos posible y solo intervengan si Ayaha está a punto de morir”... ¡¿Qué clase de orden es esa?! ¡Es demasiado ambigua! ¡¿Cuál se supone que es nuestra posición en todo esto?!

—Aun así, me pareció excesivo que la atacara por pura frustración. Aunque bueno, tanto usted como Ayaha-san solo estaban jugueteando.

Sumiredai carraspeó levemente.

—Coincido con su opinión, Hime, pero esto debe ser parte de algún plan importante. Es una instrucción que llegó directamente de la Unión de Naciones. Es solo una suposición mía, pero creo que tanto Ayaha-san como los “Magos” también están siguiendo órdenes sin entenderlas del todo.

—¿No será que todos son idiotas?

Sumiredai se ajustó el puente de las gafas con el dedo.

—No tenemos forma de conocer las intenciones del Consejo. Sin embargo, es seguro que Asanagi-san no es el joven insignificante que aparenta ser. De lo contrario, lo que estamos haciendo carecería de sentido por completo.

—¿Qué tiene ese tipo de especial? Se mire por donde se mire, es un simple “Sin Facción”. Parece que fuera a morir en cualquier momento.

—Para que eso no ocurra, un “Espíritu” y un arma de los “Magos” lo custodian.

—Pero, perdón que lo diga, con Ayaha es totalmente imposible. Sumiredai, tú conoces su origen, ¿no? Entre los “Espíritus”, los Bluebeggar son de rango bajo. Si se trata de escoltar a alguien importante, hay muchos clanes con “Elf-streak” mucho más poderosos. Como los Will o los Spriggan. Tú misma estarías mucho más capacitada, Sumiredai. ¿Por qué enviaron a alguien que solo sirve para el combate cuerpo a cuerpo?

—Quién sabe, quizás juzgaron que era suficiente. Los enemigos son los “Magos de Falmtei” y el “Dios Malvado Zu-L”... me pregunto de qué lado estarán los “Ángeles Teishuly” y los “No-muertos de Azarl”. Nosotras parecemos ser el contrapeso.

—Eso también me revienta. Me dan ganas de actuar por mi cuenta y volverme su enemiga.

—¿Está bromeando?

Al notar un matiz sutilmente firme dentro de aquella sonrisa amable, Hime guardó silencio.

En cuanto Tatsumi, Ayaha y Nekoko entraron en el aula, el aire estancado cambió de forma evidente.

Zawa.

No es que aumentara el bullicio, sino que más bien se hizo el silencio, pero en los oídos de Tatsumi resonó claramente un efecto de sonido similar al de las olas en la orilla.

La atmósfera del salón era la misma de ayer. La disposición de los pupitres también. Al lado de la mesa de Tatsumi, el pupitre de Ayaha estaba pegado milimétricamente, y alrededor de ellos había una zona vacía, como si esos dos muebles fueran objetos que irradiaran una calamidad. En pocas palabras, era una formación bastante antinatural.

Ayaha, que cruzó el umbral antes que Tatsumi, recorrió el salón con una mirada afilada. Al ver que sus compañeros de clase miraban hacia cualquier parte con tal de no cruzar la mirada con ellos, a Tatsumi se le oprimió el pecho.

Si fuera posible, le gustaría que Ayaha se llevara bien con los demás. No pedía que se volvieran amigos íntimos; era el pequeño deseo de que lograra mezclarse en el aula como una compañera más.

—Ayaha, ¿por qué no saludas al menos? Un “buenos días” o algo así.

—¿A quién? ¿A estos? Podría haber un enemigo infiltrado entre ellos. Si lo hubiera, me verían como alguien sumamente descuidada. No tengo intención de ser el hazmerreír de nadie.

Decepcionado por la respuesta de Ayaha, Tatsumi observó discretamente el salón. No había rastro de Ishimaru, a quien ayer enviaron dos veces a la enfermería. “Ojalá haya podido venir

a clase sin problemas”, pensaba, cuando notó que Chinatsu Morimura, sentada junto a la ventana, le hacía señas con la mano.

—Ayaha, ¿puedes sentarte ya?

—Por supuesto. Pero siéntate tú también. No permitiré que actúes por tu cuenta.

Ayaha sujetó a Tatsumi de la muñeca y se dirigió a los pupitres contiguos. La fuerza de su mano transmitía la determinación de no separarse de él ni un segundo. Como Nekoko estaba agarrada al cinturón de Tatsumi, los dos fueron arrastrados a la vez.

Tatsumi levantó una mano frente a su rostro para hacerle una seña visual a Chinatsu.

Chinatsu esbozó una pequeña sonrisa, extendió ambas manos y sacudió la cabeza. Su rostro parecía decir: “No tienes remedio”. Tenía razón.

Además, Chinatsu movió los dedos como si estuviera escribiendo letras en el aire. Tras observar el suave baile de sus yemas, Tatsumi le envió una señal de conformidad.

—*Tengo algo que decirte. Bueno, ya buscaremos el momento.* —*Entendido. Creo que de alguna forma me las arreglaré.*

Si se decodificara el lenguaje corporal intercambiado con Chinatsu, el resultado sería algo así. Junto con Ishimaru Fumichiro, ella era la compañera de clase con la que mejor se entendía. Y no, definitivamente no era “su chica” en el sentido romántico.

Incluso sentada en su silla, Ayaha emanaba una aura picante y tensa. Parecía dispuesta a responder al instante sin importar de dónde apareciera un enemigo en un radio de 360 grados. Sin embargo, esto era la escuela y los que estaban alrededor eran solo estudiantes conocidos por Tatsumi; por mucho que recordara al extraño joven y a la niña de ayer, no creía que fueran a aparecer de repente en un lugar así para usar magia misteriosa. Tatsumi sentía que, por muy locos que estuvieran, tendrían al menos ese mínimo de sentido común.

Habría que decir que el propio Tatsumi era bastante ingenuo por pensar eso, teniendo a su lado a Ayaha y Nekoko, dos personas para las que el sentido común no existía.

Pero faltaba un poco de tiempo para que Tatsumi se diera cuenta de ello. No sería de inmediato, aunque tampoco en un futuro lejano. Concretamente, era algo que pasaría mañana.

Tsunami apareció para la reunión matutina, terminó de dar los avisos del día con su habitual desgana y salió rápido del salón. Ni siquiera pasó lista y no hizo mención alguna a Ayaha y Nekoko, quienes técnicamente eran ajenas a la institución. Su comportamiento de principio a fin sugería que con la explicación de ayer ya estaba todo dicho.

En cuanto a Ayaha y Nekoko, se comportaban igual que el día anterior. Ayaha vigilaba atentamente justo al lado de Tatsumi, mientras que Nekoko se agazapaba en la última fila del salón abrazando un cañón Gatling (cuyo origen y momento de aparición seguían siendo un misterio).

El profesor de Matemáticas I, la primera clase del día, entró al aula con cara de resignación y comenzó la lección intentando ignorar en la medida de lo posible a las dos chicas tan peculiares. Y tal como Tatsumi predijo, antes de que pasaran diez minutos de explicaciones sobre sucesiones aburridas, Ayaha empezó a cabecear y su cuello comenzó a tambalearse.

Tatsumi la observó de reojo. Los ojos de Ayaha eran ya casi dos líneas finas. Al parecer, o bien se había quedado haciendo guardia anoche, o el insomnio y el cansancio acumulado le estaban pasando factura.

Finalmente, Ayaha no pudo aguantar más y se desplomó sobre el pupitre. Era de esperar. Las clases del profesor de matemáticas, famoso entre los alumnos como “el profesor hipnotista”, provocaban un sueño considerable incluso en el resto de los compañeros. Para Ayaha, que probablemente no tenía intención alguna de atender, aquello no era más que pura hipnosis.

Ayaha cerró los ojos soltando una respiración silenciosa. Viéndola así, nadie creería que era una habitante de otro mundo con poderes misteriosos. Nadie intentó despertarla. Tanto el profesor como los alumnos, como si se hubieran puesto de acuerdo, ignoraron a Ayaha y evitaron mirar a Nekoko, que seguía apuntando con su arma pesada desde el fondo.

Incluso cuando sonó el timbre que anunciaba el fin de la primera hora, Ayaha no despertó. Tatsumi se quedó mirando su rostro mientras dormía y estuvo a punto de sonreír. Aquella valiente y adorable chica que, con un tono rígido y total seriedad, no dejaba de decir que lo protegería y que había luchado contra la chica de la espada de madera y el familiar de aquel extraño mago, se había transformado ahora en una simple niña encantadora sin rastro de beligerancia.

“Después de todo, se estaba forzando demasiado”, pensó Tatsumi. Estaba sumido en ese sentimiento protector cuando alguien le tocó el hombro, devolviéndolo a la realidad.

—Asanagi-kun, ¿tienes un momento?

Chinatsu Morimura le hablaba guiñando un ojo.

—¿Qué pasa? —respondió él con calma.

Chinatsu bajó la voz y le dijo:

—¿Cómo que “qué pasa”? Asanagi-kun, ¿eres consciente de la situación?

Dicho así, Tatsumi empezó a perder la confianza.

—No creo que sea el momento de quedarse embobado mirando lo linda que se ve una chica durmiendo.

Ciertamente, ahora que ella lo decía, Tatsumi sintió que tenía razón.

—Mira, yo no tengo intención de meterme en los detalles de tu situación con esta chica o con esa otra que parece un gato —dijo Chinatsu con una sonrisa elegante—. Pero esta clase también es nuestra clase. No me importa si esta tal Ayaha-san es una transferida o lo que sea, pero mira este ambiente.

Tatsumi recorrió el aula con la mirada y volvió a fijarse en el rostro de Chinatsu.

—Sí... No es muy bueno, ¿verdad?

En un entorno donde si te acercabas por error a Ayaha podías terminar volando de un golpe sin previo aviso, solo alguien con tendencias masoquistas podría estar tranquilo. Por todas partes se escuchaban conversaciones en susurros y miradas de molestia se concentraban en Ayaha. Como habían aprendido que despertarla a gritos traería problemas, se limitaban a hablar en voz muy baja, lo que daba la impresión de que estaban criticándola.

Las miradas de los compañeros también recaían sobre Nekoko; o más bien, se centraban en el arma de brillo oscuro que ella sostenía.

—No es que no sea “muy bueno”, es que es fatal —susurró Chinatsu, manteniendo una distancia prudencial—. A mí me gusta bastante esta clase. Chicos y chicas se llevaban bien sin distinciones, y teníamos a gente alegre como Ishimaru-kun que nos hacía reír. Pero desde que llegó esta Ayaha-san, todo es un caos. ¿No puedes hacer algo?

—Uhm... —Tatsumi se quedó pensativo.

Ya había tenido suficiente ayer con ver a Ayaha reaccionando de forma exagerada y golpeando a compañeros y superiores inocentes. Y encima, la razón de todo era protegerlo a él. Era lógico que los demás juzgaran que parte de la responsabilidad recaía sobre Tatsumi. Por eso Chinatsu había venido a darle un toque de atención.

—Entendido. Haré algo.

“Si hablo con ella y trato de convencerla, seguro que hasta Ayaha lo entenderá”, pensó él. Pero al responder con esa esperanza, Chinatsu le lanzó una mirada que sugería que no esperaba absolutamente nada de sus esfuerzos.

—Asanagi-kun. Decir que vas a hacer algo es fácil. El problema es qué vas a hacer y cómo. Es peligroso comprometerse sin tener una idea concreta. Si fueras alguien con mucho talento, quizás realmente lo solucionarías para la fecha límite, pero no quiero esperar tanto de ti.

Aquello era prácticamente un insulto sutil, pero a Tatsumi no le importó. Él mismo no creía tener ningún tipo de talento, en ningún sentido. Incluso si tuviera un talento oculto, mientras no se manifestara, era como si no existiera.

—Bueno, cuento contigo —dijo Chinatsu dándole una palmada despreocupada en el hombro antes de regresar a su asiento.

Ese día, Ayaha siguió durmiendo hasta después de clase y, como resultado, el aula terminó la jornada en paz. Dado que Nekoko había estado sonriendo en el fondo del salón mientras cargaba una ametralladora pesada y su robusto cargador, podría decirse que se había establecido una división de tareas mediante una cooperación silenciosa: Ayaha se encargaba del camino de ida y vuelta y de las noches, y Nekoko de la estancia en la escuela.

“Me alegro de que no haya pasado nada”, pensó Tatsumi con sinceridad. No quería convertir la escuela en una ruina, tal como pasó con su casa o la librería. Si algo así ocurriera, se ganaría el odio de todo el alumnado. Aunque hubiera quienes se alegraran, serían una minoría. En cualquier época, las voces de las minorías difícilmente llegan a las esferas superiores, y a decir verdad, Tatsumi también era parte de la mayoría. A él le gustaba esta escuela.

—Ayaha, vámonos a casa.

Tras dudar un poco, sacudió el hombro de la chica, que seguía durmiendo profundamente. La reacción fue violenta.

—¡Muuh!

Ayaha saltó al instante, tirando la silla de una patada al levantarse. Adoptó una postura de combate apuntando con el puño a Tatsumi, pero se quedó petrificada justo a tiempo.

—¡Ah! ¿Qué ha pasado? Esto es...

Confirmó con semblante serio la luz del atardecer que entraba por la ventana.

—¡Maldición! ¡No puede ser que yo me haya quedado dormida hasta ahora! ¡Tatsumi! ¡¿Por qué no me despertaste?!

—Es que... te veías tan a gusto durmiendo. Anoche casi no dormiste, ¿verdad?

No podía decirle que se sentía más tranquilo mientras ella dormía.

—¡Estúpido! —sentenció Ayaha.

—¡Deberías pensar más en ti mismo! Escucha bien, están yendo a por ti. ¡Si no te protejo yo, podrían matarte en un instante! Estoy aquí para evitar eso. ¡Si descubres que he caído en un sueño innecesario, debes despertarme de inmediato!

—O sea, que de verdad estabas durmiendo, ¿no? —dijo Tatsumi con un tono un tanto divertido—. No era que te hacías la dormida.

—Ugh... ¡No, en realidad me hacía la dormida! —Ayaha desvió la mirada, sintiéndose en evidencia—. Mis palabras de hace un momento fueron un error... no, un engaño. Sí, exacto. Era una estrategia para engañar al enemigo. Quería hacerles creer que dormía para atraer a los atacantes y contraatacar...

Murmuraba mientras se frotaba las palmas de las manos. Tatsumi se encogió de hombros, mientras Nekoko, cargando su pesada arma, se acercaba con paso tambaleante.

—No pasa nadaaa. Mientras Onee-chan dormía, yo estuve vigilando. Ninguna persona sospechosa se acercó. Si hubieran venido, les habría disparado con esto —dijo Nekoko riendo alegremente mientras balanceaba la Gatling, para luego guardarla en algún lugar justo después. Ya con las manos libres, se abrazó a Tatsumi pegando su frente contra él.

—Se me olvidó preguntarte —quiso saber Tatsumi—. Eso de... los misiles y las ametralladoras, ¿dónde los guardas? Siempre los sacas de debajo de la ropa.

—Están expuestos en un espacio de otra dimensión.

Nekoko no dio más respuesta que esa y se limitó a seguir abrazada al brazo de Tatsumi con aire feliz. Ayaha mantuvo su irritación.

—Nekoko, no confío en ti. Tatsumi, tú también debes dudar de si esta arma humanoide te va a disparar por la espalda en cualquier momento. Es decir, no debes confiar en nadie que no sea yo. ¿Entendido?!

Aunque ella dijera eso... Tatsumi, por reflejo, acarició la cabeza de Nekoko mientras bajaba la vista al suelo del aula.

En su fuero interno, pensaba lo siguiente: en estos últimos días, varias personas habían aparecido ante él con comportamientos incomprensibles. Sin contar a Ayaha y Nekoko, estaban la chica de la espada de madera llamada Hime y Sumiredai-san, que parecía una sirvienta. Sumando al joven mago con deseos suicidas y a la niña terriblemente adorable, e incluso al chico de mirada muerta apodado "Ojo Derecho", a Tatsumi no le parecían gente tan mala.

Mientras Tatsumi guardaba silencio ladeando la cabeza, Ayaha le agarró el brazo con fuerza.

—Vámonos, Tatsumi. La escuela es peligrosa. Ese departamento es un lugar más fácil para protegerte. No te quedes ahí parado. Date prisa con los preparativos.

Tatsumi hizo lo que le pedían.

Y en el camino de vuelta, en medio de una zona residencial, alguien los estaba esperando.

—... Hola... cuánto tiempo...

El joven del sombrero de ala ancha estaba allí de pie, con los ojos y la boca a medio abrir. A su lado, por supuesto, estaba la niña llamada Koro con su peluche de canguro, quien le sonreía con unos ojos que parecían oro fundido.

—Hemos regresado, Asanagi-sama. En esta ocasión, iremos a por su vida con un poco más de seriedad. Después de todo, ese es nuestro trabajo.

—E-esto... ¿en serio?

Ayaha se interpuso para proteger a Tatsumi tras su torpe respuesta. Quizás gracias a que había dormido lo suficiente, Ayaha alzó la voz con gran ímpetu.

—Tatsumi, no te muevas de aquí. Yo me encargaré de ellos.

Me miró de reojo por un instante.

—Nekoko, no te apartes de Tatsumi.

—Siiií, Onee-chan —respondió Nekoko, abrazada a mí con su sonrisa de siempre.

Ayaha comenzó a caminar hacia el dúo de magos con una valentía que rayaba en la temeridad. Sin perder la sonrisa ante la intención asesina que emanaba de Ayaha al acercarse, Koro habló con una voz tan dulce como una fragancia:

—Sensei, deje esto en mis manos.

—Ah... claro. Por supuesto, yo no tengo intención de hacer nada... te lo encargo... Koro...

—Mycoplasma, tomaré prestada tu oreja derecha.

—¡Kueeee!

No sé si aquello fue un grito de protesta, pero aunque lo fuera, Koro no tuvo piedad. Su pequeña mano apretó la oreja derecha del canguro y la arrancó con brusquedad.

—¡Gieeeee!

Sin duda, aquel fue un grito de puro dolor. Al peluche le brotaban lágrimas líquidas de ambos ojos. Sin mostrar la menor consideración por el canguro, Koro arrojó la oreja arrancada al suelo.

—¡...!

Mis ojos se abrieron de par en par. La magia se desplegó en ese preciso instante.

En cuanto la oreja derecha tocó el suelo, comenzó a deformarse; su volumen se expandió en un parpadeo hasta transformarse en un cilindro de un negro azabache. Un poste negro y brillante, de unos dos metros de largo y treinta centímetros de diámetro, se erigió frente a ellos.

Ni siquiera eso detuvo el paso de Ayaha. Sus brazos empezaron a brillar con una luz blanca. De la superficie de aquel cilindro sombrío brotaron innumerables espinas, cada una de unos treinta centímetros de largo. Estas púas, dispuestas en hileras regulares, comenzaron a rotar desliziéndose sobre la superficie del cilindro.

—Ve. “Oreja Derecha”.

Tan pronto como Koro terminó de hablar, el cilindro flotó con ligereza. Aquella arma giratoria llena de espinas arremetió contra Ayaha como si fuera un garrote blandido por la mano de un gigante invisible.

Ayaha no huyó. Se detuvo para recibir el impacto del cilindro de frente, concentrando la luz blanca en su puño derecho. Como si aquellas feroces espinas no fueran nada para ella, con un rostro gélido y valiente que solo reflejaba su voluntad de ataque, lanzó un rechazazo directo a una velocidad asombrosa.

En el momento en que el puño de luz y la columna oscura chocaron, un sonido metálico tan agudo que pareció perforar mis tímpanos resonó en el lugar.

—¡Tsk!

Ayaha retrocedió de un salto sujetándose la mano derecha. Su rostro mostraba que contenía el dolor, pero no dejaba de fulminar con la mirada al cilindro espinoso.

Koro explicó con total soltura el efecto de su “Oreja Derecha”:

—Señorita Espíritu, las espinas de las hileras impares desgarran su *Elf-streak*, mientras que las hileras pares asestan cortes directos a su cuerpo físico. Por favor, luce a su antojo.

De la mano derecha de Ayaha goteaba sangre fresca.

—¡Ayaha!

Ante mi grito, Ayaha respondió con un gesto de la mano como para ahuyentarme.

—¡Tatsumi, huye con Nekoko! No sé por qué, pero este tipo me tiene a mí como objetivo. Este familiar es una fórmula de ataque diseñada específicamente contra los “Espíritus Aprillis”.

Koro soltó una risa cristalina.

—Exactamente. Primero usted. Luego, la detestable muñeca de los “Científicos”. A Asanagisama lo mataré lentamente después de eso. Podría acabar con mi objetivo principal de un solo golpe, pero aquí también tenemos nuestras razones. ¿Verdad, sensei?

—Ah... Koro... A mí me da igual... Solo quiero caer pronto en un sueño que me haga perder la conciencia... Ah, de repente me han entrado ganas de morir...

Koro ignoró al joven y le dedicó una sonrisa floral a Ayaha.

—Así que, señorita Espíritu, por favor muera. Antes de que sensei decida suicidarse. Ahora mismo. Vamos, muera ya.

Buun.

El siniestro cilindro negro se deslizó en un barrido lateral para golpear a Ayaha, y cuando ella saltó para esquivarlo, el objeto la persiguió ignorando las leyes de la inercia. Sin embargo, los movimientos de Ayaha también desafiaban la física. Suspendida en el aire, pateó el vacío para impulsarse y volar aún más hacia un lado. Si uno miraba con atención, una luz blanca estela en la punta de sus pies, pero eso escapaba a mis ojos.

Lo que sí me llegó fue su voz cargada de urgencia:

—¡Nekoko, no importa! ¡Llévate a Tatsumi lejos de aquí! ¡Aléjense lo más que puedan! ¡Yo me las arreglaré!

Ojalá fuera cierto. Pero a mis ojos, Ayaha estaba en desventaja. En su hermoso rostro, siempre tan imperturbable, solo había desesperación. O más bien...

La “Oreja Derecha” se movía en todas direcciones; Ayaha lograba esquivarla con sus movimientos de alta velocidad, pero una de sus mejillas ya presentaba un corte, como si hubiera sido herida por un arma blanca. Esparciendo gotas de sangre al moverse, Ayaha continuaba saltando de lado a lado.

Parecía que Ayaha intentaba flanquear el cilindro para asestarle un golpe a Koro, pero su oponente ya lo sabía. No sabía si el cilindro funcionaba de forma automática o por control remoto, pero protegía hábilmente a sus dueños, impidiendo que Ayaha se acercara y bloqueando su camino con ataques incesantes.

Mientras yo pensaba si había algo que pudiera hacer...

—¡Ah!

Sentí que mi cuerpo era levantado en el aire.

Quien me levantó fue Nekoko. Resultaba difícil de creer que un cuerpo tan pequeño tuviera tanta fuerza. Nekoko me sostuvo en el aire con total ligereza y dijo:

—Bueno, Ayaha Onee-chan, ¡esfuézzate mucho! Yo protegeré a Onii-chan.

Lo dijo con una sonrisa y echó a correr antes de que Ayaha pudiera siquiera girarse. La velocidad de Nekoko al arrancar, levantando una nube de polvo y dejando atrás a la chica que luchaba contra el siniestro cilindro negro de espinas, era digna de admiración. Iba a unos cuarenta kilómetros por hora.

—¡Espera, espera! ¡Nekoko!

—¿Qué pasaaa? Tenemos que huir. Onii-chan también está en peligrooo.

No se podía decir que viajar en brazos de Nekoko fuera cómodo, pero no era momento para fijarse en eso.

—¡Es que Ayaha... me preocupa que esté así sola!

Nekoko corría en línea recta por la carretera sin reducir la velocidad; Ayaha, el cilindro y el dúo del joven y la niña habían desaparecido de vista hacía rato. Solo se escuchaban ruidos desagradables de forma continua a lo lejos, y pronto esos también se atenuaron.

—Perooo —dijo Nekoko—, Onee-chan dijo que huyéramos. Yo también estoy de acuerdoo.

—¡Detente! ¡Por favor, detente!

—Siiií.

Nekoko frenó en seco desgastando las suelas de sus zapatos, y fue admirable que no soltara a Tatsumi a pesar de la inercia.

Tatsumi puso los pies en el suelo e intentó regresar sin dudarlo, pero...

—No se puedeee.

Nekoko lo embistió por detrás y ambos rodaron por el suelo. Tatsumi se golpeó la cabeza, pero no le importó en ese momento.

—Ayaha está en peligro. No parecía que pudiera ganar.

—Haaaah.

Nekoko ladeó la cabeza mientras seguía abrazada firmemente a Tatsumi.

—Puede que tengas razón. Esa arma mágica se sentía muy peligrosa. Pero ¿qué deberíamos hacer? Ayaha Onee-chan dijo que ella se las arreglaría.

Tatsumi agarró a Nekoko por sus pequeños hombros.

—¿No podemos ayudarla?

—¿Quiénes?!

“Yo”, quiso decir Tatsumi, pero no tenía ningún poder. Si iba, solo estorbaría o lo matarían en un abrir y cerrar de ojos. Quizás fuera mejor que ser asesinado lentamente, pero Tatsumi todavía tenía cierto apego a la vida.

—Nekoko, saca un arma como aquella con la que atacaste a Ayaha en mi casa al principio. Préstame algo si crees que puedo usarlo.

—Ummm. Prestar mi armamento sin autorización excede mis facultades. No se puede.

Nekoko continuó hablando con una sonrisa:

—Pero, pero, desde aquí yo también puedo darle apoyo. Haré eso.

En cuanto dijo eso, Nekoko metió la mano bajo su ropa y extrajo un objeto que parecía un misil gigantesco y alargado. Directo del espacio ultra-dimensional.

—Es un misil tierra-tierra. Confirmando coordenadas, calculando trayectoria, omitiendo secuencia de lanzamiento... ¡Fuego!

Tatsumi no tuvo tiempo de taparse los oídos. Con un estruendoso *doon*, el misil tierra-tierra, similar a un pequeño cohete, se elevó hacia el firmamento. Gracias a que Nekoko sirvió de escudo, Tatsumi se libró de la onda expansiva y de las llamas, pero a cambio, la ropa de Nekoko quedó llena de quemaduras. Curiosamente, el cuerpo de la niña parecía estar ileso.

La brillante llama del misil que se alejaba hacia lo alto se hizo pequeña en un instante. Entonces, dibujando una curva pronunciada, comenzó a descender; el punto de impacto coincidía exactamente con el lugar donde Ayaha debía estar luchando contra el cilindro oscuro.

No pasaron ni unos segundos.

Una gran explosión. Luego, una columna de fuego. Y finalmente, la onda de choque.

Tatsumi palideció. Seguramente dos o tres casas habrían quedado atrapadas en el desastre. Solo podía rezar para que no hubiera muertos ni heridos. Se había pasado de la raya.

Sin embargo, no podía quedarse ahí pasmado. Tatsumi echó a correr. Nekoko lo siguió con entusiasmo. Probablemente habría sido más rápido si ella lo cargaba, pero por supuesto Tatsumi no estaba en una situación mental para pensar en eso.

Cuando regresó al lugar original sin aliento, lo primero que vio fue un enorme cráter perforado en la carretera, y luego distinguió la figura de Ayaha desplomada en el borde del mismo. El joven, la niña y el extraño cilindro habían desaparecido.

—¡Ayaha!

Al levantar su cuerpo inerte, Ayaha abrió ligeramente los ojos.

—... ¿Lo de recién fue obra de Nekoko? Te daré las gracias... me salvaste...

No parecía en absoluto que estuviera a salvo. La ropa de Ayaha estaba hecha jirones y estaba cubierta de sangre por todas partes. Heridas que parecían cortes de armas blancas supuraban sangre por doquier. Al poner su mano en la espalda de ella, la palma de Tatsumi se empapó de una cálida mancha de sangre.

—¡Esto es grave! ¡Tenemos que ir al hospital ahora mismo!

—Está bien. Suéltame.

Ayaha apartó la mano de Tatsumi con fuerza y, aunque tambaleándose, se puso de pie por su cuenta. Se limpió con el dorso de la mano la sangre que le corría por la mejilla y frunció el ceño al ver su mano manchada de rojo.

—Malditos “Magos de Falmtei”. Usan trucos cobardes. Por eso no me agradan. No intentan luchar de forma justa. Son gente que no conoce el orgullo.

Tatsumi pensó que las críticas debían quedar para después e intentó tomar la mano de Ayaha. Era obvio que necesitaba curas de inmediato. Pero Ayaha rechazó la mano que él le tendía.

—Solo son cortes. Se curarán si pongo mi *Elf-streak* en modo de tratamiento. No son suficientes para morir por pérdida de sangre.

—Pero... ¿no te duele?

—No me duele. Los “Magos” se han ido. Vámonos a casa ya.

Aquello era ser testaruda en exceso. Ayaha se tambaleaba con cada paso que daba y su rostro se contraía de dolor.

Nekoko se acercó trotando y propuso:

—Ayaha onee-chan, ¿quieres que te lleve a cuestras?

—No es necesario. No tomaré la mano de nadie.

Caminando mientras dejaba caer un goteo constante de gotas rojas, su figura no tenía ni un ápice de fuerza de convicción. Incapaz de seguir mirando, Tatsumi intervino:

—Ayaha, te prestaré mi hombro. Sujétate.

—He dicho que no es necesario. ¿En qué mundo existe un tutor que sea ayudado por su protegido? Tú eres solo alguien a quien yo protejo, y yo soy un ser que solo existe para protegerte.

—¿De verdad estás bien? A mí no me parece para nada...

Tatsumi solo podía estar allí, inquieto. Ayaha caminó con pasos lentos hasta el apartamento, asegurándose de no mirar a nadie a la cara, y subió las escaleras exteriores por su propia cuenta.

Al entrar en la habitación, Ayaha se retiró sin decir palabra al cuarto que compartía con Tsunami. Frente a la fusuma que se cerró de un portazo, Tatsumi se quedó de pie sin saber qué hacer.

Tras permanecer así un rato, comenzó a buscar el botiquín. Aunque todo el mobiliario y los utensilios eran nuevos, debía de estar en algún lado. Si no estaba, pensaba correr hasta la farmacia, pero por suerte logró encontrar un kit de primeros auxilios impecable en el fondo del armario.

—Ayaha.

Llamó a la fusuma, pero no hubo respuesta.

—¿Puedo entrar? Al menos deberías desinfectarte. El botiquín...

—No hace falta —respondió una voz brusca a través de la delgada puerta—. Déjame en paz. No te preocupes por mí. No quiero que lo hagas.

No era una voz débil, pero tampoco se podía decir que tuviera energía. Tenía un tono algo distorsionado.

—¡Ayaha onee-chaaan!

Nekoko imitó a Tatsumi y llamó a la puerta. Ella mantenía su sonrisa de siempre.

—¿Se encuentra bien? ¿No quiere al menos cambiarse de ropa? ¡Vamos juntas al baño!

Lo único que regresó fue el silencio.



Tatsumi sujetó suavemente la mano de Nekoko, que intentaba seguir llamando a la puerta, y sacudió la cabeza.

—Dejémosla tranquila —dijo en voz baja—. Parece que es lo mejor por ahora.

—Está bien —respondió Nekoko también en un susurro, agitando los bordes de su ropa sucia. Parecía que quería que la ayudaran a cambiarse.

Tatsumi colocó el botiquín frente a la fusuma y se dirigió a la puerta con voz suave.

—Gracias.

Como era de esperar, no respondió, y quien estaba dentro mantuvo el silencio.

—Gracias por pelear hoy para protegerme.

Tras decir solo eso, tomó a Nekoko de la mano y se dirigió a su propia habitación.

Llegó la hora de la cena y, aunque Tsunami ya había vuelto, Ayaha no salió de su cuarto.

—Qué valor tiene para ser una mantenida y comportarse como una hikikomori.

Ese fue el único comentario de Tsunami antes de sentarse a la mesa bajita sin hacer nada más. Por cierto, la cena de esa noche la había preparado Tatsumi con lo que tenía a mano. Había intentado sugerirle indirectamente a Ayaha ir a comprar comida, pero la chica, encerrada en su habitación, le respondió sin abrir la puerta con un tajante: “No. No permito que salgas”. Así que Tatsumi no tuvo más remedio que demostrar su habilidad con los ingredientes que había almacenado en el refrigerador. Tres platos para cada uno estaban alineados en la mesa: arroz frito con huevo, jurel abierto a la parrilla y espinacas hervidas con sésamo negro.

Mientras Tsunami y Nekoko comían con apetito y en silencio, Tatsumi apenas probaba bocado. La razón era que Ayaha seguía sin salir de su cuarto.

Tras mucho darle vueltas, decidió consultar con su hermana.

—Tsunami-neesan, ¿no podrías decirle algo a Ayaha? Parece que está deprimida.

—Normal que lo esté —respondió su hermana con brevedad—. Según lo que me contaste, Ayaha tuvo una pelea difícil contra alguien que parece su archienemigo, terminó hecha pedazos y Nekoko tuvo que salvarla cuando estaba a punto de morir... Así que su orgullo también debe de estar hecho trizas. Seguramente esa chica está atormentada por el autodio. Es natural que no tenga apetito.

A Tatsumi le preocupaban mucho más sus heridas que su falta de apetito. Se preguntaba si le quedarían cicatrices.

—Estará bien. O tal vez venga de una cultura donde el número de cicatrices se considera una medalla de honor. Si no es una herida mortal, se curará lamiéndola.

Tatsumi no podía ser tan despreocupado como su hermana. A juzgar por la cantidad de sangre que había visto, no creía que no le fueran a quedar marcas a un ser humano normal. En su mente revivía el cilindro y las siniestras y afiladas espinas que habían brotado al transformarse su “oreja derecha”. Le inquietaba especialmente la sangre que empapaba la mejilla de Ayaha, porque le pareció que había sido un corte limpio y profundo.

Inquieto, Tatsumi envolvió la cena de Ayaha en film transparente y la dejó frente a la puerta, que se sentía como una barrera de piedra.

Alineó junto a ella el botiquín intacto y luego regresó a su habitación.

En la sala estaban Tsunami, viendo un drama en la televisión y criticando cada detalle de la dirección, y Nekoko, que miraba la tele junto a ella riendo alegremente.

“Quizás si dejo de estar a la vista, Ayaha salga”, pensó Tatsumi, y se tumbó sobre el futón que ya había extendido.

Aunque su intención era solo dejar pasar un poco el tiempo, antes de darse cuenta se quedó profundamente dormido.

Tuvo un sueño en el que aquel joven y la niña aparecían sonriendo de forma inquietante. Ojalá fuera, en efecto, un simple sueño.

En medio de la oscuridad, dos siluetas alzaban la vista hacia el apartamento de segunda mano. Había también la sombra de un canguro.

—Sensei.

—... ¿Qué pasa, Koro?

—Si los atacáramos ahora, podríamos devorar las vidas de todos. No, incluso lograríamos desvanecer ese edificio entero con facilidad.

Su cabello color violeta ondeó suavemente. Parecía tener un costurero en sus manos. Mientras cosía puntada a puntada la oreja derecha del peluche añadió:

—Si el Sensei no hubiera recordado sus órdenes originales, yo lo habría hecho sin dudarlo. Vaya, estuvimos cerca.

—Lo siento... Es que últimamente... no, supongo que es desde hace mucho... mi memoria no es muy clara. Ni siquiera sé bien si estoy vivo o muerto...

Su sombrero de ala ancha se balanceó como si acompañara a su discípula.

—¿Cuándo fue que escuché esa orden...? ¿Y de quién habrá sido...?

—Es incomprensible. Pero seguiré a Sensei. Después de todo, soy su discípula.

—Sí... violar una orden parece que daría miedo después... Pero bueno, aunque intentara violarla, probablemente alguien se interpondría...

—¿A qué se refiere?

—Mira allá... Koro, hay gente temible vigilándonos...

La sombra del joven levantó el brazo como señalando. El cabello de la niña volvió a ondear suavemente.

—Vaya, como se esperaba del Maestro. Yo no fui capaz de detectar su presencia en absoluto. La espada y el escudo de los "Falmtei". Es como si nos estuvieran vigilando.

—Ha sido por casualidad... Lo que ellas observan es lo mismo que nosotros... Que nos hayamos cruzado ha sido una coincidencia... supongo.

—Sensei.

—... ¿Qué pasa, Koro?

—Permítame expresar una ocurrencia. Sensei, ¿no será que usted lo sabe todo?

—¿Qué es ese "todo", Koro...?

—La razón por la que Tatsumi Asanagi-sama es nuestro objetivo. La razón por la que una "Aprillis" y una muñeca de los "Científicos" han sido elegidas como sus guardianas. La razón por la que los "Falmtei" andan merodeando por aquí. Todo eso.

Hubo un silencio definitivo. Pasó un tiempo en el que ni el joven, ni su discípula, ni el peluche dijeron nada—

—... Quién sabe... Yo no lo sé. Incluso si hubo algo que sabía, es parte de un pasado que ya transcurrió... Lo he olvidado... Sería bueno si algún día pudiera recordarlo...

—Sería estupendo. Realmente.

Silencio una vez más. La quietud que parecía que iba a durar una eternidad fue rota por la discípula, quien terminó dándose por vencida.

—Está bien. Mañana será otro día. Para mañana, mis ojos podrán ver un poco mejor. Eso quiero creer.

—... Creer es algo bueno. La fe ciega salva a las personas... Yo también creo...

—¿En qué? ¿Qué es lo que dice creer?

La sonrisa vaga y sugerente pertenecía al joven.

—Koro... En lo que yo creo, es en que algún día el mundo será salvado... y no me refiero a las personas.

Un tercer silencio dominó la oscuridad, y las tres sombras desaparecieron como si se fundieran en las tinieblas.

En mitad de la noche, Tatsumi se despertó de repente.

Se había quedado dormido sin ducharse ni cambiarse de ropa. Pensó en ir al baño, pero le daba apuro hacer ruido con el agua a altas horas de la madrugada, así que decidió al menos ponerse el pijama.

—Supii, supii...

Observó el perfil de Nekoko, que dormía feliz soltando unos ronquidos de lo más típicos. Al ver que estaba en pijama y despatarrada, supuso que Tsunami la habría cambiado. No había forma de que Ayaha lo hubiera hecho...

Abrió silenciosamente la puerta corrediza y miró hacia la habitación de al lado.

El cuarto que conectaba con la sala estaba firmemente cerrado, y frente a él seguían abandonados la cena intacta y el botiquín.

Sin poder evitarlo, soltó un suspiro. No era de decepción, sino un aliento nacido de la preocupación.

La conversación que tuvieron ayer mientras caminaban bajo el cielo del atardecer. La expresión seria con la que Ayaha le hizo preguntas esta mañana. Había llegado a pensar que habían logrado comunicarse abriendo un poco sus corazones, pero ahora ella se había encerrado todavía más. Era como una bivalva con el cuerpo y el alma llenos de heridas.

Tatsumi, caminando de puntillas, guardó en el refrigerador los platos envueltos en film. Dejó el botiquín donde estaba, ya que no hacía falta guardarlo.

No sabía qué estaba haciendo Ayaha dentro de la habitación y le preocupaba el estado de sus heridas, pero como Tsunami estaba con ella, se sentía algo más tranquilo. Por muy

desapegada que fuera su hermana, no creía que fuera a dejar abandonada a una chica con heridas graves teniéndola al lado, así que tal vez, como la propia Ayaha declaró, no eran para tanto.

Se quedó mirando fijamente la puerta. Tatsumi no tenía la capacidad de detectar presencias. Pensó que, tal vez, Ayaha estaba haciendo guardia por tercera noche consecutiva allí dentro sin dormir, pero dudó en intentar comprobarlo.

Regresó sigilosamente a su cuarto, le volvió a echar la manta a Nekoko, que la había mandado lejos de una patada, y se metió en su futón.

Llegó la mañana del tercer día desde que aparecieron Ayaha y Nekoko.

Con la cabeza algo embotada debido a ese sueño interrumpido a medias, Tatsumi salió de la habitación casi a rastras. La sala estaba justo ahí, y frente a la mesa bajita, había una figura con los brazos cruzados.

Ayaha desviaba la mirada, pareciendo observar con gran interés la pared del apartamento. Aunque solo tenía grietas.

Gracias a eso, Tatsumi pudo contemplarla sin preocuparse por su mirada.

Se había cambiado su atuendo, que quedó hecho trizas en la batalla de ayer, por el uniforme escolar de la preparatoria de Tatsumi. A juzgar por lo impecable que estaba, parecía nuevo. No hacía falta pensar en quién lo había traído: Tsunami. Si hubiera sido cualquier otra persona, eso sí que sería una sorpresa.

—Ah, buenos días.

Intentó saludar con el tono más natural posible. Ayaha mantuvo su postura rígida y continuó en silencio con su apreciación de la pared.

Como no parecía que fuera a recibir respuesta, Tatsumi se rindió con resignación y comenzó a preparar el desayuno. En ese momento:

—Oye.

Una voz que sonaba como si fuera emitida desde una expresión sumamente hosca llegó desde la dirección de la mesa. Tatsumi se dio la vuelta al instante.

Vio el perfil de Ayaha. Solo dirigía sus ojos hacia él mientras mantenía el rostro hacia la pared, pero aun así, le alegró un poco que cruzaran las miradas.

Mientras Tatsumi la miraba con una sonrisa indescriptible, Ayaha frunció el ceño con ese gesto que ya le resultaba tan familiar y soltó un pequeño suspiro. Manteniendo la posición de sus ojos, giró lentamente el rostro hacia el frente de Tatsumi.

La mejilla que había estado oculta en su punto ciego quedó al descubierto. En la mejilla que se había abierto de par en par por el ataque de espinas del cilindro negro, había pegada una venda. Su memoria a corto plazo le garantizó que era, sin duda, una de las que había dentro del botiquín.

—Tatsumi.

Su voz, extremadamente rígida, resonó cargada de una determinación fuera de lo común.

—Debo disculparme contigo.

“No, no pasa nada, no me importa...”, Tatsumi estaba a punto de hablar, pero Ayaha no le dio tiempo y dijo rápidamente:

—Fracasé en protegerte por mi propia cuenta. Sin la ayuda de Nekoko, habría perdido ante esos malvados “Magos” y habría quedado incapacitada para actuar. Probablemente habría evitado la muerte, pero creo que haberme encargado de tu protección habría resultado imposible durante un largo periodo.

Esa mirada que parecía estar fulminando o desafiando era la expresión básica de Ayaha. Tatsumi, con esa mirada clavada en él, simplemente parpadeó.

—Esto... ¿Ayaha? Yo no...

—No digas nada.

Ayaha aceleró su forma de hablar y continuó:

—Estoy arrepentida. Protegerte es mi misión más importante, y también un deber que no tengo intención de ceder a nadie. Te hago saber que sigo pensando de la misma forma. Sin embargo, lo de ayer fue una conducta deplorable que no tiene excusa. Sobrestimé mi propio poder. Este es un punto sobre el que debo reflexionar.

Para Tatsumi, mientras Ayaha estuviera a salvo con solo unos rasguños, lo demás no importaba. Que alguien se sacrificara para protegerlo le parecía un error. Y si se trataba de una chica como Ayaha, ese sentimiento se intensificaba aún más.

—Por lo tanto... —Ayaha, ignorando los pensamientos de Tatsumi, prosiguió—. Si sientes que no soy de fiar, o si piensas que soy incapaz de cumplir con mi misión, dilo aquí claramente. Me quitaré la vida de inmediato para ponerle fin a esto. No, no te preocupes. Estoy segura de que enviarán a un nuevo protector desde mi mundo.

Dejando a un Tatsumi completamente atónito, Ayaha continuó hablando con voz solemne:

—El fracaso de una misión significa la caída de la autoridad de mi clan. No hay forma de que pueda regresar a mi patria con semejante deshonra. Antes que saborear tal humillación, prefiero morir. Si tú...

—¡No digas estupideces!

Tatsumi la interrumpió casi con un grito. Por primera vez, miró fijamente a una Ayaha que abrió los ojos de par en par.

—¿Cómo que no me preocupe? ¡Es obvio que voy a preocuparme! Morir y esas cosas... no son algo que debas decir tan a la ligera. No quiero. No quiero verte morir, ni siquiera quiero pensarlo. ¿Dices que vendría alguien nuevo? ¿Y eso qué? No importa quién venga, no será Ayaha. No serás tú. ¡Algo así no lo voy a aceptar jamás!

Ante el repentino arrebató, Ayaha se quedó mirando a Tatsumi con la boca abierta.

—Para empezar, ¿qué es eso de “misión”? ¿Qué es eso de “deber”? ¡Apareces de la nada diciendo que vas a protegerme y luego decides suicidarte por tu cuenta! ¡Eso es ser demasiado egoísta! ¡Si iba a ser así, habría sido mejor que no aparecieras ante mí!

Tatsumi estaba atrapado por una indignación que ni él mismo comprendía. Las palabras brotaban de su boca antes de que pudiera pensarlas.

—¡Si dices que ese es tu trabajo, entonces hazlo hasta el final! ¡Pruébame que puedes protegerme siempre! ¿Un fracaso en la misión? Eso sería si yo estuviera muerto o algo así. ¡Pero sigo vivo! Entonces, no has fallado en absoluto, ¿verdad?

Terminó de hablar de un tirón y finalmente cerró la boca.

Ayaha, con rostro sorprendido, se quedó tiesa. Solo la respiración de Tatsumi agitaba el aire de la sala. De los dos, que mantenían sus miradas fijas mientras seguían tensos, fue la chica la primera en bajar la vista.

—Perdóname.

La voz de Ayaha era tan pequeña que apenas se podía oír.

—Estaba cegada por mi propia desesperación egoísta. Desesperarse por cuenta propia está bien, pero no es correcto imponérselo a los demás. Puede que estuviera intentando hacerte compartir mi desesperación. Fue un acto erróneo.

Ayaha levantó la cabeza. Sus ojos, aunque todavía algo decaídos, estaban recuperando la vitalidad.

—Es verdad. Todavía no he fracasado. Quitarme la vida en este punto sería equivalente a una muerte inútil. Si he de morir, moriré protegiéndote.

Tatsumi estuvo a punto de hablar de nuevo, pero Ayaha lo detuvo levantando una mano.

—Por supuesto, todavía no tengo intención de morir. Es una cuestión de comparativa. Y también una cuestión de mi propia resolución. En resumen... es una declaración de mi voluntad de protegerte hasta el final aunque me cueste la vida. Así que quédate tranquilo. No moriré. Y por supuesto, tampoco dejaré que tú mueras.

—Onii-chan, Ayaha onee-chan...

Con ambas manos apoyadas en el borde de la fusuma, Nekoko los observaba con cara de querer llorar.

—No se peleen, por favoor. *Sniff*. Si van a pelear, que sea con otros... *Sniff*.

—Nekoko tiene razón.

Tsunami apareció de forma imponente abriendo la fusuma de golpe.

—He escuchado toda la conversación.

Con una sonrisa que parecía decir “lo entiendo todo”, como si fuera la mayor del grupo, añadió:

—Pero todo eso no importa.

Tsunami se sentó al lado de Ayaha.

—Tatsumi, ¿aún no está el desayuno? Si no lo preparas pronto, llegaré tarde a la escuela y no quiero llegar tarde.

Era la Tsunami de siempre. Para ella, la discusión entre Tatsumi y Ayaha parecía ser algo que “no importaba”. Después de todo, el hecho de que su casa hubiera sido destruida o que Ayaha y Nekoko la siguieran hasta el salón de clases eran cosas que, en resumen, “no le importaban”.

De alguna forma, a Tatsumi también empezó a parecerle que realmente no importaba tanto, y le dedicó una sonrisa a Nekoko. Tras ver cómo su rostro de llanto se calmaba, le hizo un gesto de asentimiento a Ayaha y se puso a preparar el desayuno.

Durante el camino a la escuela, quizás porque ya se habían cansado, la chica rubia que blandía la espada de madera y la maid no aparecieron por los flancos.

Nekoko, que había recuperado su sonrisa radiante, se aferraba hoy también a Tatsumi, y Ayaha vigilaba desde atrás con mirada afilada, igual que siempre. Sin embargo, no parecía tener tanto sueño como ayer. Tatsumi decidió preguntarle:

—Oye, Ayaha.

—¿Qué pasa? —respondió ella mientras miraba a su alrededor con ojos inquisidores.

—¿Pudiste dormir bien anoche?

—A decir verdad, no he pegado ojo —confesó Ayaha sin dejar de vigilar—. Tenía mucho en qué pensar. Me quedé quieta en un rincón de la habitación. Pero gracias a eso, he recuperado mis fuerzas. Como mi mente estaba en tensión, no tengo mucho sueño.

Había otra cosa que le inquietaba. Ayaha parecía tener cierta dificultad para caminar. Comparado con su paso gallardo de los días anteriores, sentía que sus zancadas eran más cortas.

Mientras Tatsumi observaba sin querer las largas piernas de Ayaha, ella se detuvo en seco.

—No me mires tanto.

—Ah, sí, perdón.

Ayaha estuvo a punto de decir algo más, pero cerró la boca y retomó el paso. Tras un momento, añadió a modo de explicación:

—Es esto... esta ropa. Siento que el largo de la falda es extrañamente corto. ¿Es este el estándar aquí?

Tatsumi experimentó de nuevo esa sensación de novedad al ver que ella se preocupaba por algo tan mundano.

—Bueno, no sé si es el estándar, pero como uniforme de preparatoria diría que es lo normal.

—Ya veo. Es inquietante, pero supongo que no hay más remedio.

—¿De verdad es tan corta?

Nekoko saltó hacia adelante y asomó la cabeza bajo la falda de Ayaha. Fue un acto sin ninguna malicia, pero recibió de inmediato un taconazo de Ayaha en la frente que la hizo rodar por el suelo.

—Ejejejeje...

Nekoko se enredó de nuevo en el brazo de Tatsumi con aire feliz. Mientras encontraba la escena adorable, él cambió de tema.

—Aun así, es increíble.

—¿El qué?

—Pues tus heridas. Que realmente se curen en un solo día.

Ayaha dejó de vigilar en todas direcciones y se giró hacia Tatsumi. La venda que llevaba en la mejilla la había tirado en un basurero por el camino. No quedaba ni rastro de cicatriz en su rostro pálido.

Ayaha respondió como si fuera lo más natural del mundo:

—Una herida externa de este nivel la puede curar de inmediato cualquiera que pertenezca a los “Aprillis”. El *Elf Streak* no es algo que se use exclusivamente para el ataque o como medio de transporte.

—Sigue siendo asombroso. No creo que yo pudiera imitar algo así.

—No tiene nada de asombroso.

Ayaha movió las cejas, pero más que molestia, su expresión denotaba algo de vergüenza.

—Soy miembro del clan Bluebeggar. Soy de clase baja entre los “Aprillis”. Hay muchos otros que poseen un *Elf Streak* mucho más poderoso. Cuando fui seleccionada para esta misión de despacho, todo el mundo se extrañó. Yo también.

Ayaha observó el cabello de Nekoko, que parecía bailar. Nekoko no parecía sentir extrañeza alguna sobre su misión; era la Nekoko de siempre, sumida en una felicidad absoluta.

Tatsumi también contempló el mechón de pelo de Nekoko que parecía una antena y comentó:

—Pero, ¿por qué vinieron tú y Nekoko a donde estoy yo? No creo que protegerte a mí tenga algún significado especial.

Lo dijo casi para sí mismo. Esperaba que ella respondiera con un simple “no lo sé”. Sin embargo, Ayaha habló tras mostrar un gesto de reflexión.

—He llegado a pensar que quizás tú eres una pieza.

—¿Una pieza?

—Así es. Sabes que el mundo de los “Aprillis” y los otros mundos están en guerra, ¿verdad?

A Tatsumi le pareció haber escuchado algo al respecto.

—¿Por qué están en guerra?

—Vaya, ¿no lo sabías? —Ayaha no parecía especialmente sorprendida—. Actualmente se ha confirmado la existencia de ocho mundos. El tuyo... es decir, este mundo, fue el octavo en ser descubierto. Es algo relativamente reciente. Es su mundo, al que llamamos “Nivose”. Entiendo que no lo sepas, pero ¿no aparecía en tus libros de historia?

Incluso si aparecía, el plan de estudios aún no había llegado a ese punto.

—Ya veo. En cualquier caso, hay ocho mundos. Y todos ellos están a punto de solaparse.

Tatsumi siguió caminando en silencio mientras Ayaha continuaba:

—Al parecer, los mundos se desplazan lentamente. Si solo se desplazaran, no habría problema. Pero cuando varios mundos se solapan, la cosa se vuelve seria. De hecho, mi mundo ya ha entrado en contacto —lo llamamos “Colisión Mundial”— con el mundo de los “Científicos” y el de los “Espíritus de la Espada”, y se está aproximando a los demás mundos exceptuando este de “Nivose”. Lo suficiente como para ejercer una influencia mutua. El único que sigue a salvo, Tatsumi, es este mundo tuyo.

—Es una historia a gran escala —comentó Tatsumi, como quien da su opinión sobre un libro que acaba de leer—. ¿Y qué pasa si los mundos se solapan? Supongo que será un problema.

—Ocurriría una catástrofe —le informó Ayaha con voz gélida—. Imagina que, en un lugar donde antes se extendía una granja pacífica, aparece de repente una fábrica de armamento de los “Científicos” y empiezan a salir armas asesinas en fila para destruirlo todo. Para nosotros, los “Aprillis”, ese es nuestro territorio legítimo, pero para los “Científicos” también lo es, ya que los mundos se han unificado. Así es como estalló la guerra. Entre los mundos.

Tatsumi se limitó a escuchar.

—Mientras eso ocurría, mediante investigaciones y observaciones se confirmó que había otros mundos inesperadamente cerca. Al calcular sus trayectorias, se descubrió que, en el futuro, todos se cruzarán en un único punto. Mundos distintos están tratando de convertirse en uno solo. Se predijo que solo un mundo sobrevivirá. Como ningún mundo quiere perecer, por eso luchamos.

Ayaha continuó como si fuera una profesora de historia:

—Ir y venir entre mundos resultó ser un procedimiento relativamente sencillo. Todos se envían fuerzas militares frenéticamente para intentar destruir al enemigo. Los “Aprillis” no éramos originalmente una raza agresiva y nos dedicábamos principalmente a la defensa, pero la paciencia tiene un límite. Además, los otros mundos no son más que lugares deplorables. Los únicos que se nos parecen son los “Espíritus de la Espada”, por eso no estamos en guerra con ellos.

Tatsumi se imaginó a la chica de la coleta lateral y a la maid con gafas. Ciertamente no parecían malas personas.

—Ya te dije que tenemos una tregua con los “Científicos”. Pero no es porque ellos sean mejores. Es porque facciones como los “Magos”, los “Dioses Malvados”, los “No-muertos” y los “Ángeles” son lo peor de lo peor.

La puerta de la escuela apareció ante ellos.

—Aunque a mí no se me han explicado los motivos del armisticio. Sin embargo, puedo deducirlos.

Ayaha movió únicamente los ojos para mirar a Tatsumi.

—Yo sola no soy suficiente para protegerte. Seguramente alguien pensó eso y propuso llevar a cabo una operación conjunta con el arma humanoide de los “Científicos”.

—No lo entiendo... —confesó Tatsumi con sinceridad—. ¿Qué ganan atacándome o protegiéndome? ¿Cómo dijiste que se llamaba? Nivose... ¿cierto? ¿Yo soy eso?

—Por eso pensé que quizás eras una pieza. Tatsumi, tú eres simplemente una pieza elegida para que nosotros te atacemos o protejamos, y estamos librando en este mundo una guerra subsidiaria en la que se decide el destino de cada uno de nuestros mundos...

—No puede ser.

—Sí, no puede ser. Es algo imposible. Si fuera una guerra subsidiaria de tal magnitud, habrían enviado a especialistas mucho más competentes. Ya lo dije antes: yo no soy de la élite en absoluto. En cuanto a las “Espadas”, ellas son de la nobleza media. Y respecto a los “Magos”, ya lo habrás visto; no enviarían a tipos que parecen tener tan pocas ganas de trabajar.

—Entonces, ¿por qué...?

—Eso...

Ayaha miró hacia el sol de la mañana como si le deslumbrara.

—No lo sé —sentenció.。

第6章

Capítulo 6

Conversando sobre temas que desprendían un aroma a pura fantasía, habían hecho el camino a la escuela, pero...

Tras cruzar la puerta del instituto, no ocurrió nada en el trayecto hacia su salón, y Tatsumi se sintió extrañamente decepcionado. Estuvo a punto de reírse de sí mismo por sentirse así. Pensar que hace apenas tres días esto era su verdadera rutina diaria, y ahora sentía una extraña incomodidad ante un paisaje escolar tan normal.

“Bueno, tengo el presentimiento de que a la hora de la salida ese extraño trío nos estará esperando otra vez, pero en el salón me aguarda un desarrollo relativamente normal. Ojalá que Ayaha siga durmiendo hoy también. Seguro que, con el tiempo, los compañeros se acostumbrarán. Tal como yo estoy empezando a hacerlo, Chinatsu e Ishimaru, como representantes de mis amigos comunes, acabarán asignándonos algún tipo de rol dentro del grupo”.

Sí, mientras Tatsumi pensaba con esa ingenuidad y deslizaba la puerta del aula, se quedó congelado al instante.

—Buenos días. Bienvenidos.

La persona que representaba lo más extremo de lo no cotidiano para él estaba allí de pie, sonriendo.

Una niña de cabello rizado que llevaba colgado un peluche de canguro. A su lado, el joven del sombrero de ala ancha mantenía la mirada baja con una expresión sombría. Y ellos eran los únicos que estaban en el aula. No había ni rastro de sus compañeros; es más, ni siquiera estaban los pupitres ni las sillas, solo se extendía el suelo vacío.

—Si se refiere a sus compañeros de estudio...

La pequeña mano de Koro señaló hacia el ventanal abierto de par en par.

—Los arrojé fuera de aquí. Junto con los pupitres y las sillas. Eran un poco molestos a la vista.

El salón de Tatsumi estaba en el tercer piso. No se le podía culpar por haberse alterado al ser arrojado de repente a una situación tan anormal. Sin embargo, el hecho de correr hacia la ventana como si estuviera siendo manipulado no era algo digno de elogio. Pero Tatsumi lo hizo por reflejo. Pupitres y sillas aparte, no creía que hubiera mucha gente capaz de caer desde un tercer piso y quedar ilesa.

Sin embargo, al mirar hacia abajo, Tatsumi descubrió que las palabras de Koro eran mentira. En el suelo justo debajo del edificio, no había nadie ni nada.

Koro dijo con una sonrisa de satisfacción:

—Bienvenidos a mi reino.

La niña levantó una mano como si estuviera bailando.

—Mycoplasma, tomaré prestada tu ojo izquierdo.

—¡Kueeeeeeeeeee!

Fue un grito de protesta evidente. Sin embargo, Koro no tuvo ni un segundo de piedad. Hundió la mano en el ojo izquierdo del peluche y, con un sonido de algo siendo desgarrado, le arrancó el globo ocular.

Era una esfera de cristal negro. *Krash*. Se oyó un sonido similar al de un huevo crudo siendo aplastado dentro de su mano. *Chote*. De la mano de Koro, fuertemente cerrada, goteó un líquido negro y denso como la tinta china. *Pata, pata*. El líquido oscuro cayó al suelo salpicando, creando mancha tras mancha.

—¡Gueeeeeee!

El peluche lloraba y gritaba mostrando sus dientes de fieltro...

En ese preciso instante, la visión de Tatsumi fue sepultada por la oscuridad.

—¡...!

La voz afilada de Ayaha resonó y, acto seguido, Tatsumi fue empujado al suelo. Una oscuridad absoluta había caído sobre el aula. No se veía nada. Solo supo que quien lo había derribado era Ayaha por el largo cabello que le rozó la cara y por el aroma que ella desprendía.

Una voz, semejante al sonido de campanillas mecidas por la brisa, se escuchó desde algún lugar:

—Lenta, lenta, lenta, lenta, lentamente... retuéznanse de dolor y mueran. No voy a matarlos de forma fácil. Van a morir tras sufrir, sufrir, sufrir y sufrir hasta el límite. Yo misma me encargaré de que así sea.

Buuuuuuuuun.

Un sonido como un gemido golpeó sus oídos. Aquel ruido, que se alejaba lentamente, se estancó en un punto y volvió a acercarse haciéndose más fuerte.

Buuuuuuuuun.

Tatsumi levantó la cabeza para intentar identificar el origen del sonido, pero su cabeza fue aplastada contra el suelo con una fuerza inmensa. Era la mano de Ayaha. Acto seguido, un quejido.

—¡Guh!

Se oyó un tajo seco y nítido justo al lado. Un líquido caliente llovió sobre el rostro de Tatsumi. El zumbido se alejó y volvió a acercarse.

—Tatsumi, no te muevas.

La voz de Ayaha claramente contenía un dolor reprimido.

—Yo te moveré. Mantente relajado.

—¿Qué... qué está pasando? —preguntó Tatsumi.

—Hemos caído en el dominio de maldición de los “Magos de Falmtei”. Su técnica ya se ha activado. Nos han atrapado en un ataque espiritual. No hay forma de escapar.

—Exactamente como dice —tronó la voz de Koro desde lo que parecía ser el cielo. Al mismo tiempo, una luz tenue iluminó el rostro de Tatsumi. Al dirigir la mirada buscando la fuente de luz, Tatsumi encontró allí un único ojo, tan gigantesco como la luna llena.

La pupila color ámbar de Koro. Era lo único que flotaba allí, como un cuerpo celeste.

—Este es mi *Oupia Kingdom*, mi Reino de Hechicería. Aquí todo se hace según mi voluntad. Ustedes morirán en este lugar. Acéptenlo como su destino.

Buuuuuuuuun.

De nuevo, aquel sonido. Aunque era un mundo sumido casi en la penumbra total, gracias a esa mínima luz pudo identificar su origen.

Era un péndulo gigante. Si estuviera dentro de un antiguo reloj de pared, no tendría nada de extraño. Sin embargo, al ser tan enorme y llevar una guadaña aterradoramente afilada en su extremo, no había tiempo para apreciar la elegancia de su ornamentación.

No era un salón de clases ni nada parecido; era un mundo de oscuridad que se extendía hasta el infinito. En ese lugar donde no se sabía dónde terminaban los costados ni el cielo, estaban Tatsumi y Ayaha.

Solo ellos dos.

—¿Y Nekoko?

Tatsumi miró a su alrededor, pero no había rastro de la pequeña silueta.

—Ella no está aquí.

Ayaha hizo una mueca de dolor mientras se sujetaba el brazo izquierdo.

—Este es el mundo espiritual creado por los “Magos de Falmtei”. Un arma humanoide no posee espíritu. A diferencia de nosotros, a Nekoko no le afectan los ataques mentales. Ella debe seguir en el mundo físico ahora mismo...

Fue entonces cuando Tatsumi se dio cuenta de que el líquido que mojaba su mejilla era la sangre que brotaba del brazo de Ayaha. Sin duda, era la herida que ella recibió al salvarlo de la hoja del péndulo.

Buuuuuuuuun.

El péndulo se acercaba. Ayaha, usando su brazo ileso, atrajo a Tatsumi hacia sí y se preparó para evadir el ataque que ya los tenía encima.

A pesar de su magnitud, el movimiento del péndulo no era tan rápido. Si uno saltaba en el momento justo, no era difícil esquivarlo. Sin embargo, parecía que Koro y el joven también lo sabían.

Buun, buuuuuun.

De entre las tinieblas surgieron un segundo y un tercer péndulo. Todos caían desde ángulos y posiciones distintas. Luego un cuarto, un quinto...

Observando cómo las armas letales seguían multiplicándose, Ayaha murmuró con amargura:

—Nos han tendido una trampa perfecta. Este es un espacio construido por ellos; mi *Elf-streak* está sellado y no puedo usar mi defensa. Tal como dijo esa niña, nos matarán lentamente. Nos irán haciendo pedazos.

Era una situación desesperada, pero para Tatsumi todo carecía de realismo; no era capaz ni de asustarse.

—Pero... —Ayaha se preparó para el péndulo que se aproximaba mientras abrazaba a Tatsumi—, no te rindas. Aunque no hay nada que podamos hacer aquí, mi cuerpo físico debe seguir intacto. Yo confío en mí misma. Confía tú también. Es lo único que podemos hacer ahora.

Tatsumi no entendía a qué se refería. Antes de que pudiera preguntar por el significado de sus palabras, el segundo impacto del péndulo cayó sobre ellos.

Tatsumi, que había mirado bajo la ventana, estaba desconcertado. En el suelo justo debajo del edificio, no había nadie ni nada.

Koro dijo con una sonrisa de satisfacción:

—Bienvenidos a mi reino.

La niña levantó una mano como si estuviera bailando.

—Mycoplasma, tomaré prestada tu ojo izquierdo.

—¡Kueeeeeeeeeee!

Fue un grito de protesta evidente. Sin embargo, Koro no tuvo ni un segundo de piedad. Hundió la mano en el ojo izquierdo del peluche y, con un sonido de algo siendo desgarrado, le arrancó el globo ocular.

Era una esfera de cristal negro. *Krash*. Se oyó un sonido similar al de un muevo crudo siendo aplastado. *Chote*. De la mano de Koro goteó un líquido negro y denso como la tinta china. *Pata, pata*. El líquido oscuro cayó al suelo salpicando, creando mancha tras mancha.

—¡Gueeeeeee!

El peluche lloraba y gritaba mostrando sus dientes de fieltro, mientras su ojo derecho se empañaba con un líquido transparente.

Después de eso, no ocurrió nada más. Koro seguía sonriendo y el joven permanecía en silencio con la mirada perdida. Ayaha se puso en guardia, pero frunció el ceño con sospecha, mientras Nekoko se quedaba allí con expresión distraída.

Justo cuando Tatsumi empezaba a salir de su estupor...

—¡Maldición!

Ayaha soltó un grito lleno de amargura.

—¡Es un ataque espiritual! Nosotros estamos... ¡Guh!

Tatsumi vio aquello con incredulidad. Sin que nadie hubiera hecho nada, el brazo izquierdo de Ayaha, cerca del codo, estalló de pronto; la tela del uniforme se rasgó y la sangre salió disparada.

—¡Ayaha!

—Tatsumi... han separado nuestro espíritu de nuestro cuerpo. Nuestra mente ha sido capturada en el mundo espiritual construido por los “Magos de Falmtei” y estamos siendo atacados allí. Esto es la retroalimentación.

—Así es —añadió Koro—. Las heridas que recibe el espíritu se manifiestan en el cuerpo físico. Esa es la naturaleza mágica del “Ojo Izquierdo”. Por favor, tómense su tiempo para disfrutar plenamente del tormento que los llevará a la muerte.

Ayaha apretó el puño con su mano derecha ensangrentada, concentrando la luz blanca.

—Antes de eso, acabaré con ustedes aquí mismo. Si asesto un golpe directo a sus cuerpos físicos, tengo más ventaja que un “Mago”.

—Estamos al tanto de eso.

La confianza de Koro parecía inquebrantable.

—Mycoplasma, tomaré prestada tu “hígado”.

Apenas terminó de decirlo, Koro metió la mano en la bolsa abdominal del canguro.

—¡Gieeeeeeeee! —chilló el peluche.

La mano de la niña extrajo una masa de carne rojinegra. La aplastó con fuerza y sacudió el brazo, esparciendo un líquido viscoso que parecía ser el fluido corporal del canguro.

—Sensei, por favor.

—... Ah...

El joven levantó su rostro sombrío.

—¿De verdad tengo que hacerlo...? Koro... esto también es agotador...

—Sensei.

—Está bien, Koro... no me pongas esa cara tan aterradora...

Como era de esperar, Ayaha no se quedó escuchando la conversación de ambos en silencio. Mientras dejaba colgar su brazo izquierdo herido, pateó el suelo y lanzó un derecho fulminante...

¡Bash!

Su puño fue repelido justo frente a la nariz de Koro.

—Kuu...

La expresión de Ayaha se volvió de dolor.

El joven había levantado una mano a medias, como si saludara. En esa mano también residía una luz. A diferencia de la de Ayaha, era un brillo completamente distinto a una claridad pura; era un resplandor rojo, similar al de las luces de una ambulancia.

Ese brillo cubría al joven, a la niña y al peluche que ella sostenía.

—Es una barrera física —explicó Koro una vez más. Con una sonrisa pausada, continuó—: Somos muy dedicados a nuestra investigación. Los preparativos contra los “Espíritus Aprillis” y el *Elf-streak* se han realizado sin contratiempos. Este es uno de ellos. El “hígado” de Mycoplasma no aceptará ningún ataque de su parte, señorita Espíritu.

Dirigió su hermoso y joven rostro hacia su maestro.

—Esta es la técnica favorita de sensei. A mí me gusta más causar dolor que protegerme.

—Tsk.

Ayaha chasqueó la lengua, retiró el puño y retrocedió para lanzar un nuevo ataque, pero en ese momento...

—¡Ugh...!

Su pierna derecha, detrás de la rodilla, se desgarró y la sangre fresca brotó a chorros. Sin poder sostenerse, Ayaha hincó la rodilla mientras una nueva y gran herida se abría en su espalda.

—¡Guaah!

Ante la visión de su uniforme tiñéndose de sangre al instante, Tatsumi corrió hacia ella sin poder siquiera pensar.

—¡Ayaha!

No tenía más palabras. No podía hacer nada. Lo único que podía hacer era pedir ayuda a alguien.

—¡Nekoko!

No había nadie más en ese lugar. Su única esperanza era esa pequeña “hermana” artificial.

—¿Siiiif?

Nekoko, que estaba distraída, pareció comprender lo que debía hacer al ver el rostro de Tatsumi suplicando desesperadamente.

De inmediato metió ambas manos bajo su ropa y extrajo el arma que tenía guardada en el espacio ultra-dimensional. Un lanzacohetes que se veía sumamente pesado. Nekoko lo apoyó en su hombro delgado y disparó sin pérdida de tiempo.

Las explosiones se sucedieron una tras otra, envolviendo en llamas y humo negro a los dos “Magos de Falmtei”.

El resultado no hacía falta decirlo.

En medio del humo que se disipaba, el dúo permanecía de pie, impasible e ileso.

Mientras ponía su mano sobre el hombro de la encogida Ayaha, Tatsumi dirigió una mirada desesperada hacia el techo.

—¿No crees que ya es nuestro turno de aparecer?

En la azotea del edificio escolar, una chica rubia que estaba recostada bajo la refrescante luz del sol le preguntó a la sirvienta de gafas que sostenía una sombrilla a su lado.

—Parece que Ayaha ha caído de lleno en el ataque espiritual de los “Magos”. Qué descuidada. En ese estado no hay nada que pueda hacer.

—Es verdad —respondió Sumiredai sonriendo mientras apoyaba una mano en su mejilla—. Le han roto el ritmo y la han pillado por sorpresa. Seguramente le grabaron la idea de que, de haber un ataque, sería después de clase o de camino a casa. Es comprensible.

Hime miraba hacia el cielo azul. Clavó su mirada intensa en las nubes que pasaban y dijo:

—Si fuera yo, los acabaría antes de que me sorprendieran. Por eso los “Espíritus Aprillis” no sirven. Son simples y demasiado ingenuos.

—Aunque ese también es su lado bueno.

—Supongo.

Con aire lánguido, Hime se incorporó y miró hacia la valla de la azotea.

—Si los dejamos así y mueren, me dejará un mal sabor de boca. ¿Vamos a ayudarlos?

—Ese es el trabajo que se nos ha encomendado.

Sumiredai cerró la sombrilla y, manteniendo su sonrisa, añadió:

—Sin embargo, Hime... parece que hay personas que no desean que nos movamos. Además de los “Magos de Falmtei”, hay quienes están ansiosos por que Tatsumi-san muera. ¿Se ha dado cuenta?

—No me subestimes, Sumiredai. Me di cuenta hace rato.

Cerca de la valla metálica donde Hime miraba, una silueta borrosa ondulaba como un espejismo. Aquella figura tenue, similar a un fantasma, fue definiendo su contorno gradualmente hasta volverse sólida.

Sin esperar mucho, las siluetas en la azotea pasaron a ser tres contando a Hime y Sumiredai.

La figura recién llegada tenía un aspecto borroso, como si todo su cuerpo tuviera un filtro de desenfoque. Era una chica que vestía el uniforme de esta preparatoria, pero ella tampoco parecía ser un humano normal.

Pues la acompañaba una estatua angelical, de unos tres metros de altura, detrás de ella. Un ángel masculino blanco, hecho de una gran piedra sólida. Ambos brazos de la estatua angelical se alzaron, desprendiendo fragmentos de piedra.

Sostenía un arco con una flecha de roca lista, apuntando directamente a Hime.

—Jujun —Hime sonrió con intrepidez y se puso en pie con su bokuto en mano.

—Los “Ángeles Teishuly” se han aliado con los “Magos”, ¿eh? ¡Ja, qué pareja tan ideal!

Sostuvo el bokuto en vertical con una sola mano. Sumiredai retrocedió medio paso para reposicionarse detrás de Hime y le dedicó una sonrisa a la chica que cargaba con el ángel.

De pie en el borde de la azotea, con la estatua y la valla a sus espaldas, la chica también sonrió. Si hubiera habido un hombre presente, se habría desmoronado ante esa expresión; era, literalmente, una sonrisa de ángel.

—Acabemos con esto rápido para ir a ayudar a Ayaha.

Ante la valiente declaración de Hime, Sumiredai ladeó la cabeza.

—Me pregunto si podremos. Ese “Ángel” emana una presencia bastante inquietante. Diría que nuestras probabilidades de llegar a tiempo están al cincuenta por ciento.

—Je je. Ya nos ocuparemos de eso cuando llegue el momento.

Hime apretó el puño con el que empuñaba el bokuto. Entonces, la espada de madera estalló en llamas. En un instante, el arma de madera se convirtió en cenizas que se dispersaron con el viento. La espada falsa desapareció, y la verdadera espada se manifestó por completo en la mano de Hime.

Una espada sagrada de doble filo grabada con hermosos patrones. El cuerpo real y la encarnación de un “Espíritu de la Espada”.

—Siento haberte hecho esperar —le dijo Hime a su espada.

—No podía usar esto para cortar a Ayaha, pero con esta tipa no hay por qué contenerse. ¡Vamos a rebanarla rápido para que se convierta en nuestra fuente de poder!

Casi al mismo tiempo que la estatua del ángel disparaba la flecha de piedra, Hime pateó el suelo de la azotea.

La flecha disparada se fragmentó en cien flechas en el aire, y justo en ese milisegundo, Sumiredai también saltó a la acción con una precisión absoluta.

El mundo de tinieblas era también un mundo para ellos dos solos. Allí solo estaban Tatsumi y Ayaha.

Dos pobres presas de los “Magos de Falmtei”, encerradas en un mundo espiritual y recibiendo ataques unilaterales.

Los péndulos de cuchillas que atacaban desde todas direcciones caían sobre Tatsumi con una sincronización perfecta. Para protegerlo, Ayaha saltaba sosteniéndolo o interponía su propio cuerpo para recibir el filo; estaba tan cubierta de heridas que resultaba un milagro que siguiera moviéndose.

Buuuuuuuuun.

Al captar con el rabillo del ojo un péndulo cercano, Ayaha agarró a Tatsumi por el hombro y lo obligó a agacharse. Al priorizar la protección de él, su propia evasión siempre llegaba tarde.

—... ¡Ugh!

La punta de la hoja rozó la espalda de Ayaha, llevándose parte de la tela del uniforme y de su piel. Otra ráfaga de gotas escarlatas cayó sobre la espalda de Tatsumi.

—¡Ayaha! ¡Ya basta!

A pesar de que solo estaba siendo arrastrado por Ayaha, Tatsumi estaba sin aliento. Mucho más ella, cuya respiración era ya errática. Su rostro pálido y su cuerpo ensangrentado lo decían todo.

—¡No te preocupes por mí! Si sigues así, tú vas a...

—¡Cállate! No hables —dijo Ayaha jadeando, sin quitar la vista del siguiente péndulo que se aproximaba.

—No dejaré que mueras. Te lo dije: protegerte es mi misión. Aunque mi cuerpo se convierta en pedazos de carne, continuaré siendo tu guardiana.

Ayaha empujó a Tatsumi y se desplomó sobre él para cubrirlo. La hoja del péndulo desgarró el muslo de Ayaha antes de desaparecer en la oscuridad.

—... No me subestimes, Tatsumi —susurró una voz débil justo en su oído.

—Aquí soy impotente. Pero hay otra yo. Y además...

Las palabras siguientes no se escucharon. Tatsumi fue levantado bruscamente una vez más, balanceado como si fuera equipaje por una Ayaha que saltó para escapar del siguiente péndulo.

En el mundo real, la pérdida de sangre de Ayaha ya había superado los límites. Sin que nadie la tocara, su cuerpo se abría en cortes y la sangre que brotaba creaba charcos en el suelo del aula. Las heridas aparecían exactamente en el mismo lugar que en el mundo espiritual y la cantidad de sangre era la misma, aunque para el Tatsumi que estaba allí, era imposible de confirmar. Él no podía saber qué clase de ataques estaban recibiendo en el otro mundo.

Sin embargo, por el hecho de que él mismo seguía ileso, era evidente que Ayaha lo estaba protegiendo a costa de su propia vida.

Otro hecho innegable era que los ataques de artillería de Nekoko no surtían efecto alguno sobre aquel extraño dúo de “Magos de Falmtei”.

—... Detente, Nekoko.

Apoyada sobre una mano y una rodilla, mientras jadeaba buscando aire, Ayaha dio la instrucción con un gemido.

—Es inútil. No funcionará con ellos... Sería distinto si el cuerpo original de los “Magos” estuviera aquí, pero para ti es imposible... ¡Guh!

La sangre brotó de su muslo, pero ya no le quedaban fuerzas para presionar la herida. Las manos de Tatsumi ya estaban ocupadas intentando tapan otros cortes de Ayaha.

—Buaaa...

Nekoko bajó la boca de su Panzerfaust con el rostro a punto de estallar en llanto.

—Ayaha Onee-chan, no quiero que te mueras...

Tatsumi sentía exactamente lo mismo. Si la dejaban así, la vida de Ayaha se extinguiría muy pronto. Y si eso pasaba, él sería el siguiente. Pero a Tatsumi no le importaba su propia suerte; solo quería salvar a Ayaha.

—¿Qué puedo hacer? Ayaha, yo también quiero...

—No hay nada que tú puedas hacer.

Ayaha levantó la cara lentamente y, para sorpresa de Tatsumi, sonrió. A pesar de estar sumida en el dolor, su rostro blanco y manchado de rojo se suavizó con un gesto de ternura.

—Tu trabajo es estar tranquilo. El mío es arreglar las cosas...

Ayaha se puso en pie con un movimiento oscilante. Al moverse, sangre fresca goteó de sus heridas, pero ni siquiera intentó limpiársela.

—Nekoko, no me gusta esto, pero es el último recurso...

Dirigiéndose a la chica con aspecto de gato que acumulaba lágrimas en los ojos, continuó:

—Voy a chocar contra su barrera con todas mis fuerzas. Las posibilidades son bajas, pero quizá logre crear una mínima apertura. Aprovecha ese instante.

—S-siiií. Pero...

—Obedece sin rechistar. ¿Entendido?

—S-sí, entendidoo.

Tras dedicarle una mirada a Nekoko, quien asintió con fervor, Ayaha apartó las manos de Tatsumi y se plantó frente a Koro y al joven.

—¿Qué es lo que planea hacer?

Koro ladeó la cabeza de forma adorable mientras sonreía.

—Sensei, mire eso. Es la imagen de un ratón acorralado intentando morder al gato. ¿No le parece un paisaje de lo más melancólico?

—... Hum... no sé si sea melancólico... Si la persona involucrada así lo desea, incluso una tragedia puede convertirse a veces en comedia... ¿no crees que está bien así?

El joven ocultó su rostro con el ala del sombrero y habló con un tono de insoportable desgana.

—... En fin, te lo encargo a ti... Koro. ... Todo.

—Sí. Esa era mi intención desde el principio.

Una sonrisa sobrecogedora apareció en el rostro de Ayaha. Era una expresión que sugería que no le quedaba más opción que reír ante tanta rabia, una mueca que surgió sin que ella misma fuera consciente.

—... Aquí voy, insolentes.

Sus puños y pies bañados en sangre fueron envueltos por una luz blanca. Tatsumi no podía sentirlo, pero aquello equivalía a la conversión de casi toda la fuerza vital que aún residía en Ayaha.

Nekoko sacó un arma nueva: un rifle antitanque de gran calibre. Lo que tenía cargado era una bala de acero capaz de perforar cualquier blindaje a esa distancia.

Sin necesidad de una señal de inicio, Ayaha se lanzó a su último salto. Un movimiento a ultra alta velocidad que la hizo desaparecer de la vista de Tatsumi en un instante. Solo la presión del viento y las gotas de sangre que este arrastraba golpearon el rostro del muchacho.

Inmediatamente después...

Un sonido como el choque de metal pesado contra mineral de hierro a velocidad sublumínica sacudió el aula y los tímpanos de Tatsumi.

El golpe de Ayaha se detuvo justo antes de tocar a Koro.

Ayaha se desplomó pesadamente y, al mismo tiempo, Nekoko disparó el rifle. Aquel estruendo ensordecedor... ¿habría sido por el disparo o por el impacto directo?

Su esperanza fue en vano. Justo frente a Koro, la bala de acero se desintegró en fragmentos metálicos que se dispersaron por el aire.

“No funcionó...”.

Al menos...

Tatsumi corrió hacia Ayaha. Al levantarla, su cabeza cayó hacia atrás de forma inerte y no abrió los ojos. Su débil respiración era el único hilo que la mantenía con vida.

El joven levantó el ala de su sombrero con el dedo.

—... Hum... ese golpe de recién dolió... Reparar la grieta me tomará tiempo... Tú, ¿cómo dijiste que te llamabas...? Sí, tú tampoco eres una simple espíritu vulgar...

Pshi.

El hombro del uniforme de Ayaha estalló. Esparciendo sangre fresca por el aire, Ayaha abrió los ojos mientras su cuerpo temblaba. A pesar de tener cortes por todo el cuerpo, su rostro, rebosante de una hostilidad feroz, había entrado en el terreno de lo espeluznante.

—¿Todavía no se rinden?

Koro habló con tono de fastidio.

—No tengo intención de dejar que mueran sin sufrir, pero me resulta incomprensible esa mentalidad de imponerse dolor a uno mismo. Esto ya ha llegado a su fin. ¿No sería mejor que se suicidaran? Así Asanagi-sama podrá seguirlos pronto.

Tatsumi apretó los dientes. ¿Por qué tenían que pasar por esto? ¿Por qué Ayaha tenía que terminar así por su culpa? Si pudiera maldecir a alguien, Tatsumi maldeciría esta realidad. Lo incomprensible era todo esto. Absolutamente todo.

Dudó incluso de la existencia de esta realidad tan irracional. Todo era absurdo. Estaba tan furioso que ni siquiera se dio cuenta de que Nekoko se había acercado a él.

—Onii-chan.

Agitando su mechón antena, Nekoko lo miraba hacia arriba.

—Tengo un favor que pedirteee.

En un momento como este, ¿qué clase de favor pretendía pedirle?

—¡Y op!

Nekoko llevó ambas manos a su espalda, sujetó la tela de su uniforme y la desgarró de un tirón. Su espalda de piel suave, que Tatsumi ya había visto varias veces, quedó al descubierto. Esta vez, sin que él tuviera que hacer nada, la conocida compuerta se deslizó para abrirse.

La placa metálica y el panel táctil emergieron.

—Sobre los botones... presione el que está justo en el centro con este ritmo: ta-ta-tan-tan-tan-tan-taan. Por favor.

Tatsumi extendió el dedo casi en estado de trance. Su índice también estaba manchado con la sangre de Ayaha. Sin cometer ni un solo error, presionó el botón en el interior de Nekoko siguiendo el ritmo indicado.

Los dos “Magos de Falmtei”, sumidos en una total confianza, observaban la escena con curiosidad.

En cuanto Tatsumi retiró el dedo, Nekoko sonrió con alegría.

—Siiiií. Comando externo recibido.

La compuerta se cerró y la costura desapareció. Nekoko se puso en pie y se dirigió a Tatsumi:

—Iniciando autodestrucción autónoma. Omitiendo cuenta regresiva. Por favor, evacúen el área.

Tatsumi abrió los ojos y la boca de par en par, pero no pudo articular palabra. Con una sonrisa, Nekoko extendió ambos brazos y empujó con una fuerza descomunal a Tatsumi, quien seguía abrazando a Ayaha. Ambos salieron despedidos, entrelazados, hasta el extremo del salón.

—¡¿Nekoko...?!

Entonces la niña, tras despedirse con un leve gesto de la mano, salió corriendo hacia Koro y el joven...

Cualquiera que hubiera estado observando la escuela desde el exterior habría comprendido de inmediato la naturaleza de aquella explosión.

Las llamas, que desintegraron atómicamente la pared exterior de la escuela en un instante, se convirtieron en un inmenso rayo de luz que salió disparado en diagonal hacia el firmamento, calcinando el aire a lo largo de cien kilómetros. La estela de luz y calor que ionizaba la atmósfera en plasma se fue desvaneciendo lentamente, como un último aliento, hasta recuperar finalmente el silencio.

Lo único que quedó fue un agujero circular perfecto, de unos tres metros de diámetro, en la pared del aula de Tatsumi.

Con esa explosión fulminante, los dos “Magos” y el peluche de forma bizarra se habían desvanecido sin dejar rastro.

También Nekoko.

Aquella pequeña niña de la cabeza con antena no estaba en ninguna parte.

En el aula manchada de sangre, Tatsumi, con el rostro paralizado por el asombro, era el único que quedaba junto a la inconsciente Ayaha, desplomándose en medio del polvo que flotaba en el aire.

Frente a un Tatsumi que se había dejado caer al suelo sosteniendo a Ayaha, algo pequeño y brillante rodó por el piso. Reflejando la luz que entraba por el enorme boquete de la pared, estaba aquella pequeña placa metálica. La que estaba dentro de Nekoko, con su serie de letras y números: FRF-12TS • X004.

Había caído tan cerca que podría haberla recogido con solo estirar la mano, pero Tatsumi mantuvo su mirada perdida fija en el metal. Una razón era que no quería soltar a la Ayaha que seguía perdiendo sangre; la segunda era que todavía no podía creerlo. Nekoko se había inmolado, llevándose consigo a aquellos extraños asesinos.

Naturalmente, Tatsumi seguía sin comprender los pormenores de la situación.

Que el botón que presionó y su ritmo fueron el detonante para que Nekoko decidiera autodestruirse por voluntad propia; que la explosión, que originalmente debería haber reducido a cenizas todo en un radio de treinta kilómetros, fue dirigida por el control de Nekoko para volverse unidireccional; y que el resultado fue ese haz de destrucción concentrado de tres metros de diámetro y cien kilómetros de largo... era algo que Tatsumi no tenía forma de entender.

Mucho menos se le pasó por la cabeza que el ataque de Nekoko funcionó contra los “Magos de Falmtei” solo porque el golpe previo de Ayaha había agrietado su barrera.

Lo único que él comprendió fue la realidad que se desplegó ante sus ojos.

—¿Uuuh...?

Tatsumi se sujetó la cabeza. Dos tipos de recuerdos se fusionaban, haciendo que su sentido de la realidad flaqueara ligeramente. Un recuerdo era el de estar aterrado por los péndulos en un mundo de oscuridad total. El otro era el de este espacio real conectado con el presente. Sin embargo, la oscilación de su memoria desapareció en un parpadeo y ambas se asentaron en su mente como verdades. Gracias al shock de la integración de su espíritu dividido, Tatsumi salió de su estupor.

—¡Ayaha!

Lo primero que debía considerar ahora era el estado de ella. La vitalidad se le escapaba por segundos de ese rostro que, debido a la gran pérdida de sangre, estaba más blanco que el papel.

Mientras Tatsumi intentaba levantar a Ayaha con manos temblorosas, la puerta del aula se abrió y alguien entró con paso firme.

—Vaya, vaya. Pero qué desastre te han hecho. Qué patética te ves.

La chica de ojos desafiantes y coleta lateral rubia se acercaba haciendo oscilar su cabello con cada paso. Tras ella venía, con una sonrisa elegante, la hermosa mujer de gafas y traje de sirvienta.

Si Tatsumi hubiera tenido la calma para observar bien, habría notado que el uniforme de Hime estaba manchado de polvo blanco y deshilachado en algunas partes, pero por supuesto su estado mental estaba lejos de permitirle tales detalles. En ese momento le daba igual quién

fuera, con tal de que salvara a Ayaha. Normalmente habría esperado ayuda de su hermana, pero ¿qué hay de estas dos? ¿Eran aliadas?

Mientras Tatsumi trataba de recuperar el habla con la lengua trabada, Hime proyectó su sombra sobre Ayaha con una expresión solemne.

El cuerpo de Ayaha se movió levemente. Sus párpados, que parecían pegados por la sangre seca, se abrieron apenas un poco, y una voz como el aleteo de una mariposa desnutrida susurró:

—... Han llegado tarde... ¿Acaso estaban esperando el momento oportuno para su entrada...?

Tatsumi se sintió algo aliviado al ver que Ayaha conservaba el conocimiento, pero esa voz tan fina le hizo pensar que ella estaba en camino al inframundo.

—Ayaha, no hables. Tenemos que ir al hospital de inme...

—No hace falta que vaya a ningún lado —interrumpió Hime con brusquedad—. Sumiredai, cúrala.

—Como usted mande.

Sumiredai se arrodilló sin importarle mancharse la ropa en el charco de sangre. Tomó con delicadeza a Ayaha de los brazos de Tatsumi, quien la sujetaba con fuerza, y la recostó en el suelo del aula.

De la nada, Sumiredai sostenía en su mano algo que solo podía describirse como un plumero. Cerrando los ojos tras sus gafas, la acompañante vestida de sirvienta comenzó a agitar el plumero sobre el cuerpo de Ayaha como si fuera una chamán.

Tatsumi solo podía observar en silencio, e incluso Hime, que parecía querer decir algo, se contuvo mientras miraba el rostro de Ayaha cubierto de rasguños. Solo el sonido rítmico del plumero golpeando el aire continuó por un rato, hasta que el silencio fue roto por el suspiro que escapó de los labios de Ayaha.

—Ha... fuuu...

Su uniforme estaba tan destrozado que difícilmente podía llamarse ropa; su piel se asomaba por todas partes. Casi toda la línea de su cuerpo, que explicaba por qué Hime le tenía envidia, estaba al descubierto. En esa piel manchada de sangre, la vitalidad fue regresando poco a poco. Ayaha movió sus ojos entreabiertos siguiendo lentamente la punta del plumero y, finalmente, dijo:

—... Te doy las gracias, Sumiredai. Parece que me he salvado...

—He aplicado un tratamiento de hemostasia y hematopoyesis.

Sumiredai amplió su sonrisa y detuvo el movimiento del plumero.



—Solo he aplicado un tratamiento de emergencia en los cortes más profundos, pero mientras no realices acciones de combate, las heridas no deberían abrirse si te limitas a caminar normalmente. Cuánto reposo necesites es algo que depende de ti, Ayaha-san.

—Es suficiente.

Ayaha incorporó el torso bruscamente, con la mitad del rostro contraída por el dolor.

—¿Hubiera preferido que aplicara también algún tipo de anestesia? —preguntó Sumiredai.

—No, está bien. El resto de las heridas las curaré por mi cuenta. Gracias por la ayuda.

No se podía decir que estuviera en plena forma, pero el vigor empezaba a regresar a su tono de voz.

—¿Solo eso? —dijo Hime, frunciendo el labio inferior—. ¿No debería haber algo más? Como un “muchas gracias”, por ejemplo.

—Ah.

Ayaha se subió la manga, frunciendo el ceño al ver las marcas rojas de los cortes que, aunque cerrados, se veían sumamente dolorosos.

—Te agradezco, Sumiredai. Te debo una.

El semblante de Ayaha se ensombreció aún más. Miró el agujero en la pared y luego recorrió con la vista los estragos dentro del aula.

—Y también a Nekoko.

Tatsumi apretó de nuevo la placa que tenía en la mano.

Ayaha bajó la mirada durante unos segundos, con una expresión de reflexión profunda. Luego, miró a Tatsumi con vacilación.

—Tatsumi.

Su voz sonaba sombría.

—¿Estás herido? Esa sangre que te mancha, ¿es toda mía? Si tienes siquiera un rasguño, es como si mi misión hubiera fracasado a medias.

—Estoy completamente ileso. No me duele nada —respondió Tatsumi con la sensación de estar viviendo un sueño.

Le resultaba incomprensible que Ayaha estuviera tan preocupada por él después de haber quedado en ese estado. Si ella no hubiera estado allí, él habría muerto sin duda. Si Ayaha no se hubiera convertido en su escudo... y si Nekoko no se hubiera inmolado.

Ayaha volvió a mirar el boquete en la pared.

—¿Qué habrá pasado con esos “Magos de Falmtei”? ¿Murieron?

—Quién sabe —respondió Hime con una sonrisa sarcástica—. No creo que mueran con algo de ese nivel. Probablemente estén en algún lado planeando su regreso, ¿no crees?

Hime observó detenidamente el cuerpo de Ayaha de pies a cabeza y soltó una carcajada.

—¡Aun así, vaya que te dieron una paliza! ¿Qué es ese aspecto? ¿Es la última moda? ¿Llevar trapos viejos encima? Jaja. ¡Te está bien empleado!

Ayaha se puso en pie tambaleándose. No se sabía si era por la eficacia del tratamiento de Sumiredai o por su propia resistencia física natural, probablemente una mezcla de ambas, pero Tatsumi, sorprendido, le ofreció su hombro de inmediato. Ayaha se apoyó en él sin oponer resistencia mientras fulminaba a Hime con la mirada.

—¿Y tú dónde estabas y qué hacías? No hay duda de que debo ser cortés con Sumiredai, pero no tengo razón alguna para agradecerte a ti.

En lugar de Hime, que le devolvió la mirada desafiante, Sumiredai intervino:

—Estuvimos peleando con alguien ajeno a este asunto. Por eso llegamos tarde. Le ruego que acepte mis disculpas en nombre de la impertinencia de Hime.

—¡Sumiredai! No tienes por qué pedirle perdón a alguien como ella. ¡Solo nos demoramos un poco! ¡Yo no perdí!

—Tampoco ganamos —sentenció Sumiredai con una sonrisa y una reverencia, para luego dirigirse a Tatsumi—: Tatsumi-sama, aunque he cerrado las heridas de Ayaha-san por ahora, es evidente que necesita cuidados físicos. En mi opinión, lo más sensato sería llevarla a la enfermería.

—Ah... sí, tienes razón.

Tatsumi intentó tomar la mano de Ayaha que descansaba en su hombro, pero ella lo rechazó.

—Está bien. Caminaré por mi cuenta. No tengo problemas para andar.

Sin embargo, al dar el primer paso, Ayaha soltó un “guu” de dolor y dobló las rodillas.

—Ayaha-san —dijo Sumiredai con tono amable—, le sugiero que deje que Tatsumi-sama la cargue a la espalda. Si las heridas que tanto me costó cerrar vuelven a abrirse, mi esfuerzo no habrá servido de nada.

Con una sonrisa traviesa, Sumiredai añadió:

—Si acepta mi sugerencia, estaré dispuesta a olvidar la deuda de la que hablábamos antes. ¿Qué le parece?

Ayaha, con el rostro pálido por la anemia, frunció el ceño, pero terminó asintiendo con visible resignación.

—Si tú lo dices, no me queda otra opción. Tatsumi, cárgame. Llévame a donde sea.

“¿De verdad a cualquier lugar?”, pensó Tatsumi mientras la subía a su espalda. Para su musculatura, ella no era precisamente ligera, pero sintió que no quería volver a bajarla jamás.

Y en ese momento...

—¡Cielos! ¿Pero qué es esto?

En la puerta que había quedado abierta, un compañero de Tatsumi se quedó petrificado con los ojos como platos. Era Ishimaru Fumichiro, su autoproclamado mejor amigo y la mayor víctima de Ayaha hasta la fecha.

Ishimaru miraba atónito el desastre del aula, con ojos de total asombro a un Tatsumi que cargaba a Ayaha, y recorriendo con la mirada a Hime y Sumiredai.

—¿Qué está pasando? ¿Dónde están los pupitres? ¿Qué es ese agujero enorme? ¡Qué demonios ha pasado aquí y tú qué estás haciendo! ¡Oye, Tatsumi!

Justo cuando Ishimaru dio un paso para acercarse a Tatsumi, alguien lo detuvo sujetándolo firmemente por el hombro.

—Tsunami-neesan...

Tal como Tatsumi murmuró, su hermana, con el mismo rostro imperturbable de siempre, dijo:

—Olvídense de esto y tú llévate rápido a Ayaha a algún lado. Así no puedo dar clase. Ishimaru-kun, tú ve a hablar con el conserje y pídele que traiga pupitres y sillas para todos. Y ya que estás, ayúdalo.

—¿Eh?

Desde la puerta, otra compañera asomó la cabeza. Chinatsu Morimura.

—Buenos días, Asanagi-kun. ¿Qué pasó? ¿Ustedes hicieron esto otra vez en el salón?

Al mirar atrás, el resto de los compañeros comenzaban a amontonarse en el pasillo con sus mochilas en mano. Eran los mismos amigos que habían desaparecido junto con los muebles.

—¿Están todos bien?

Ante la pregunta de Tatsumi, tanto Ishimaru como Chinatsu se quedaron perplejos.

—¿Cómo que si estamos bien? —dijo Chinatsu—. Acabamos de llegar a la escuela puntuales. Más bien, ¿tú estás bien, Asanagi-kun? Ayaha-san no se ve nada bien. Por cierto, ¿a dónde se fueron los pupitres?

Mientras Tatsumi buscaba una respuesta, escuchó un susurro desde su espalda:

—Tatsumi... nos habían alterado la percepción del tiempo. Sí, probablemente desde que despertamos. Desde ese momento estuvimos bajo el hechizo de los “Magos de Falmtei”. Nos manipularon para que viniéramos a una escuela desierta mucho antes de la hora habitual...

La fina voz de Ayaha parecía cargada de frustración.

—Malditos “Magos”... Qué trucos tan elaborados... Pero he aprendido la lección. La próxima vez no será igual. A los dos juntos...

El sonido de unas palmas aplaudiendo interrumpió a Ayaha. Tsunami dio la orden:

—Muy bien, todos. Ayuden a Ishimaru-kun a traer los pupitres y las sillas del depósito. Probablemente encuentren allí sus muebles desaparecidos. Primero tenemos que dejar esto listo para poder dar la clase.

—Asanagi-sensei —dijo Chinatsu levantando la mano—. ¿De verdad tenemos que dar clase aquí? Hay un agujero en la pared.

—Escucha bien, Morimura-san —respondió Tsunami con frialdad—. Hubo maestros que daban clase incluso entre montones de escombros justo después de un bombardeo. Comparado con una clase al aire libre, esto es un lujo porque todavía tenemos techo. Es más, ni siquiera estamos en guerra ni hay peligro de bombardeos, así que ¿qué problema hay con dedicarse al estudio aquí? No seas tan caprichosa.

Chinatsu se encogió de hombros con incredulidad, y Tsunami se dirigió a su hermano en tono de mando:

—Tú dedícate a llevar a Ayaha a la enfermería. Y toma esto.

Le entregó un uniforme de chica nuevo envuelto en plástico.

—Para que se cambie. Esa apariencia de ahora es demasiado... provocativa.

Era demasiado precavida. Su eficiencia era tal que parecía que hubiera estado observando todo desde algún lugar, o que supiera de antemano lo que iba a pasar, pero Tatsumi tomó el uniforme sin pensar mucho en ello. Se dispuso a salir del aula y se dio la vuelta.

Hime y Sumiredai habían desaparecido.

“Se me olvidó darles las gracias”, pensó Tatsumi mientras se dirigía a la enfermería, confirmando el peso de Ayaha sobre su espalda.

El encargado de la enfermería no estaba.

Tatsumi recostó a Ayaha en la cama y comenzó a reunir desinfectante y vendas del armario a toda prisa, pero al momento de empezar la cura, se quedó bloqueado.

Ayaha debía de estar cubierta de heridas. Eso era evidente al ver su uniforme hecho jirones. No sabía por dónde empezar ni qué hacer, cuando...

—No hace falta que te ensucies las manos —dijo Ayaha mientras sujetaba la cortina.

—Lo haré yo misma. Dámelo.

Tatsumi sintió una mezcla de alivio y decepción. Le entregó el uniforme nuevo y los utensilios médicos, y se sentó en el taburete circular al lado de la cama.

Mientras escuchaba el ajeteo detrás de la cortina cerrada, se quedó mirando el suelo sin saber qué hacer con sus manos.

Con el paso de los minutos, la ausencia de Nekoko se hacía más real. Aquella niña de ojos redondos, tan inocente y adorable, ya no estaba en un radio de cinco metros; de hecho, ya no estaba en ninguna parte.

La única prueba de que Nekoko existió era esa placa metálica abollada que Tatsumi guardaba en su bolsillo.

Mientras Tatsumi se hundía en la tristeza, el sonido de la ropa rozándose cesó y la cortina se abrió.

Quizás fuera por el uniforme nuevo, pero el semblante de Ayaha se veía mucho mejor. De hecho, lucía imponente. Las vendas que asomaban por sus puños y el cuello dejaban ver a primera vista que estaban mal puestas, pero al menos la sangre ya no se filtraba.

Al notar que Tatsumi miraba el montón de algodón ensangrentado junto a la almohada, ella dijo:

—Para mañana estaré curada por completo, no te preocupes. No soy tan frágil como los humanos de este mundo.

Ayaha flexionaba los codos y giraba el cuello lentamente, comprobando el estado de sus heridas.

—Eso parece.

Aunque evidentemente aún le dolía y fruncía el ceño de vez en cuando, Ayaha notó la expresión de Tatsumi.

—¿Qué pasa? ¿Por qué tienes esa cara tan lúgubre?

—Es que...

Tatsumi intentó hablar, pero terminó cerrando la boca. Seguramente, para Ayaha, Nekoko no era más que una herramienta o una máquina. Por eso podía estar tan tranquila.

Tras llegar a esa conclusión, decidió no mencionar sus sentimientos por Nekoko para evitar una discusión.

Ayaha lo miró con extrañeza, pero soltó un suspiro y se recostó en la cama.

—Tatsumi. Lo siento, pero por un rato no seré de mucha ayuda. Recuperar todo mi *Elf-streak* me tomará unas horas. Pero no temas. Mientras estemos en esta escuela, esas dos estarán vigilando en algún lado. Aunque podría aparecer un nuevo tipo de enemigo.

—Tú descansa tranquila.

—Lo siento, pero aceptaré la oferta.

Ayaha cerró los ojos. No pasó mucho tiempo antes de que su respiración rítmica indicara que se había quedado dormida. Tatsumi se quedó allí, velando aquel rostro dormido adornado con algunas curitas.

Decidió quedarse a su lado al menos hasta que despertara.

El momento en que Ayaha abrió los ojos coincidió exactamente con el timbre que anunciaba el fin de las clases y la hora de salida. Como si fuera una alarma, Ayaha se incorporó de golpe.

Durante ese tiempo, Tatsumi se quedó sentado esperando. Era un chico paciente. Por suerte, Tsunami no apareció para arrastrarlo de vuelta al salón, lo que le permitió seguir contemplando el rostro dormido de Ayaha.

Al otro lado de la ventana, el cielo se teñía con un hermoso atardecer.

Ayaha dirigió su mirada hacia Tatsumi, frunció un poco el ceño y bajó de la cama.

—Vámonos, Tatsumi.

—¿A dónde?

Ayaha acercó su rostro al de él mientras este se ponía de pie.

—Está claro. A nuestra casa. No podemos quedarnos a dormir aquí.

—Eso... es verdad. Pero ¿tu cuerpo ya está bien?

—Sí.

Ayaha movió su cuerpo como si hiciera estiramientos.

—Aún me duele un poco, pero nada que entorpezca el combate.

—Ya veo.

Tatsumi no pudo decir más. Sentía que la declaración de Ayaha era, en parte, pura testarudez; no quería ni pensar en que alguien pudiera atacarlos de nuevo en el camino de regreso, y además estaba lo de Nekoko... Sin embargo, Tatsumi selló sus sentimientos y obedeció a Ayaha. Al fin y al cabo, ella era la persona que había dicho que lo protegería y que, de hecho, lo había cumplido.

Tatsumi salió de la enfermería junto a Ayaha y se dirigieron hacia la salida.

Al cruzar la puerta de la escuela, Tatsumi se giró para mirar el edificio. El instituto, bañado por la luz del ocaso, permanecía impassible como si nada hubiera ocurrido. Desde ese ángulo no se alcanzaba a ver el gran agujero en su salón.

Ayaha lo observó con suspicacia mientras él miraba la escuela, pero esperó sin decir nada.

—Sí, vamos.

Tatsumi comenzó a caminar cabizbajo, provocando que la mirada de Ayaha fuera cada vez más inquisitiva. Él no se dio cuenta; avanzó por el camino escolar con la vista clavada en las señales del suelo.

Quizás presintiendo algo, Ayaha guardó silencio durante el trayecto. Tatsumi también calló, y así, con el silencio como único compañero y una atmósfera extraña entre ambos, recorrieron el camino de vuelta hasta llegar a su alojamiento temporal.

—Ah, espera un momento.

Tatsumi le dijo esto a Ayaha cuando ella ya ponía un pie en la escalera del departamento, y se dirigió a la parte trasera del edificio. La parte de atrás, invadida por la maleza, daba a los campos de cultivo de algún granjero. Apartando plantas y flores silvestres cuyos nombres desconocía, Tatsumi logró encontrar un espacio nivelado.

—¿Qué pretendes hacer?

Dándole la espalda a la voz extrañada de Ayaha, Tatsumi se puso de cuclillas. Buscó entre las piedras del suelo una que fuera plana y comenzó a cavar la tierra.

Bajo la mirada silenciosa de Ayaha, Tatsumi terminó de perforar un agujero de unos treinta centímetros de profundidad con las manos cubiertas de lodo. Entonces, metió la mano en el bolsillo de su uniforme.

Lo que sacó fue la placa metálica. Estaba desfigurada, con partes que parecían haberse fundido y llena de abolladuras, pero Tatsumi jamás olvidaría los caracteres grabados en ella:

FRF-12TS · X004

En el espacio inferior, se leía en letras pequeñas: 「**NEKOKO**」. Esas letras, que parecían arañazos hechos con un clavo, las había grabado él mismo con la punta de unas tijeras mientras esperaba a que Ayaha despertara en la enfermería.

Tatsumi colocó la placa con delicadeza en el fondo del agujero y la cubrió con tierra, con un gesto solemne y entristecido. Al final, apiló unas piedras encima, juntó las manos y cerró los ojos.

—... Gracias, Nekoko...

Solo una brisa suave pasó entre los dos. Finalmente, Tatsumi se puso en pie.

Al darse la vuelta, notó que Ayaha seguía mirándolo con extrañeza.

—Lo sé, Ayaha. Nekoko era un arma humanoide, no era humana, y querrás decirme que es una estupidez hacerle una tumba. Pero yo...

—Espera un momento.

Ayaha parpadeó lentamente.

—Ciertamente, estás haciendo una estupidez. Eso te lo concedo. Tal como dices, Nekoko es un arma sin vida, una bomba. El trabajo de una bomba es explotar, y ella no hizo más que cumplir con su deber. Sin embargo...

—Ayaha —la interrumpió Tatsumi—. Para mí, Nekoko siempre pareció estar viva. Por muy arma o bomba que fuera, a mis ojos era como una hermana menor...

Tatsumi se presionó los ojos con los dedos, intentando contener el llanto.

—Sí, era como una hermana. Solo fueron unos días, y a veces me causaba problemas, pero Nekoko era adorable. Y al final, sacrificó su cuerpo para protegernos, ¿no?

—Creo que yo también lo comprendo.

Ayaha estaba poniendo una expresión extraña. Era una manifestación de sus sentimientos que Tatsumi no había visto nunca.

—Si no fuera por Nekoko, tú y yo estaríamos ahora exponiendo nuestros cadáveres. Le estoy agradecida.

Pero su rostro no era el de alguien que guarda luto.

—Pero que te pongas a hacerle una tumba... no, eso pase... Pero, vaya... jufu.

Tatsumi se quedó atónito.

—Fu... juk. Jufff. Nu... fuuu.

Ayaha se estaba riendo. Su cuerpo, lleno de vendas y curitas, temblaba.

—¿P-pero qué crees que es ella? Ah ja. Me sorprende que aún no lo hayas entendido. Kuku... Jufufú, ¡ay! Jajá, no me hagas reír tanto. ¡Q-que me duele en las heridas!

Ayaha se llevó la mano al abdomen, doblándose de la risa.

Tatsumi seguía estupefacto.

La sonrisa de Ayaha era tan brillante que borraba por completo la melancolía por la muerte de Nekoko; parecía una niña inocente a la que acabaran de contarle el mejor de los chistes.

Mientras Tatsumi permanecía allí parado como un poste, Ayaha se limpió una lágrima de la comisura del ojo y le tendió la mano.

—Ven, Tatsumi.

Sujetando su mano con fuerza, Tatsumi se vio arrastrado a subir las escaleras del departamento. Ayaha, caminando como si hubiera olvidado por completo el dolor de sus heridas, dijo:

—Subestimas a Nekoko. No entiendes nada sobre las armas humanoides de los “Científicos”. Daba por hecho que era de sentido común, pero me asombra de nuevo lo escasa que es tu imaginación.

Por supuesto, Tatsumi no tenía idea de a qué se refería, pero Ayaha continuaba hablando casi con alegría:

—¿Crees que los “Científicos” fabricarían una bomba tan simple que solo explota y se acaba? Lo que ellos hacen es mucho más elaborado.

Terminaron de subir las escaleras enseguida y llegaron frente a la habitación 201. Ayaha tomó la iniciativa de sujetar el pomo de la puerta, le lanzó una sonrisa traviesa a Tatsumi y abrió.

En ese preciso instante...

—¡¡Onii-chaaan!!

Una pequeña figura de cabello corto se lanzó de cabeza contra Tatsumi. Al recibir el placaje de frente, él rodó por el pasillo junto a esa silueta, golpeándose la nuca más fuerte de lo que le habría gustado.

Sin embargo, antes de sentir el dolor, había algo que debía hacer.

—¿Ne... Nekoko?

Tatsumi, estupefacto, miró fijamente a la niña que lo abrazaba hundiendo la nariz en su pecho, y simplemente se quedó con la boca abierta.

—Siiií.

Nekoko levantó la cabeza y, con una sonrisa de oreja a oreja, dijo:

—Soy Nekoko. Yo siempre estaré con Onii-chan. Ah, se volvió a encender el interruptor, así que a partir de ahora no me separaré a más de cinco metros.

—¿Por qué...? ¿No te habías autodestruido...?

—Siiií, me autodestruí muy, muy bien. ¿Fui de ayuda?

Esa Nekoko era idéntica en cada detalle a la niña que él conocía. Era Nekoko. Sin duda. Ella. Definitivamente.

—La FRF-12TS · X004 explotó —dijo Nekoko con alegría—. Yo soy la FRF-12TS · X005. Mi nombre personal es, ehehe, Nekoko. Por dentro soy la misma. Es decir, descargué los datos que subió la X004 a la base de datos y...

Al ver que Tatsumi no captaba la situación ante la explicación tan infantil de Nekoko, Ayaha intervino:

—Escucha bien. La Nekoko anterior, la FRF-12TS · X004, explotó. Pero sus datos internos están intactos. Las armas humanoides de los “Científicos” siempre transmiten sus recuerdos en tiempo real y existen múltiples copias de seguridad. Solo con pasar esos datos a otra unidad, se convierte en el mismo ser que la unidad destruida. Tú mismo escuchaste su presentación inicial: unidad de prueba número cuatro de la serie FRF-12TS. Esta es la número cinco. Incluso si la destruyeras ahora mismo, simplemente vendría una número seis, una sexta Nekoko exactamente igual. ¿Viste? Son un fastidio.

Ayaha soltó una risita. A Tatsumi le habría gustado quedarse embobado con esa sonrisa, y de no haber tenido a Nekoko en su pecho, lo habría hecho sin dudarlo. Pero ahora...

—Nekoko.

Tatsumi abrazó aquella pequeña figura que olía tan bien y se sentía tan cálida que seguía pareciéndole imposible que fuera un arma.

—Qué alivio...

—Siiií. Yo también estoy feliz. Fue un alivio.

Nekoko cerró los ojos y se dejó querer. Mientras Tatsumi recibía el peso de Nekoko tirado en el suelo, Ayaha estiró la mano de repente y levantó a la niña agarrándola por el cuello de la ropa.

—Funyaaa —exclamó Nekoko divertida.

—No tiene nada de bueno, Tatsumi.

Ayaha borró su sonrisa de golpe.

—Nekoko, ¿cuántas unidades de repuesto tienes?

—Siiií. En la etapa de prueba eran 28 unidades. Cuántas unidades con versión actualizada hay ahora... no lo sé.

—Ahí lo tienes, Tatsumi.

Ayaha soltó a Nekoko.

—Ya habrás comprendido por qué las armas humanoides de los “Científicos” no dudan en autodestruirse en cualquier momento o lugar. Aunque las derrotas, brotan una tras otra. Eso es lo que son.

Tatsumi incorporó el torso con lentitud, aunque permaneció sentado en el suelo apoyando las manos atrás.

—Sí...

Miró hacia arriba al rostro de Ayaha y luego a la sonrisa de Nekoko. Él también sonrió de forma natural.

—Nekoko, si puedes, me haría feliz que te abstuvieras de autodestruirte. Por mucho que tengas repuestos... bueno, por cómo me siento yo...

—Siiií.

Nekoko se arrodilló al lado de Tatsumi con docilidad.

—Entonces, haré eso. A menos que sea un momento muy “peligroso” o que me separe de Onii-chan más de cinco metros... ¡no explotaré!

—Gracias.

Tatsumi puso su mano sobre la cabeza de Nekoko y le revolvió el cabello. Ella cerró los ojos con deleite y empezó a ronronear. *Kuru, kuru.*

Fue entonces cuando una persona que se comportaba como si fuera la dueña del lugar asomó desde el interior de la habitación...

—Justo a tiempo.

Su hermana, Tsunami Asanagi, estaba allí de pie con su habitual rostro de cotidianidad. Ella era una de esas profesoras carentes de sentido común que regresan a casa antes que sus propios alumnos.

—Iba a pedirle a Nekoko que fuera a comprar artículos de primera necesidad, pero es demasiado pedirle que vaya sola. Tatsumi, tú y Ayaha acompáñenla. Además, esta noche me apetece comida italiana. Aquel gratén que hiciste una vez estaba rico, así que prepara eso.

Las palabras de mi hermana arruinaron por completo el ambiente, pero me levanté asintiendo.

—Ah, sí. Así lo haré.

Bajo la mirada de todos, observé los rostros de cada uno como queriendo grabármelos y me dirigí a las otras dos, ignorando a mi hermana.

—Pero, esperen un momento.

Me acerqué al botiquín que había quedado abandonado en una esquina de la sala y, extendiéndoselo a Ayaha, dije:

—Las curitas de tu cara se están despegando. Parece que las heridas aún no han cerrado del todo, ¿no sería mejor cambiarlas?

Ayaha me miró con esos ojos tan impresionantes que nadie que los viera podría olvidar jamás, y luego, ladeando el cuello con torpeza, dirigió la vista al botiquín.

—Son heridas que te hiciste por salvarme. Al menos, ¿podrías aceptar esto? Si fuera posible, me gustaría ponértelas yo mismo.

Antes de que pudiera lanzarme alguna palabra de rechazo, hablé rápidamente:

—Lo sé. Dirás que está bien porque es tu misión. Pero esto es una cuestión de mis sentimientos. Ayaha, yo respeto lo que sientes y ya entiendo que es tu deber. Pero yo también tengo sentimientos. Te estoy agradecido. Por eso...

Dije aquellas palabras que ya había pronunciado tantas veces antes:

—Gracias, Ayaha. Por salvarme.

—.....

Ayaha guardó silencio. En silencio, se quedó mirando el botiquín. Sin embargo, al poco tiempo, levantó las manos lentamente. Al arrebatarme la caja de las manos, las puntas de nuestros dedos se rozaron.

Ayaha se cambió las curitas de la mejilla por unas nuevas sin siquiera mirar un espejo y, con una expresión que denotaba dificultad para encontrar las palabras, susurró:

—Ah.

Se notaba a leguas que intentaba ocultar su timidez, pero no dije nada. Si lo hacía, seguramente se enfurecería.

—Aceptaré tu gratitud.

Con esa voz corta y suave fue más que suficiente.

No era agradable que alguien actuara solo por sentido del deber. Por fin sentía que podía estar en un lugar cercano al de Ayaha. Pensé que, aunque yo fuera un impotente cuya única habilidad era ser salvado, y aunque no pudiera sanar las heridas de Ayaha —ante una lesión externa fatal no tendría nada que hacer—, debía haber algo, por pequeño que fuera, que pudiera hacer por ella. Aún no sabía qué era, pero estaba seguro de que lo encontraría.

Con esa determinación, les dediqué una sonrisa a ambas. Tsunami ya se había retirado a su habitación hacía rato.

—Bien, ¿vamos?

Nekoko saltó a mi cuello y, mientras veía a Ayaha curvar apenas la comisura de sus labios, comencé a caminar.

Hacia la nueva “no cotidianidad” que seguramente vendría mañana. Caminando a través de lo poco que quedaba de la cotidianidad de hoy.

エビローグ

Epílogo

—Sensei.

—¿Qué pasa... Koro...?

—¿Habrá estado bien así? Siento como si hubiera fracasado en mi misión, pero al mismo tiempo tengo la sensación de haber tenido éxito.

—Quién sabe... ¿cómo será...? No tengo idea...

—No sea modesto. Usted debe saberlo. ¿No habrá salido todo según sus cálculos?

—... ¿Los cálculos de quién serán...? Tú eras Koro, ¿verdad? Tu mente parece trabajar tan rápido que me cuesta creer que seas mi discípula...

—No es para tanto.

La cabeza de cabellos rizados se sacudió de lado a lado.

—He perdido a mi querida amiga. Pobre Mycoplasma. Se convirtió en cenizas al sacrificarse por nosotros.

—... ¿Y eso que tienes en las manos? ... ¿Es una nueva amiga...?

En las pequeñas manos de la silueta infantil colgaba un peluche.

—Permítame presentársela, sensei. Helicobacter, saluda.

—¡Kueeeee!

El peluche que gritó de esa forma parecía ser una imitación de un koala.

—... Hola, Helicobacter... Lo siento, pero ¿podrías presentarte de nuevo dentro de tres días...? Seguramente ya te habré olvidado...

—Es pan comido. Comparado con volver a jugar con esa señorita Espíritu o con la muñeca mecánica.

—... Cualquier cosa es fácil si se vuelve un problema de comparación... Yo... ah, es cierto... si es posible, no quiero pelear con nadie... Quisiera morir antes de involucrarme con alguien... Anhele un sueño sin despertar...

La sombra del joven llevó su mano al ala del sombrero y ocultó su rostro profundamente. La niña que abrazaba al koala de peluche no hizo comentarios, simplemente se fundió en la oscuridad.

Y en otro lugar, también se mantenía una conversación. Con voces de diversos tipos.

—La situación se desarrolla según lo previsto.

—Así parece. El despliegue ya está completo. La relación entre Asanagi Tatsumi y el “Espíritu Aprillis” puede permanecer como está.

—El “Espíritu de la Espada” y los “Magos de Falmtei” se movieron bien. Sin embargo, ¿no se ha vuelto el papel de los “Científicos” más grande de lo previsto inicialmente?

—Está dentro del margen de error. Más bien, debería interpretarse como algo conveniente.

—¿Cuál es el siguiente mundo? ¿Los “No-muertos de Azarl”? ¿O el “Dios Malvado Zu-L”?

—El orden no es un problema.

—Exacto. Lo significativo es seguir aumentando la amenaza sobre Asanagi Tatsumi. Expondré mi opinión personal: reconozco que los “Ángeles Teishuly” son los más aptos para ello.

—En cuanto a nivel de amenaza directa, así es. Pero eso solo no basta para provocar un mayor crecimiento en Asanagi.

—Yo recomiendo a los “No-muertos”. La amenaza hacia el “Espíritu Aprillis” es mayor con ellos.

—Estoy de acuerdo. Pero debemos proceder con cautela. Consideren el tiempo que nos ha tomado llegar hasta aquí. El más mínimo error podría echar a perder todo el plan. Deseo un progreso gradual.

—Sin embargo, es necesario darse prisa. El tiempo que le queda a nuestro mundo es escaso.

—Eso se puede decir de cualquier mundo.

—Entonces den la orden. Digan: “Maten a Asanagi”.

—Ya ha sido ordenada. Todas las facciones deberían haber comenzado a moverse.

—Asanagi aún vive.

—Así es.

Dijo la última voz, la que hasta entonces había guardado silencio.

—Asanagi aún vive. Esa es la respuesta.

Asanagi. Él aún no lo sabe. La razón por la cual, a pesar de que su casa fue destruida y una librería quedó reducida a ruinas, a nadie en los alrededores pareció importarle demasiado. La razón por la cual, mientras Ayaha y Nekoko libraban una batalla feroz con los “Magos de Falmtei” en plena calle, nadie les prestó la más mínima atención. La razón por la cual, pese a haberse visto envuelto en semejantes combates, al final él fue el único que resultó ileso. Y quién es él en realidad, qué es lo que llegará a lograr, y para qué nació.

Por supuesto, las personas perspicaces ya se lo habrán imaginado hace mucho tiempo.

Él es quien salvará todos los mundos...

Notas de Autor

A menos que haya ocurrido algo tan increíble como que el distrito de Chiyoda haya desaparecido del mapa de Japón, este libro viene a ser, en total, mi décimo séptimo volumen publicado.

En realidad, había pensado en aprovechar el décimo libro para presumir, sin ninguna razón en especial, de lo “redondo” del número, pero en aquel entonces el ritmo de publicación era tan incierto que resultaba imposible prever cuál sería exactamente el décimo, así que desistí. Luego pensé que tal vez el décimo quinto podría servir como excusa para mencionarlo en el posfacio, pero para cuando llegó el momento lo había olvidado por completo.

Este posfacio, que cada vez me resulta un suplicio, solía llenarlo con alguna anécdota para salir del paso, pero como he llevado una vida tan superficial como el canal de riego que corre junto a los arrozales, esas historias ya se me están agotando. Por eso, aquí y ahora, sin que haya nada especial que lo justifique, anuncio el número de volúmenes publicados en un punto nada redondo. Es un número a medias, sí, pero al menos es un número primo.

Cabe señalar que, a partir de esta ocasión, cambió el editor a cargo (de manera definitiva). No es solo por eso, pero bueno, en parte sí: ya que se presentó la oportunidad, coincidimos en la idea de intentar escribir algo con un aire distinto a lo anterior. Tras darle vueltas y hacerlo con cierta intención, nació esto: **“La Persona que Protege mi Mundo”**. En la primera reunión, me dijeron:

“Puede escribir lo que quiera. Ya sea una continuación de algo publicado o una obra completamente nueva”.

Me emocionó encontrarme con una editorial tan generosa, pero ya que estaba la ocasión, decidí optar por algo nuevo. En aquel momento simplemente me apetecía hacerlo así.

Como resultado, en qué medida difiere de lo que he escrito antes lo dejo al juicio de ustedes, lectores. Por mi parte, pienso que me salió algo relativamente directo. Sobre todo en lo que respecta al protagonista, en términos de carácter.

En cuanto a **“¡Escapemos de la Escuela!”**, aún me quedan varias cosas que no he hecho con esa serie, así que planeo escribir algo más tarde. Al menos Kenichirō Kanda tiene que volver a aparecer, porque si no sería un problema. Y también algunos personajes secundarios, o incluso otros que aún no han salido. Miyano seguramente terminará apareciendo por su cuenta, aunque trate de sacarlo...

En fin, no sé cuántos lectores estarán esperando algo así, pero me sentiría afortunado si pudieran aguardar un poco. Lo que me apena es no poder dar una fecha concreta de cuándo sucederá...

Para terminar, expreso mi más sincera gratitud a mi actual editor, el señor Miki, así como al señor Mine, que todavía se siente como editor en funciones, y a Akifumi Ohsawa, quien con sus bellísimas ilustraciones dio vida a unos personajes tan inmerecidos. Y, por supuesto, a todos ustedes que han leído este libro, les envío un enorme ¡gracias! desde lo más hondo. Hasta el día en que volvamos a encontrarnos.



Nagaru Tanigawa

Nacido en 1970. Residente de la prefectura de Hyogo. Ganó el “Gran Premio” en la 8.ª edición de los Premios Sneaker de Kadokawa con su **obra *La Melancolía de Haruhi Suzumiya***. El 10 de junio de 2003, hizo su debut con la publicación simultánea de dicha obra premiada y el primer volumen de la serie ***¡Escapemos de la Escuela!*** bajo el sello Dengeki Bunko. Su rutina diaria consiste en caminar hasta la tienda de conveniencia mientras murmura a las estrellas del cielo nocturno: “Tengo que esforzarme más”.



Ilustraciones / Akifumi Orizawa

Conmovido por el entusiasmo del editor (¿?), este joven ilustrador residente en Kansai y perteneciente a una conocida compañía de videojuegos para PC, se encarga de la parte visual de esta obra. En ciertos círculos, se dice de él tiene un “complejo paternal”

Esta obra ha sido traducida por y para fans, con el propósito de acercar la literatura de Nagaru Tanigawa a quienes no dominan el idioma japonés. No se pretende lucrar con esta traducción. Si tienes la posibilidad, puedes apoyar los productos oficiales comprando el libro digital en Amazon Japón o BOOK☆WALKER.

[Amazon.co.jp: ボクのセカイをまもるヒト \(電撃文庫\) eBook : 谷川 流, 織澤 あきふみ: Kindle Store](https://www.amazon.co.jp/dp/B000000000)

[ボクのセカイをまもるヒト - ライトノベル \(ラノベ\) 谷川流/織澤 あきふみ \(電撃文庫\) : 電子書籍試し読み無料 - BOOK☆WALKER -](#)

